LOS MISTERIOS DEL PLATA

NOVELA

HISTÓRICA ORIGINAL

ESCRITA EN 1846

POR

Juana P. Manso de Noronha



N. TOMMASI

1900

LOS
MISTERIOS DEL PLATA

NOVELA

HISTÓRICA ORIGINAL

POR

JUANA P. MANSO DE NORONHA



BUENOS AIRES

IMPRENTA "LOS MELLIZOS"

1899

UNA PALABRA SOBRE ESTE LIBRO

Al poner á esta obra el título de "MISTERIOS DEL PLATA"; *no es mi ánimo imitar los Misterios de Paris de Eugenio Sué; ni hacer otros Misterios de Londres.*

Mi país, sus costumbres, sus acontecimientos políticos y todos los dramas espantosos de que sirve de teatro há ya tantos años, son un misterio para el mundo civilizado.

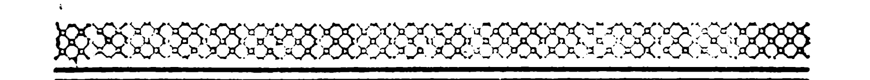
Misterios negros como el abismo, casi increibles en esta época y que es necesario que aparezcan á la luz de la verdad para que el crimen no pueda llevar por mas tiempo la máscara de la virtud; para que los verdugos y las víctimas sean conocidas y el hombre tigre—conocido hoy con el nombre de Juan Manuel Rosas, ocupe su verdadero puesto en la historia contemporánea; el de un tirano atroz y sanguinario tan hipócrita como infame.

Si la sangre de mis conciudadanos no gritara venganza! de contínuo me bastaba haber nacido sobre aquella desventurada tierra para no permitir que su verdugo y mas cruel opresor sea considerado, un valiente y viejo paladin de la libertad. Es necesario que el mundo entero sepa lo que los Argentinos deben á ese Rosas, oprobio y vituperio de la humanidad entera.

"LOS MISTERIOS DEL PLATA", *van á ofrecer con los hechos históricos y leales un amplio conocimiento de esos países, desconocidos por unos y calumniados por otros. Llamamos la atencion de los lectores sobre las notas de este libro.*

LA AUTORA.

NOTA:—El lenguaje empleado en esta obra es casi semejante al que se usa en el país, y si alguna diferencia tiene es en ventaja; es decir, menos grotesco. — *(La Autora).*



CAPÍTULO I.

La Estancia

Era una hermosa tarde de otoño de 1838. La vegetacion empezaba á cubrirse de ese velo oscuro, de ese tinte fúnebre que anuncia la proximidad del invierno.

El sol terminaba su diurna carrera coronando el horizonte por nubes de zafir y de esmeraldas, el resto del cielo estaba puro y azul, azul del Plata tan aterciopelado y triste.

Una breve brisa doblaba apenas los tallos de las blancas y rojas margaritas que esmaltan los campos de Buenos Aires, besaba la frente de la pensativa violeta entre sus verdes hojas mientras que el corpulento y triste ombú continuaba en su desdeñosa inmovilidad por que solo los silbidos del pampero podian curvar su copa colosal.

A lo lejos volaban espantados los repugnantes chimangos, las blancas gaviotas iban graznando á es-

conderse entre los huncos de la laguna, entremezclándose á los gritos de estos pájaros el agudo y fatídico chillido del chajá que atravesaba allá á lo lejos el desierto!.

Los relinchos de los potros, el bramar de los toros, los balidos tristes del cordero, el ladrar de los perros y el galope seguro de los caballos resonando por el campo, todo anunciaba en fin del dia, la terminacion de los afanes del campesino que despues de un dia entero de fatiga se recoge á sus ranchos para gozar algunas horas de reposo y solaz en el hogar doméstico.

Aquel que no ha atravesado las verdes y desiertas llanuras de Buenos Aires, que no ha aspirado el agreste perfume de las flores que en el verano esmaltan sus campos, que no ha visto las secas y parduzcas ramas del cardo elevar sus vástagos espinosos en el invierno; no puede comprender toda la poesia que encierran los cuadros de la vida del campo, en el Sud de América!.

En medio de una verde y dilatada llanura se elevaba á algunas leguas del ancho Paraná, la estancia de uno de los sicarios del tirano argentino. Esta casa hecha de cal y ladrillos cuyas habitaciones eran cómodas y regularmente amuebladas, era lo que se llama en el lenguaje del campo "una azotea".

A su lado bien que un poco apartado se elevaban los ranchos, como una tradicion viviente del origen primitivo de la estancia. Toda estancia tiene sus ranchos que forman los dos departamentos

esenciales de la casa. En primer lugar la cocina, que siempre es un rancho grande (el rancho, quiere decir una casa con las paredes hechas con algunos palos groseros cubiertos de barro y estiércol, y el techo de paja) en segundo lugar es el galpon.

La ramada es siempre cubierta pero no siempre tiene paredes. La ramada dá cabida de dia á algunos instrumentos de labranza, de noche es el dormitorio general de los peones, menos el capataz que generalmente tiene su cuarto.

La cocina es un cuarto sin adornos de especie alguna—talvez una mesa donde amasan el pan casero que sirve para el gasto de la estancia; en el medio del suelo de esta es el lugar donde siempre arden trozos de leña habiendo alrededor algunas cabezas secas de animales, que sirven de asiento y en un rincon del cuarto están dos ó tres ollas de fierro con altos piés y los indispensables asadores, especies de barras de hierro para ensartar la carne del asado.

En cuanto á la ramada, fuera de los instrumentos de labranza, nada mas hay en ella. Tanto el gaucho como el peon, su cama consiste en su recado ó como ellos llaman apero, duerme vestido, y su cuchillo, su lazo, las bolas y el tirador, todo queda con él dia y noche y mientras vive, faltarles estos aderezos, es faltarle un miembro de su cuerpo, un brazo, una pierna.

La estancia de que hablamos era rica y bien acondicionada, pero como no haremos mas que entreverla de lejos, sentada en su verde llanura, rodea-

da de su indispensable plantacion de duraznos, con su tambo, su tranquera y su palenque al frente y costados, no nos detendremos á examinarla mas.

La hora del descanso de las fatigas diurnas habia pues llegado para el habitante del campo. Una vez llegados á las casas queda solo encerrar los ganados en sus respectivos corrales que son en tanto número y dimension cuanto es necesario á los trabajos y riquezas de la estancia; atar las vaças lecheras en el tambo, los caballos á soga con su cena en el palenque y cerrar la tranquera.

Una vez llenas estas últimas operaciones, el mate circula alegremente y despues de una hora de reposo cada uno come con buen apetito un pedazo de asado y bebe una taza de caldo.

La noche era una de esas noches sin luna de cielo transparente y estrellado llena de poesia y de misterio.

Los habitantes de la estancia, sentados en círculo uno á la par de otro escuchaban en silencio aquel de entre sus compañeros que al compás de una melodiosa guitarra cantaba unas sentidas décimas de amor, verso sin pulimento hijo del corazon ó del dolor que los dictó, música tan selvática y sentida como las palabras, tristes y monótonas como el desierto.

El cantor habia dado al viento la última frase de su canto y la mano apoyada con negligencia sobre su guitarra, parecia bajo la impresion de la música que acababa de ejecutar, sus compañeros en silencio parecian escucharle todavia.—De repente en

medio del silencio resonó el eco fatídico del gallo.

Las nueve y media! dijo una mujer de la rueda—al mismo tiempo resonó á lo lejos el galope igual y mesurado de un caballo....

Oyes? preguntó uno de los peones al otro que estaba á su lado.

Es un caballo solo, dijo tomando la palabra el mas viejo del círculo.

Poco tardó el ladrido de los perros en anunciar que el pasajero que á aquella hora cruzaba por el campo se dirigia á la estancia misma; un relincho lejano, advirtió que su caballo reconocia la habitacion, y los relinchos de los otros caballos le respondian dándole bienvenida, los perros reconociendo sin duda un amigo cesaron de ladrar y un minuto despues un hombre á caballo pasaba en la tranquera.

—Abrid; gritó el desconocido—traigo órdenes apresuradas y un despacho para el Sr. Juez de Paz; me manda S. E. el Ilustre Restaurador.

A esta palabra mágica, la tranquera se abrió y dió paso al ginete y su alazan.

El Juez de Paz, que era el dueño mismo de la estancia, salió en persona á recibirlo y haciéndolo entrar á la sala, cerró la puerta tras sí, quedando á solas con el enviado de su amo.



CAPÍTULO II.

El gaucho Miguel

Así se llamaba el personaje que á hora tan inusitada llegaba á la estancia con un mensaje tan importante.

Míguel, era uno de esos seres infelices abandonados por una madre criminal en la puerta de un hospicio. La nodriza que le dieron era campesina, así él se crió en el campo y desde la edad de catorce años era gaucho.

Preferia la libertad del desierto á cuanto pudieron ofrecerle de bienes y comodidades; su caballo tordillo era todo su tesoro, era el único que tenia, su guarda ropa lo llevaba consigo y no obstante, Miguel siempre andaba aseado, porque él mismo tenia cuidado cada dos dias, de lavar su ropa en el arroyo que hallaba al paso.

Ninguno de los arreos indispensables á la per-

sona y al caballo del gaucho le faltaban, y todos en el mejor estado posible.

Como era bien comportado todas las puertas le estaban abiertas; despues de eso, Miguel era tan silencioso, tan comedido que era generalmente querido por todos los estancieros.

Su estatura alta, su talle flexible y delicado y sus maneras suaves al paso que tenian la natural tinte selvática debida á su estado y educacion.

Con todo, su aire era distinguido y su fisonomia triste al paso que regular no carecia de un cierto tinte poético. Fra demasiado blanco para un campesino; sus cabellos finos y rubios le caian sobre los hombros en rizos naturales; sus ojos grandes, azules, una extraña espresion de audacia y altivez; su nariz, pequeña y cerrada indicaba un carácter disimulado, su boca pequeña y punzó estaba guarnecida de unos dientes blancos y pequeñitos, era la boca de un niño; con todo, si abandonaba su natural seriedad, era solo para marcar en ambos lados del rostro dos imperceptibles líneas de un desden sin límites. Miguel, era uno de esos hombres que han nacido para ser un angel ó un demonio!. Su voz era un poco velada pero profunda en sus modulaciones, su palabra corta y mordaz, su marcha lenta y segura como de un hombre que no conoce el miedo.

Su inteligencia natural lo elevaba sobre todos sus compañeros y como payador era considerado el mejor de los dos lados de la Provincia, Sud y Norte.

Miguel, era el mas afamado domador, y el vaqueano mas seguro, porque desde Buenos Aires hasta el pié mismo de los Andes era fama que el conocia á ciegas, y los mismos *pampas* del desierto al verlo cruzar en su tordillo las calladas llanuras de la Pampa se contentaban con saludarlo amigablemente desde sus toldos y ofrecerle un pedazo de yegua azada y á veces alguna linda jerga como presente de amistad; despues de eso Miguel podia conversar con ellos porque sabia su lenguaje.

Entre los diferentes estados que tomaba ó ejercia contaba tambien el de chasque, era reconocido por su discrecion, prontitud y diligencia en desempeñar cualesquier mision, y por eso el ojo perspicaz del tirano habia sabido escogerlo entre tantos otros gauchos que llevaban aquella vida errante é incierta.

Miguel habia rehusado todo empleo ó distincion, pero Rosas tan montaráz como él, conocia las guaridas del gaucho y lo mandaba llamar siempre que una comision delicada se ofrecia, en que temiese escribir, porque entonces la palabra servia á sus fines, porque la palabra proferida, solo deja tras sí el recuerdo de lo que fué, mientras el papel es un documento peligroso que mañana puede aparecer como un testimonio importuno: y el astuto déspota bien conocia sus intereses en esta ocasion, para no fiar á la pluma sus órdenes que despues de ejecutadas debian tomar el carácter en su resultado de un exceso de adhesion por parte de sus partidarios.

Miguel era pues el mensajero mas seguro y

discreto que se podia encontrar. A pesar de su natural inteligencia y buenas cualidades no podia juzgar hasta que punto se envileció sirviendo los odiosos y sanguinarios fines del tirano, que él consideraba bueno y justo porque tenia sus maneras y su lenguaje, porque era el gobernador de la Provincia que Miguel creia legítimamente electo, y despues de eso sin nocion de ningun género, sobre el derecho de cada hombre, y sobre el verdadero sentido de la palabra «Libertad»; no creia obrar sino muy bien sirviendo al Dictador, á quien por otra parte estimaba personalmente, porque aunque rico y presidente, le daba la mano, lo hacia sentar en su presencia, tomaban mate juntos y conversaban largamente de caballos, de yeguas, de trillas, de aperos, de potros y de todo aquello que pueda interesar la atencion del gaucho y luego el gobernador siempre terminaba diciendo:

— Amigo Miguel no deje de venir de vez en cuando á tomar un cimarron».

CAPÍTULO III.

El Juez de Paz del Baradero

Así que el Juez de Paz hubo cerrado la puerta de la sala, sentóse al lado de una gran mesa que se encontraba en el medio del cuarto, é hizo señas al mensagero de que hiciera otro tanto.

El Juez de Paz del Baradero, era uno de los mas viles esclavos del tirano, porque ni era un hombre tan falto de luces y de esperiencia que no reconociese el horrible sistema á que se vendía. Era una de esas figuras vulgares y estúpidas que solo son susceptibles de trocar su natural nulidad para tomar el carácter de fieras carniceras.

Una vez sentados ambos personajes, trataron de examinarse mutúamente á la manera de los gauchos: es decir, con esa ojeada oblícua tan rapida como el pensamiento, y que es peculiar á nuestros campesinos.

La desventaja quedaba toda de parte del Juez de Paz que no solo como hombre de ciudad no poseía perfectamente esta manera de investigación, sino que lidiaba con antagonista muy superior en inteligencia y diplomacia.

Despues de una corta pausa, empezó el Juez de Paz la conversación, porque entendió que el mensagero se limitaría solo al rol de dejarse interrogar.

— Viene del pueblo amigo?—Preguntó el Juez de Paz.

— Es verdad—respondió el otro arrojando sobre el interrogante una mirada oblicua como si quisiera penetrarle al fondo del alma.

— Habló con el viejo?—continuo el Juez.

— Así fué:—replicó Miguel.

— Por supuesto que le platicó de mi.

— Mándale muchas memorias y este decreto que hará usía publicar mañana en el pueblito y el domingo despues de misa por el teniente Alcalde. Y al acabar de decir estas palabras sacó Miguel de debajo de su poncho bichará, un pliego cerrado con los sellos de la República.

El Juez abrió el pliego y pudo comprender por la ninguna importancia de su contenido, habituado por otra parte á las astusias de su amo, que aquella no era sino la capa de algun misterio y que la verdadera misión del mensagero era otra.

El decreto en cuestión era sumamente favorable á los habitantes de aquel distrito, doble moti-

vo para sospechar que se exigía de la parte de ellos alguna prueba de *adhesión*.

Despues de una breve pausa en que el Juez de Paz hacia estas reflexiones y su compañero le echaba en silencio las inacabables ojeadas oblicuas, procuró reatar el hilo de una conversación que había terminado el primer capítulo de la embajada; esperando para el fin el verdadero desenlace.

— ¿Qué novedades corren por el pago de los puebleros?—preguntó el Juez.

— Barcos que suben el Paraná,—dicen por allá que hay,—replicó Miguel.

— ¿Cómo cuantos serán?

— Yo no sé más que de unos,—y esta fué acompañada de una mirada significativa.

— Ah!—dijo el Juez.

— Parece—continuó el jóven—que viene de pasajero un enemigo de la Patria.

— Un salvaje unitario!—exclamó el Juez parando las orejas como el tigre á la proximidad de su presa.

— Es posible,—dijo Miguel,—segun informaron al viejo, *en mi presencia*.

— Entónces es preciso que esta noche misma me ponga de vigía con gente armada en la costa del Paraná.

Basta; conque allá nos encontraremos mañana á la noche. Vd. tiene que publicar mañana de mañanita el decreto que traje: déme dos hombres seguros y bien armados, nada más.

— Y si el barco llega mañana de día?

— Segun entendí platicar,—dijo Miguel,—no debe estar hasta de aquí á dos días, el barco viene subiendo la corriente y el patron es entendido. Esta madrugada Vd. me manda á reconocer el monte para hacer un corte de leña en él, con dos peones de confianza, y mañana á la noche Vd. mismo llega en persona para principiar el corte, con toda la gente armada porque dicen que andan bullas de unitarios. De ahí, cuando el barco enfrente á nosotros, el patron ha de pasar para pedirnos carne fresca: aqui Miguel miró de frente al Juez y calló.

El Juez por su parte estaba de boca abierta, oyendo al mensagero, entrándole apenas en la cabeza el diabólico é hipócrito plan que por la boca de aquel mozo le trazaba su amo.

Era claro que alguno de los emigrados argentinos que habían tenido la dicha de escapar de las uñas del lobo, se dirigía por el Paraná á Corrientes ó al Paraguay y que el tirano quería apoderarse de su persona sin aparecer como violador del ajeno pabellón, bajo el cual se había confiado la persona contra quien se tramaba tan inícuo plan; era claro que este infeliz estaba vendido desde Montevideo de donde era probable que venía, ciudad dominada entonces por Dn. Manuel Oribe, hoy verdugo y teniente del tirano asesino Rosas. [1]

---

[1] Debe tenerse presente la época 1846, en que se escribió esta obra.—*(Nota del recopilador)*.

El decreto debió escitar entre aquellos habitantes tanto reconocimiento como entusiasmo. Luego en seguida, estando en la faena de cortar leña á la orilla del río, apareció un enemigo del sociego pública: andaban bullas de unitarios, quién sabe si aquel no venía á desembarcar en la Provincia para atentar á la tranquilidad del país, ó á la preciosa vida del restaurador!...

Era tan natural que aquel Juez de Paz y los vecinos del distrito en prueba de gratitud le ofrecieron la cabeza de aquel salvaje unitario que encontraban al páso!

Faltábale saber al Juez de Paz si el sujeto en cuestión debía ser remitido vivo ó si sólo su cabeza separada del cuerpo, debía llegar á Buenos Aires.

Con este fin interrogó á Miguel en estos términos:

— ¿No le parece amigo que hariamos un bien de agarrar ese picaro unitario que quien sabe lo que viene á hacer por aquí, y remitirselo al viejo, *vivo ó muerto?*—Y en la reflexión con que fuerón pronunciadas estas últimas palabras estaba encerrada la cuestión que decidiría del destino del prisionero.

— Los que mueren,—contestó Miguel con voz triste,—nada pueden decir, de nada sirven, al instante se vuelven polvo y gusanos, cuando me hubieran de regalar un caballo yó prefería que fuera vivo porque muerto ¿de qué me podría servir?

El Juez de Paz entendió que no era la vida del individuo en cuestión lo que quería el tirano, él deseaba el hombre; ¿era en rehenes de la fidelidad de alguno de sus secuaces, ó tan solo ántes de darle la muerte quería gozarse, en sus lágrimas?—¿Llenarlo de privacíones, de injurias, de oprobios de males y darle una lenta y cruel agonía?

Quien sabe; lo que parecía indudable al Juez era que el tal sujeto debía ser muy odiado de Rosas para quererlo tener vivo entre sus uñas.

Miéntras él hacía estas reflexiones, Miguel se puso de pié, habiéndo concluido su misión.

Convenidos en todos los puntos diéronse ambos las buenas noches.

El Juez encerrose con llave y cerrojo; en cuanto á Miguel, tomó su recado y tendiéndolo bajo un colosal ombú al lado de su caballo, no tardó en dormirse profundamente.



CAPÍTULO IV.

Los pasajeros de la Balandra Constitución

Era este el noveno día, despues que la Balandra «Constitución» había visto desaparecer tras sí la linda población de Montevideo.

Los pasajeros que traía á su bordo eran: un hombre de unos 36 años, una mujer algunos años menor y un niño de unos 9 años de edad, que respondía al nombre de Adolfo.

Estos personajes componían la familia Avellaneda. (1)

---

(1) El Dr. Márcos M. Avellaneda, gobernador de Tucumán y Jefe de la Liga del Norte, jóven de grande talento y prendas de la mayor estimación fué degollado en Octubre de 1841 á la edad de 26 años por Manuel Oribe, con otras personas, á saber: coronel D. Mariano Acha, Dr. Gorgonio Dulce, Dn. Gregorio Gonzales, Dn. José Cubas, Espeche, Jefes, oficiales y soldados, los cuales en virtud de una capitulación, habían depuesto las armas.

Pasan estos hechos horribles á la posteridad para eterno baldon de sus autores!

El héroe de este romance histórico es *Dn. Valentín Alsina;* — como se publicase ántes de la caida de Rosas, se hizo uso del seudónimo de Avellaneda para perpetuar el mártir de Tucumán. *(La Autora.)*

El Dr. Avellaneda era el argentino emigrado, vendido al tirano por su teniente Oribe, entónces presidente de la República del Uruguay.

Su mujer y su hijo lo acompañaban en este viaje, cuyas funestas consecuencias estaban ellos bien lejos de preveer!...

Era un hermoso día del mes de Mayo; tiempo había que el sol doraba las copas de los árboles que reflectan sus frentes colosales en la limpia corriente del Paraná.

El río argentado y sereno apenas se permitía algun leve pliegue en la superficie de su cristal, la brisa murmurando entre el follaje de los árboles venía cargada de los aromas de las moribundas flores del otoño, y de las yerbas olorosas que crecen en las selvas de Sud América.

La balandra se adelantaba suavemente por en medio del río evitando aquí y allá las verdes islas que como esmeraldas flotantes asoman sus curiosas frentes de los senos del Paraná.

Las hojas del verde ceibo, caían secas y amarillas una á una de su tronco, como una á una suenan en la eternidad las horas pasajeras de la transitoria vida del mortal...

La calandria modulaba oculta en el enmarañado bosque sus suaves cadencias, y el martin pescador arrojando su triste silvido, inclinaba su pico rosado hasta el borde del agua y luego que sacaba su presa, huía contento á su nido... alguna vez entre las matas relucían los ojos del ya-

guareté ó tigre, ó sobre el fayá de las flores granas, ostentaba sus hermosos colores el guaá; y allá á lo lejos como un gemido de dolor se escuchaba el ave agorera de los guaranís, el melancólico curucú siempre escondido en el centro de las selvas mas impenetrables!

Los últimos adioses de la vegetación bajo aquel cielo puro y azúl, en medio del silencio y de la majestad de la naturaleza, tenía algo de tan solemne y tan melancólico que no basta la palabra á describirlo!

La cubierta de la balandra, presentaba el cuadro siguiente:

El Dr. Avellaneda estaba sentado hácia un costado del barquichuelo; era un hombre alto, flaco y pálido. Su fisonomía noble y tranquila era como el transparente de una alma más noble pero agitada y combatida por la tempestad de la vida.

Una barba negra y fina sombreaba su rostro varonil; su ancha y calva frente era el asiento de la inteligencia y de todas las más distinguidas facultades del espíritu; su nariz aguileña y regular, su boca pronta á la palabra y sus ojos negros á flor de rostro, coronados de arqueadas cejas, de largas pestañas, y bajo los cuales se veian dos círculos violetas, traicionaban el orador locuaz, el literato infatigable que ha gastado las mejores horas de su juventud en estudios profundos, y tal vez el político que luchó para dar á su patría, leyes y constitución. El Dr. Avellaneda, tal como acabamos

de describirlo, con sus maneras suaves pero dignas, con su voz sonora y melodiosa, era uno de esos hombres-tipos que una vez vistos no se olvidaban más.

En el momento de que hablamos, un silencio profundo reinaba sobre la cubierta de la balandra, solo interrumpido por el ruido de la quilla cortando las aguas, y por todos esos ruidos armoniosos del desierto.

El Dr. Avellaneda, sentado en uno de los costados del buque, con una mano sosteniendo su frente, con la otra pendiente sobre la rodilla, dejaba girar sus ojos sobre el magnífico panorama viviente que se desarollaba ante su vista. Su rostro expresaba en aquel momento una profunda aunque suave tristeza; parecía que una lágrima estaba pronta á correr por sus pálidas facciones. A medida que las lejanas y floridas escenas de su primera juventud le venían á la mente, los azahares de la vida errante del proscripto le era mas amargos! A medida que contemplaba la riqueza y hermosura de su suelo patrío, mas amarga se le tornaba su peregrinación sobre la estraña tierra!

Aquella patría tan bella cuanto amada, aquella patría á dos pasos de él y de la cual lo alejaba tal vez para siempre, la voluntad de un hombre!... El capricho y la tiranía del usurpador de la soberanía del pueblo!

Su mujer sentada á dos pasos de él con los brazos cruzados sobre el pecho, yá fijaba sus ojos sobre las verdes orillas del río, yá con una especie

de angustia, sobre el rostro pálido y triste de su marido, yá con inquieta ternura sobre la cabeza infantil de su hijo que recostado sobre el borde, se divertía en contar los yacarés que venían según su costumbre siguiendo la embarcación, ó yá al oir el lúgubre quejido del curucú, con un estremecimiento involuntario arrojaba una mirada de desconfianza sobre el patron de pié sobre la toldilla fumando tranquilamente su cigarro.

La mujer de Avellaneda, no era bella, pero tenía uno de esos rostros, donde el Señor se complace en grabar en signos misteriosos las nobles facultades del alma, su rostro no era bello, pero poseía el dificil don de expresar todos los sentimientos con la misma facilidad de la palabra, con la misma rápidez del pensamiento, y si las circunstancias lo exijían, sabía tomar tambien una tal expresión de estupidez, de indiferencia y de tranquilidad que engañaría al observador mas suspicaz; porque esta mujer, naturalmente viva de imajinación y apasionada de carácter, poseía á la vez una voluntad de bronce y una fuerza tal de carácter capaz de acállar y encubrir las sensaciones mas tumultuosas de su alma, y su voz sumamente melodiosa, resonaba segura y llena en el momento de mayor peligro sin traicionar sus sufrimientos interiores.

El patron de la balandra de pié sobre la toldilla, fumaba tranquilamente su cigarro.

Era un hombre bajito y regordeton nervudo y velloso de cuerpo, su color era cetrino, estrecha

la frente, pequeños y vivaces los ojos pardos, semejantes casi á los del gato montes. Una ancha cicatriz le atravesaba el rostro barbudo, pero de tan singular manera que parecía que el hombre tenía dos caras partidas al medio.

Era muy raro verlo sonreir, y por lo general su rostro presentaba un tipo de estupidez é indiferencia que era solo la máscara de su sórdida codicia y maldad. Este hombre era un genovés llamado Caccioto.

Dos ó tres marineros sentados á proa y un loro ceniciento que decía desvergüenzas en todos los idiomas conocidos, componian el cuadro de la cubierta de la balandra «*Constitución*».

CAPÍTULO V.

Explicaciones necesarias

Mientras que la balandra se adelanta lentamente por medio del Paraná, conduciendo al Dr. Avellaneda á las manos del tirano, victima de la mas horrible traicion. condescienda el lector en volver con nosotros algunos dias atrás para ver que circunstancias presidieron á tan negra trama.

El Dr. Avellaneda era como ya sabemos un emigrado, mejor diremos un proscripto cuya cabeza, ya habia sido sido puesta á precio por el tirano.

Fugitivo y escapado apenas de las garras del tigre, vivia pacíficamente retirado en Montevideo con su familia, ejerciendo su profesion de abogado, con tanto talento como probidad. Pero no era él el único proscripto refugiado allí, y el espectáculo de aquella emigracion laboriosa y honrada, que ganada casi tranquilamente su pan á la corta distancia

de cuarenta leguas de Buenos Aires, era para Rosas un espectáculo odioso que le ocasionaba fiebres de cólera. Llevado del deseo de sangre y de lágrimas que lo devora, hizo un infame tratado con Oribe que de Presidente de un pais libre é independiente, descendió á ser el ministro de los crímenes de un salvaje usurpador.

Rosas exigió la entrega de los emigrados que vivian pacíficos en la capital de la República del Uruguay; pero Oribe temió tal vez indignar el pueblo contra sí por tan inaudita é infame felonia y contentóse solo con encarcelar los emigrados y en seguida mandarlos desterrados al Brasil, donde ningun recurso se les presentaba para vivir.

El Dr. Avellaneda habia sido de este número, y despues de una residencia de algunos meses en la isla de Santa Catalina, volvió á Montevideo por que su manera de vida, adquirida por tantos años, no lo dejaba habituarse á la monotonia de aquellos isleños pescadores.

Érale imposible á él, hombre acostumbrado á las luchas del foro y á los grandes trabajos intelectuales, poder pasar sus dias en el ocio y la inaccion

Al volver á un pais del que acababa de ser desterrado, su objeto era, arreglar definitivamente sus negocios, recoger los restos de su fortuna y tomar consigo á su mujer y su hijo para ir á establecerse en Corrientes, pais nuevo y que necesitaba hombres de algun saber, para tomar una forma mas nueva y civilizada: allí pues encontraba él un vasto

campo donde ejercitar su actividad intelectual y sus luces.

Una vez en la rada de Montevideo, trasbordado en un buque de guerra hizo su proposicion al gobierno y esperó la respuesta....

Algunos dias despues, Avellaneda recibia de manos de Oribe la respuesta que Rosas le habia trazado desde Buenos Aires....Y esta era favorable al odiado proscripto porque lo ponia, por medio de una vil traicion, entre las manos del caribe! Una vez en tierra, arreglados sus asuntos y expedito para partir, cuidó en buscar un hombre fiel á quien poderle fiar su vida, porque no se le ocultaban, los riesgos que corria debiendo en su tránsito á Corrientes enfrentar lugares peligrosos, ocupados por tenientes de Rosas.

El verdadero patron de la balandra *Constitucion* era un joven llamado Lostardo, genoves tambien, pero enteramente diverso de Caccioto. El Dr. Avellaneda le habia corrido con un negocio de éste obteniendo un pleno suceso, y en seguida como Lostardo era un pobre mozo que apenas ganaba de que vivir, el Dr. no le pidió nada por su trabajo, haciéndose en el marino genoves, un amigo seguro y sincero.

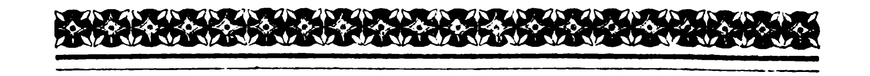
No podia confiarse en mejores manos y asi, arregló todo perfectamente.

La víspera de su partida una órden positiva del Presidente, obligó á Avellaneda á embarcarse con su familia, y ésperar á bordo la madrugada del

dia siguiente, en que la balandra debia darse á la vela.

Pero los pasos del proscripto habian sido seguidos; convencido Oribe de no poder seducir á Lostardo se habia arreglado de manera que su plan era infalible, no excitaba por su rapidez sospecha alguna y todo venia tan naturalmente que nadie podia sospechar la verdad.

Vamos á ver como todo sucedió á medida de sus deseos y en mal de Avellaneda.



CAPÍTULO VI.

El muelle de Lafón

Las diez sonaban lentamente, la triste campana de la Iglesia Matriz y «las diez han dado y sereno» repetian las voces de los guardianes de la noche, diseminados por la ciudad.

Era una noche tibia y serena como solo se encuentran en el Plata. La luna triste y silenciosa surcaba el éter transparente, no obstante ligeras nubecillas empezaban á velarla por instantes.

En aquel momento, tres hombres atravesaban con paso rápido y seguro la grande plaza.—Uno, el mas alto iba adelante en tanto que sus dos compañeros lo seguian respetuosamente á cierta distancia. Iban los tres embozados en sus capas, apesar de que las moribundas brisas del verano no permitian aun usar de mayor abrigo, pero era evidente que aquellos tres hombres evitaban ser conocidos.

Al acabar de atravezar la plaza, estos tres individuos echaron á andar por una calle todavía iluminada por las luces de las tiendas y almacenes y por la cual andaba aún bastante gente; los hombres redoblaron el paso y en breve empezaron á descender por una de esas calles que tiene Montevideo, en declive y que casi todas ván á dar al muelle.

Esta calle, llamábase antiguamente de «San Juan» y creo que hoy de Ituzaingó. Esta calle como más próxima á la mar que estaba enteramente á oscuras y solo á la mitad de una de las veredas se notaba aun el reflejo de luz que salía de un cuartejo redondo, llamado por todos el «cafesito de San Juan».

Los honrados propietarios de este café servían sus marchantes con esmero, y á pesar de la desnudez del cuarto, y de las ningunas comodidades que él ofrecía, el café que allí se tomaba era tan bueno y los guizados que allí se comían eran tan gustosos que siempre el café tenía concurrencia, pero ya se sabía que siempre era ésta decente y juiciosa porque el dueño del cafesito de San Juan no habría consentido por nada en el mundo admitir en su casa borrachos ó pendencieros.

Al llegar en frente de la puerta de el café, el hombre que iba adelante se paró y sus compañeros lo imitaron; entónces bajando un poco el emboze de la capa arrojó una mirada rápida al interior del cuarto. Dos hombres cenaban sentados tranquila.

mente á una mesa: el primero era un jóven de unos 25 años de edad, tostado por el aire del mar y por los rayos del sol; su aire era franco y abierto y su fisonomía no carecía de cierta gracia y belleza varonil; el que le hacía compañía parecía ser un otro marinero inferior á él.

Como el embozado se disponía á seguir su camino, los dos marineros salieron del cafesito despues de pagado su escote, y la voz agasajadora del dueño del café, pronunció estas palabras.

Buen viaje, siñor Lostardo! Addio Piero.

Los marineros les respondieron á su vez, y pronto el ruido monótono y firme de sus pasos resonó en la calle desierta, ese paso del marinero donde parece que hay algo de estraño, como del hombre que poco habita la tierra.

Estos cinco personajes continuaban á bajar hácia la orilla del mar, cosa que no demandaba mucho tiempo en la pequeña ciudad de Montevideo.

Pronto llegaron frente de esos sombríos edificios de piedra llamados las bóvedas; allí el mas alto de los tres embozados de capa, hizo señas de parar á sus dos compañeros que obedecieron á su mandato, y él continuó solo, en seguimiento de los dos marineros.

Los dos italianos andaban en silencio y su sombrío acechador, apenas asentaba el pié sobre las lisas piedras de la calle con miedo de ser notado.

Una vez pasadas las bóvedas, bajaron todos

tres á lo que hoy se llama el muelle de Lafón; es este un grande malecon de piedra que facilita el embarque y desembarque de los diferentes productos que forman el comercio del pais.

Sobre este muelle están establecidas algunas de las oficinas del resguardo, prolongándose á la derecha hácia la plaza llamada de la Aguada; y dejando á su izquierda el muelle.

Los lugares en que nos acompaña el lector en este momento son en estremo bulliciosos de día pero de noche reina un profundo silencio: de día, el ruido del tráfico mercantil, los juramentos y las desvergüenzas en todos los idiomas, porque de día aquellos sitios son el verdadero receptáculo del cosmopolitismo y muy embarazado había de verse quien pretendiera reconocer la nacionalidad en aquella nueva torre de Babel. De noche todo enmudece y se tranquiliza; los silbidos amenazantes del huracán, ó el blando murmullo de las olas y las ráfagas de la brisa que trae el eco lejano de la canción del infatigable pescador, el ruido monótono de los remos de algun bote; la errante cantinela de algun descansado marinero y de rato en rato la voz del sereno que canta la hora y el «quién será»! de los vigilantes centinelas que guardan la costa.

Llegados al muelle de Lafón los dos marineros, se dirijieron al lugar donde su bote había quedado

amarrado. Despues de investigar un poco, Pedro dijo al que parecía su superior:

— Non lo trovo mai ¡per Dio!

Lostardo, á quien estás palabras eran dirijidas, iba á responder sin duda: cuando detras de una de las casillas del resguardo se oyó un silbido; éste fué contestado con otro igual y casi al mismo tiempo una gruesa piedra acertadamente dirijida vino á dar de lleno en la frente del jóven patron que cayó al suelo anegado en su sangre y sin poder dar ni un gemido!

Su compañero pronunció una horrible blasfemia y echó á correr gritando socorro; en aquel momento un hombre bajito y de gruesas formas, salió detrás de la orilla mas próxima y acercándose al herido sacó de los bolsillos de éste, que yacía sin movimiento y sin sentidos, algunos papeles que guardó cuidadosamente, y tornóse á ocultar con presteza, porqué una porción de gente, corría hácia el lugar donde estaba Lostardo.

Pedro lo levantó ayudado por los otros y un oficial que parecía llevar la voz de mando les gritó:

«Al hospital el herido».

En efecto; la comitiva principió á alejarse, y en breve un profundo silencio sucedió al ruido que por un instante había turbado la tranquilidad de aquellos sitios.

El hombre bajito oculto detrás de la casilla, salió entonces, y el alto embozado en la capa á quien seguíamos desde la Plaza Mayor, salió tam-

bien de los arcos de un oscuro portón desde donde había asistido como testigo ocular á todas las escenas que acabamos de describir; pasadas todas con una indecible rapidez.

La luna que poco antes se encontraba velada de ligeras nubes, reapareció mas luminosa y serena, por eso mismo. Los dos hombres se aproximaron uno al otro; el encapado abrió enteramente el embozo, y la luna dando de lleno en su rostro, mostraba un hombre de unos cuarenta años de edad, sus cejas negras espesas juntas, y un rostro largo, vacilento, y de color acobrado; ojos grandes y verdosos que brillaban en la oscuridad como los ojos de los gatos; no carecía de cierta dulzura en el mirar, mas según en las circunstancias en que se hallaba el individuo, ó los sentimientos que lo animaban, su mirada se volvía vidriosa, y un algo de sangre, de odio y de atroz, se reflectaba en ella. Grandes bigotes cubrían unos labios amoratados y finos, que cuando se abrían daban paso á unos dientecitos blancos y puntiagudos, semejantes á los de los negros minas. Debajo de su sombrero se ocultaba una frente achatada y estrecha, donde era imposible divisar el menor destello de inteligencia ó de nobleza; y si hubiera descubierto su cabeza, un frenologista diría al verlo que era la cabeza de un famoso asesino!

Este hombre era el Presidente Oribe! En cuanto al individuo oculto tras la casilla, y que con tanto acierto acababa de poner á Lostardo en manos de los cirujanos, y apoderádose de sus papeles; al

pálido reflejo de la luna, el lector podría distinguir en su rostro barbudo, una cicatriz tan estraña que parecía dividirle la cara en dos.

Esto equivale decir que era Caccioto.....! Y Caccioto era el bombero de confianza, el confidente particular del Presidente Oribe.

Llegados uno á la par de otro, Oribe se sentó sobre una grada de piedra, y Caccioto quedó en pié á corta distancia con su pesada gorra de piel de oso encasquetada; porqué aunque aquellos dos hombres, estuviesen colocados en tan diferentes posiciones sociales, no por eso sabían ménos en su conciencia, que el crímen los igualaba, y que allí no había presidente ni marinero, sinó dos malvados. — Muy bien Caccioto. — fueron las primeras palabras de Oribe á su digno confidente. Unas de aquellas raras y estrañas sonrisas, vino á entreabrir los lábios severos del hombre, y respondió con un tono de falsete: — Un tantino, mio caro patrone!

Oribe continuó: — Eres un famoso tirador de piedra, creo que le distes en un ojo.

— No! respondió Caccioto, — sono certo que foi al mezzo de la testa.

— Ah! bravísimo! pero vamos, te apoderastes de sus papeles!

Caccioto llevó la mano al bolsillo de su cabestan y sacó una gran cartera de cuero negro. — Dopo il matino che le seguiva Ecellenza, tuto el dia, e cuando andó á la capitanía, e nella casa del consi-

natario ni fine sabea tanto come lui, tutos los negocios.

— Tienes el bote listo?

— Credo que si.

— Avellaneda, ese infame unitario duerme á esta hora ó espera su fiel Lostardo, pero se engaña del todo! tu te presentas en lugar del tal tonto de Lostardo, llevas sus papeles que mejor prueba de que el otro resignó el mando en tí, á causa de su herida, que tu tendrás cuidado de decir que la recibió en una pendencia.

— Certo! replicó el bombero.

— Por lo demás, — prosiguió el presidente, — ya tienes mis instrucciones, creo que el viento es favorable, aprovéchalo para salir del Puerto y una vez ese unitario en manos del Restaurador, hecha la balandra á pique.

Oribe se levantó para retirarse sin duda, pero Caccioto no se movía.

En aquel momento la luna dando de lleno en el rostro de aquellos dos pícaros, era fácil de ver la mirada socarrona y desconfiada del genovés que tácitamente decía:

— «Mio caro padrone non andevo via senza il dinaro che me avete promesso» y los ojos centellantes de furor, de avaricia, y de odio de Oribe que le respondía:

— Si no me fueras necesario te mataría, te destrozaría con mis uñas!

Un silencio significativo reinaba entre los dos. Oribe sacó una bolsa llena de oro, y la arrojó á los pies de su confidente, con un movimiento de cólera indescriptible.

Caccioto á su vez, sentóse sobre las anchas piedras del muelle Lafón, mientras Oribe de pié á algunos pasos de él, parecía el demonio del crímen que surgía por un momento en persona á la faz de la tierra.

El italiano sacó del mismo bolsillo de su cabestán, una linterna sorda, y empezó á contar el dinero con todo. sosiego.

Te he dicho, — le dijo Oribe temblando de ira, que el viento es favorable, y que sería prudente dar á la vela, porqué puede Lostardo haber vuelto en si, volver su compañero y.....

Caccioto sacó en silencio del seno un ancho cuchillo de monte y lo volvió á esconder.

En su horrible lenguaje quería decir: si vuelve mientras estoy aquí lo asesinaré.

Después que hubo concluído de contar el dinero dijo:

— Questa é la metá!

— El resto lo recibirás en Buenos Aires cuando el salvaje unitario esté en manos del Gobernador. Otra sonrisa de Caccioto que respondía:
— Ma! mio caro padrone, credo que una carta della V. E.!....

Oribe sacó un papel del seno, y lo entregó á

Caccioto; éste, acercándose á la luz de la linterna sorda, abrió el pliego y se puso á leerlo.

— Como! bribón,! exclamó el Presidente. Caccioto le contestó con su risita sarcástica: — Mismamente que il maior Montero que Rosas mando fusilar á la Recoleta, eh!.... (1)

— Pues que! tu sospechas de mi?

Caccioto por la primera vez quitóse respectuosamente su gorra.

— Col perdone de la V. E. son precauciones qui prendo.

– Acaba! — le dijo Oribe furioso.

Caccioto bajó la escalera y sacó el bote oculto entre unas piedras, entónces levantó la voz diciendo á su amo y víctima al mismo tiempo, pues encontraba un placer en atormentarlo.

---

(1) El mayor Montero era un oficial á quien Rosas intentó seducir, y llevar á su ejército el año 1829. El Mayor rehusó, y cuando Rosas se vió de gobernador, su primera diligencia fué mandar llamar á Montero. Este vino á su presencia; Rosas lo trató muy bien y le dijo que quería darle una colocación honrosa; el mayor no se atrevió á rehusarla y el gobernador le entregó un pliego cerrado para llevarlo en aquel momento á su hermano Prudencio Rosas que estaba en la Recoleta.

Montero, obedeciendó sus órdenes, montó á caballo. Llegó al punto designado y entregó el oficio. Prudencio Rosas, después de leerlo, llamó 4 hombres y un oficial, y mandó arrodillar al mayor. El infeliz Montero, pidió explicaciones, Prudencio le mostró la órden terminante de su hermano el gobernador. Montero pidió á lo menos un sacerdote á quien confesarse, y escribir algunas líneas á su mujer é hijos que eran 3 ó 4: nada de esto le fué concedido, y el desventurado Montero fué en el mismo instante fusilado. 1830. — *(La Autora.)*

— Ahora me ne vado vero á la V. E. pero credo que no mancará il negocio.

— Por que estas bien pago y seguro; contestó Oribe.

— Vero! — dijo Caccioto. Cuanto se fa uno pagar para hacer il bene, con piú razon per cometere un crímen, si deve domandare il denaro.

— Tu llamas un crímen entregar ese unitario! los unitarios no son hombres, son cosas!

La respuesta de Caccioto, fué una carcajada, tan horriblemente infernal y sarcástica que Oribe se sintió temblar hasta última fibra de su sér!.....

Un sudor frio le mojó la frente, rechinó los dientes y con una sonrisa feroz murmuró:

— Oh! yo me vengaré de tí, italiano!

En ese momento Caccioto se alejaba remando tranquilamente y pensando consigo: — No te serviré más; eres muy mezquino; Rosas es mas malo que tú pero al ménos arroja el dinero á manos llenas al paso que roba mas que tú tambien.

El presidente quedó de pié sobre la muralla de piedra.

A lo lejos resonarón las once.

Una hora transcurrió aún, cuando en la rada se oia el rumor de la cadena de una ancora que retiraban del fondo del mar y miéntras la lenta campana daba á lo lejos media noche y que la voz triste y uniforme de los serenos repetía la hora en medio de la ciudad dormida. La balandra *Constitu-*

ción salió del laberinto de buques que contenía en ese tiempo la pequeña bahía de Montevideo.

Como lo había dicho Oribe, el viento era bueno, y la nave impelida por él, pronto con todas sus blancas velas tendidas, empezo á deslizarse por las aguas semejante á la blanca garza que vuela de noche entre los huncos de la laguna.

Al ver alejarse la balandra, Oribe de pié sobre las piedras del muelle la seguía con vista torva, y melancólico era su segundo crimen.

Era la segunda vez que vendía la sangre inocentes!... á su pesar se estremeció y la memoria de Cipriano ([1]) el amigo de su juventud y compañero de armas le vino á la mente!...

De repente con un movimiento brusco tornóse á embozar en su capa y empezó á alejarse con ese paso rápido del hombre que parece querer huir de

---

([1]) No recordamos precisamente el nombre de este individuo amigo íntimo y compadre de Manuel Oribe; sabemos solo que en tiempo de la guerra del Brasil, Oribe y su hermana doña Margarita tenian un contrato con este individuo para el contrabando de ganados, el cual tráfico estaba prohibido bajo pena de la vida por nuestros jefes. El compadre de Oribe fué sorprendido infringiendo esta ley; pero fiado en que el contrato era á medias con su compadre, entonces coronel de dragones no intentó defenderse.

Su mujer vino á ver á Oribe y éste se chanceó sobre su afliccion diciéndole que su marido no corria peligro.

Pasaron la tarde todos juntos en familia; á la noche hicieron su partida de naipes como de costumbre, y Oribe se despidió diciéndole: "Hasta mañana compadre".

En esa madrugada el contrabandista de ganados fué fusilado por órden del coronel de dragones Manuel Oribe!.

(La Autora.)

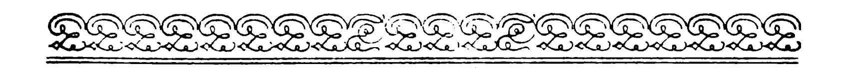
si mismo!. Por el lado opuesto que él se alejaba, dos hombres llegaban al muelle con andar vacilante... Uno de los dos traia vendada la frente y por su marcha se comprendía que solo lo mantenía en pié una de esas profundas é invariables resoluciones de la voluntad del hombre!

Al llegar á la orilla del mar su primera ojeada fué hácia su buque... no viéndolo, los dos, por su movimiento rápido dirigieron una mirada para fuera del puerto y pudieron ver la balandra que se alejaba á toda vela!

El hombre de la venda, arrojó uno de esos gritos sin palabras donde la desesperación, el dolor y la rabia se esprime en una sola inflexión de la voz; uno de esos gritos que parten el alma de quien los dá y llevan una especie de pavor á quien los oye!

— Pedro! esclamó, per dio; stiamo venduto come due cane.

Lostardo, que el lector debe de haber reconocido en el hombre de la venda: hizo un movimiento como si quisiera precipitarse al mar, y alcanzar á nado su buque: pero Lostardo estaba al fin de sus fuerzas y de su corage, su sér físico como su sér moral sufrian una horrible revolución y cayó sin conocimiento en los brazos de su fiel compañero.



CAPÍTULO VII.

Los leñadores del Paraná

En medio de una ancha plaza formada por un claro del bosque, estaban reunidos el Juez de Paz del Baradero con su gente y el gaucho Miguel.

Divididos en diferentes grupos aquí y acullá, los gauchos se divertían jugando los naipes; otros conversaban á media voz entre los árboles, el Juez de Paz que siempre se encontraba preocupado con su dignidad, sin querer asociarse con nadie, se aburría á las mil maravillas. El pensativo Miguel, se entretenía puliendo varillas de álamos, pero era este entretenimiento un disfraz con que segun su carácter observador, el procuraba siempre penetrar á los otros.

En medio de la plazuela, ardían fogones á cuyo alrededor se asaban frescos y gordos costillares de carne y en un pozo lleno de brazas se podía

distinguir una cabeza de ternera con cuero, que se asaba tambien.

A la orilla del rio estaban diseminados tres ó cuatro hombres con sus hachas en la mano á guisa de quien se preparaba á cortar leña, pero en lugar de trabajar como parecía su designio, estos hombres solo se ocupaban de conversar, y como sus palabras y pensamientos pueden dar á mis lectores una idea del pais donde pasan estos sucesos y demostrar claramente verdades que están hoy casi desconocidas aunqué contemporáneas; nos entretendrenos oyendo la conversación de los fingidos leñadores.

— Ha visto señó Julian; — decia un moceton de unos 20 años á otro leñador,—que cosa tan sonza esta de estar aquí con el hacha en la mano, cuando no es posible todavía comenzar el corte de leña, pues los árboles estan aún hojosos.

El sujeto á quien iba dirigida esta alocucion respondió.

— Y velai, tres dias que aquí estamos amolados con perdon de Vd. ño Simon, añadió dirigiéndose á aquel viejo que el lector recordará haber distinguido un instante la noche pasada en la estancia, que se describe en el primer capítulo de esta obra.

El viejo movió la cabeza con desdén y continuó con los ojos fijos en el agua corriente.

El otro prosigió:

— ¿No era mejor estar trabajando en la estancia ó asistir á la función del Pueblito á causa del papel que mandó el viejo? — Bien haya amigo San-

tiago, el hombre! Pucha que dende que el está de gobernante nosotros los campesinos es que estamos en el candelero.

— Es verdad, contestó el que había dado principio á la conversación, y ahora si que nos respetan los puebleros; cajetillas del diablo! que antes ni por un demonio se querían poner chaqueta! aver que ahora andan de poncho y diz que el viejo va á dar órden para que mesmo en Buenos Aires anden tuitos de chiripá y calzoncillos! cosa linda ha de ser, ver á todos los tinterillos de gauchos!

Una risada general acógió esta salida, solo el viejo Simón estaba sério.

El mocetón animado por esta aprobación se dirigió al viejo.

— Apuesto que ño Simón no me oyó por eso se quedó mustio.

El viejo levantó lentamente la cabeza y miró á su interlocutor de pies á cabeza, como se dice vulgarmente; despues dijo con calma:

— Te oí bien Santiago, ¿que hay con eso?

El otro replicó:

— Como no señó Simón.

— ¿De que?

— Pues no halla Vd. á gracia ver los cajetillas de poncho y chiripá!

— No! no me hace gracia eso porqué mira tú, si viniera un gobernante pueblero y quisiera mudar nuestro modo de vestir, á nosotros no nos había de acomodar, porqué dende chicos así nos

enseñaron á vestir; pues lo que no quieras para tí, no quieras para tu prójimo.

— Sí, respondió Julian; pero los puebleros son unitarios y los unitarios no son nuestros prójimos porqué diz que el Papa los descomulgó.

Simón sacudió la cabeza con su desdén habitual.

Santiago añadió:

— Ño Simón, es medio amigo de los unitarios.

— Yo soy amigo de mis paisanos, respondió el viejo.

— Si, pero los unitarios, ya ha dicho el viejo en su gaceta que no son argentinos.

— Si:—dijo Simón con amargura—son judíos! y los que peliaron sobre los Andes y entre los Andes, ¿que eran?

— Eran porteños!, dijo Santiago.

— Y Lavalle, Suarez, Diaz, Videla Olavarria! ¿que eran? Esos que llamas unitarios ¿que son?

— Si, ¿pero pa que son ahora enemigos de la Patria?

— Y sin ellos, ¿tendrías vosotros Patria, hoy?

— Ah! dijo Julian. siempre que existiera el viejo! Ninguno más patriota que él.

Simón descubrió su pecho cruzado de honrosas cicatrices y dijo: — Estos son recuerdos de la Independencia de la América y de la libertad del Uruguay! Desde 1810 hasta el año 28, no supe nunca lo que era descanso.... He conocido todos los gefes y soldados del ejército de los Andes, he asistido á todas

las victorias y derrotas.... nunca ví en ellos al gobernador Rosas!

— ¿Y eso que quiere decir? preguntó Julian.

— Nada, dijo bruscamente Simón.

— Este señó Simón, continuó Santiago, es enemigo de la federación.... y hasta del viejo!!!

— No lo permita Dios! dijo Julian.

— ¿Por quė? preguntó el viejo, con sosiego.

— Por que.....

— Me matarían! continuó Simón. — ¿Que me importa vivir ó morir! Lo que yo deseaba nunca he de ver!

— ¿Que deseaba Vd?

— Paz!!! respondió el anciano en voz grave. Si, cuando los españoles nos derrotaban en Cancha Rayada, ó huían ellos mismos en Suipacha, yo hubiera sabido lo que habría de suceder mas tarde!.... no enristraba ni una sola vez la lanza! ¿Para que? Para ver hoy matarse hermanos contra hermanos!

— Pues á mi no me importa nada de eso! dijo Julian; gobierne el viejo y !viva la Federación!

— Ah hijito el mozo federal!, dijeron los otros gauchos presentes en la contienda.

El viejo bajó la cabeza en silencio y ahogó un suspiro pronto á escaparse del fondo de su corazon! Era un antiguo soldado de la Independencia, un guerrero de Mayo que había visto las carnicerías de Moquegua y de Forota, y había cantado el «Oid Mortales...» [1] en la cuesta de Chacabuco y al Sol

[1] "Oid mortales el grito sagrado" — del Himno Nacional. — *(La Autora).*

de Ayacucho! Era Simón un pálido recuerdo de los hombres de entonces; había militado bajo los Balcarceces, hoy muertos en el destierro...! viejos paladines de la Libertad que huyendo del tirano, encontraron una tumba en la tierra extraña donde fueron á dejar sus restos á la sombra del insulto, por lo menos! ([1])

Simón había cargado mil veces lanza en ristre, á la voz mágica de Belgrano, y por fin lo había visto colocar en su féretro de gloria, envuelto en la Bandera Nacional! Había conocido al severo San Martin y visto á Bolivar!

Los colosos de la América, todos eran familiares á la memoria de Simón.

Todos estaban grabados con caractéres indelebles en su mente! ¡La cruz de Salta!... la cima de los Andes, el fragoso Perú, el ardiente Quito, las fértiles campiñas Orientales mas tarde, todos eran lugares que el veía sin cesar, poblado de sus héroes, de los patriotas y soldados de la Pátria!

El oscuro salvaje Rosas, cabecilla de ayer, que jamás aspiró el humo de la pólvora ni oyó el estridor de los aceros de la pelea, ¡solo le inspiraba horror y desprecio! El, ¡Rosas! el profanador de los sagrados dogmas de Mayo, el perseguidor atroz de

---

([1]) En esta época de barbarie, han sido profanados hasta los sepulcros, y una tarde la mazorca quebró una porción de ellos, esparciendo los huesos porqué decian ellos que eran de salvajes unitarios. — *(La Autora).*

la virtud y del talento, él que había clasificado de unitario á todo aquel que la riqueza ó el mérito favorecía!

La conversación contínuo:

— Vea Vd., dijo Julian, que pasaba por el exaltado del pago, es preciso ser un unitario muy taimado para negar los bienes que el viejo ha hecho al país ahi está el decreto que mandó el otro día diciendo de que todo gaucho es hombre libre y puede ir á la votación y de ahi tambien que siempre que un federal neto precise de caballos, puede tomarlos, no importa la marca y aunque lo demande al Juez, diciendo que es para servicio de la santa causa no le hacen nada ¿ y que dice Vd. á esto nó Simon ?

— Digo, respondió el viejo, que para que vosotros fueseis hombres libres eligieseis por vosotros mismos las autoridades del país es que nosotros los soldados de Mayo derramamos nuestra sangre. ¿ Qué cosa nueva viene á decir el gobernador?

Mire amigo, dijo Julian, mejor es no platicar del viejo porque Vd. me hace calentar!

Y esto diciendo empezó á acariciar el cabo de su puñal.

Simon sin hacer caso de su amenaza continuó: Que estamos nosotros haciendo aquí?

— Eso es lo que digo yó, interrumpió Santiago, qué diablos hacemos aquí nosotros?

— Estamos aquí por mandato del viejo, ó el Juez nos quiere apacentar solamente?

— El misterio no tardará en reventar, dijo Simon, sacudiendo la cabeza como quien está convencido de que Rosas no daba un solo punto sin nudo, como dice el refran.

En aquel momento salía de detrás de una isla la proa de la balandra *Constitución* que las vueltas del Río y las islas que en el medio de él surjían, habían impedido ver hasta entónces.

— Barco! grito uno de los hombres que estaba en la orilla; y Julian á esta voz desapareció detrás de los árboles y entrando en la plazuela se acercó al oido del Juez de Paz, y despues de decirle algunas palabras secretas, volvió á su puesto no sin que esta maniobra fuese percibida por Simon; así cuando Julian volvió sus ojos se encontraron con los del viejo, y por uno de aquellos movimientos internos espontáneos, cada uno de ellos sintió que enfrentaba su enemigo. Por que el odio como el amor tiene sus instantes únicos en la vida, instantes en que es irresistible la impresión que recibimos y en que una muda pero tácita revelación tiene lugar.



CAPÍTULO VIII.

Sigue:

Así que Caccioto enfrentó lōs leñadores, como en aquella parte del río desde el buque podían cogerse las ramas de los árboles, él les pregunto:

— ¿Hay carne fresca?

Julian tomó la palabra.

— Pués nó amigo: cuanto quiera.

Rápido como el rayo, Caccioto ayudado de los marineros bajó las velas y largó el cable á tierra para que amarrasen la balandra; porque es el modo de fondear en los ríos, cuando el tiempo es sereno y no hay peligro de temporal.

La mujer de Avellaneda seguia estos movimientos con inquietud; cuando la noche de su partida habían visto llegar á Caccioto en lugar de Lostardo, su temor había sido sumo, pero los papeles del jóven patron que el otro traía consigo pare-

cían una garantía de que era un amigo de Lostardo, quien por su heridas estaba inhabilitado de poder dirigir la embarcación la cual por otra parte no podría demorarse en el puerto.

Asi, Avellaneda habia creido lo que muy hábil y astutamente le habia contado Caccioto; pero su mujer sintió una especie de angustia que muchos llaman presentimiento y que raras veces engañan: Así, ella no perdía movimiento al patron y al ver la balandra amarrada á tierra se acercó á su marido instintivamente como si temiera verlo desaparecer de su lado.

Avellaneda, por su parte, no estaba tranquilo y sus ojos fijándose en los de su mujer le decían que tomaba por imprudente la conducta del patron.

Así, llamó á éste aparte y le dijo:

— Creo que Vd. haría bien en desamarrar y seguir río arriba.

— Porque? preguntó el genovés—Avellaneda repuso—porque yó soy un proscripto, como Lostardo, debió decirle; ésta gente puede querer saber quién es el pasajero que Vd. lleva; mi nombre es demasiado conocido y de esto puede resultarme un mal muy grande, tal vez perder mi vida ó cuando ménos ser conducido como prisionero.

— Oh!—dijo el bombero—osté está baco il pabillone di Montevideo e dopo no stiamo á la guerra per ahora.

— Eso es lo de ménos—dijo la mujer de Avellaneda, el Presidente Oribe y su digno amo

Dn. Juan Manuel Rosas, no se paran en médios.

Caccioto dijo, afectando indiferencia:

— Entonces voy á tomar la carne in terra con lo marineros e andiamo, eh?

— Si, respondió Avellaneda, hará Vd. bien y lo mejor era no tomar cosa alguna.

Caccioto hizo como que no le oia y dando su silbido semejante al del muelle de Lafón, puso la tabla á tierra y bajo con los marineros en *busca de carne*...

Una vez en tierra, internóse con los hombres en la plazuela acompañado de los marineros.

Un hombre quedó el último en la orilla del río; éste dando una ojeada en torno de sí, miró luego para los pasajeros y encontró sus miradas inquietas fijas en él, entonces el hombre cruzando los brazos hácia atrás á la manera de los presos hizo señas á Avellaneda y desapareció entre los árboles.

Este hombre era Simon, que al ver al proscripto Avellaneda, como hombre habituado á las revoluciones, conocía también las tramas de la tiranía y de un golpe adivinó todo, tanto más cuanto conocía á Avellaneda personalmente por haberlo visto el año 28, cuando éste mozo solo con la edad de 26 años, había sido nombrado primer ministro de gobierno.

Mamá, dijo el niño Adolfo con aire de zozobra, has visto el viejo que iba detrás de todos lo que hizo?

Sí,—le contestó su padre, ¿y qué entiendes por eso?

Papá; con las manos amarradas atrás llevan á los presos! Y al decir estas palabras, Adolfo empalidecía mirando á su padre porque su precoz inteligencia, le enseñaba el riesgo que en aquel momento los amenazaba.

Adelaida!—digo el Dr. á su mujer—sea lo que quiera, que el Señor nos envía, te recomiendo á mi hijo..... y ten resignación!

Adelaida pálida y casi sin aliento apretaba las manos de su marido entre las suyas heladas y mojadas de un sudor frio.

Tú temes algo?—le preguntó ella á media voz.

El Dr. la miró tiernamente, porque la pobre mujer con aquella pregunta quería encubrir sus propios temores que se traicionaban hasta en el mover de sus labios.

Después de un corto intérvalo, el Juez de Paz con algunos hombres y el patron de la balandra subían por la tabla.

Adolfo se acercó á su padre pasando su manecita alrededor de su cuello y fijando sus ojos en los recien venidos.

Avellaneda tomó un aire indiferente y Adelaida con aquella fuerza de carácter que poseia y de la cual ya hemos hecho mención, serenó las veloces palpitaciones de su corazon y miró agradablemente á aquellos, cuya sola vista le helaba de pavor, hasta la última gota de su sangre.

El Juez de Paz los saludó con indiferencia; ellos correspondieron del mismo modo.

Los semblantes anunciaban la curiosa impaciencia de ver llegar el fin de aquel drama, por parte de los satélites del tirano, mientras que las victimas destinadas al sacrificio apenas, ocultaban su terror.

El Juez de Paz, pidió sus papeles al patron y éste sin resistencia los entregó, después de examinarlos en silencio se los devolvió y pidió su pasaporte á Avellaneda; éste sin inmutarse se puso de pié y le dijo:

— No tengo pasaporte, traigo solo conmigo la órden de deportación á Corrientes.

— Su nombre de Vd?—replicó el Juez.

— Valentin de Avellaneda: dijo el proscripto, con un timbre de voz tan sonoro y lleno, que impuso respeto á los que le oian; y en seguida como si se envaneciera de cuanta virtud y saber encerraba aquel nombre, posó una mirada serena y magestuosa por los que le rodeaban.....

Una corta pausa sucedió.. El Juez volviéndose á él, le dijo—baje Vd. á tierra.

— No es posible—contestó Avellaneda—Soy proscripto de Buenos Aires, desterrado á perpetuidad y mi cabeza está puesta á precio; conozco perfectamente cual sería mi suerte al poner el pié en tierra.

— Luego Vd. confiesa que es un salvaje unitario?—preguntó el Juez.

Avellaneda se sonrió.—He dicho tan solo que soy un proscripto, cosa que Vd. sabe tambien como yo.

— ¿Pues aqui no corre Vd. el mismo riesgo?

Estoy bajo el pabellon Oriental y si estoy condenado á caer en manos de mis contrarios, quiero por lo ménos que me prendan á bordo de un buque perteneciente al Estado del Uruguay y en el cual flamea la bandera de su nacionalidad.

El Juez de Paz se mordió los lábios, y volviéndose á su gente les dijo:

— Amigos: el salvaje unitario Avellaneda, el enemigo taimado de la Patria y de la santa causa de la Federación, en fin, atentador del sociego público y de la preciosa vida de S. E. el ilustre Restaurador de las Leyes, está delante de nosotros!

Apenas acababa de pronunciar estas palabras un grito uniforme le respondió:

! Mueran los salvajes unitarios!

¡Viva el Restaurador de las Leyes! Y todos los caudillos desnudaron sus armas y los rostros tomaron un aspecto amenazador.

— Amigos—continuó el Juez, hace tres días que S. E. os ha dado una prueba nada equivoca de su amor de padre, correspondámosle como hijos; entreguémosle su enemigo—.

¡A muerte el salvaje unitario!—gritaron todos aquellos engañados campesinos, y Julian el más atrevido de entre ellos alzó el brazo sobre el proscripto; pero una mano de acero le comprimió la garganta, haciéndolo retroceder al centro del grupo de donde había salido.

Julian todo aturdido procuraba desacirse de

aquella especie de collar de hierro y apénas libre de él, volvió el rostro espumando de coraje y encontró la mirada profunda y serena de Miguel.

— ¿Porque se mete Vd. en lo que no debe? dijo Julian conteniendo apénas su furor.

— ¿Porque levanta Vd. el brazo armado sobre un hombre indefenso y desarmado? Sobre un hombre que ya pertenece al Sr. Juez de Paz?—respondió Miguel.

El Juez de Paz que nunca olvidaba que en la comedia de la vida, él representaba un papel importante, alzó la voz imponiendo silencio; agradeció á Julian su celo que sin embargo tachó de imprudente y aprobó la acción de Miguel.

De esta manera no descontentó á ninguno al paso que tampoco dijo cosa que valiese de nada. A ese respecto el Juez de Paz era hombre entendido porque no desconocía ese lenguaje embrollado de la insignificancia, que Shakespeare ha calificado, tambienen su Hamlet.

¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras!

Como lo había dicho Miguel; Avellaneda pertenecía ya al Juez de Paz, pero era necesario el aparato y llevarlo amarrado, requisito sin el cual no se hacía nada bueno.

Entónces dió órden á dos hombres que eran Santiago y Julian, de apoderarse de Avellaneda.

Adelaida se arrojó casi desmayada á los brazos de su marido que ella amaba con pasión, derramando un torrente de lágrimas. Adolfo cuyos

instintos de hombre empezaban á revelarse había tomado un grueso baston y con el rostro encendido de ira, los ojos llenos de lágrimas se colocó delante de sus padres, como si sus débiles fuerzas bastasen á salvarlos de los males que les amenazaban.

Julian fué el primero que se movió y Adolfo descargó su palo sobre él. El campesino furioso alzó su cuchillo sobre el inocente y valeroso niño, que tan naturalmente procuraba defender á sus padres. Julian con los ojos centellantes, iba á descargar el golpe cuando por un rápido movimiento se sintió retener el brazo de manera que la presión era tan fuerte que parecía quererle quebrar el hueso.

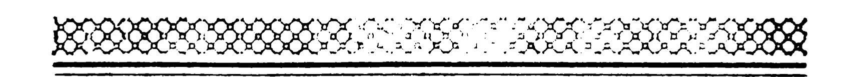
Estaba muy reciente el recuerdo para poder desconocer la fuerza hercúlea que lo doblegaba de nuevo.

Los ojos del impeturbable Miguel volvieron á encontrarse con los de Julian, pero por esta vez, Miguel temblaba de indignación.

— ¡Cobarde!!! — fué la palabra que sus labios convulsos pudieron proferir.

El Juez intervino de nuevo y á pesar de las lágrimas de Adelaida y de su hijo vencido por su natural flaqueza de niño; Avellaneda, buen y honrado ciudadano, fué conducido á tierra amarrado como un malhechor.

A pié por medio del campo rodeado de los dos séres que tanto amaba, emprendió su marcha entre dos filas de hombres á caballo armados de tercerola y sable desnudo en la mano.



CAPÍTULO IX.

Lágrimas

A cuatro leguas de la márgen del Paraná en medió de una de esas selvas ó florestas que en el lenguaje de los campesinos llaman islas, vénse aun esparcidas las ruinas parduzcas y desiertas de un monasterio, que segun tradicion del pais era una fundacion de los primeros Jesuitas que vinieron poco despues del descubrimiento del Rio de la Plata por Solis.

Haria por lo ménos dos siglos que la desierta capilla del monasterio era solo habitada por las fatídicas lechuzas y que sus anchos y sonoros claustros estaban solos y pavorosos como las tumbas de los muertos.

El tiempo sereno y agradable había sido sucedido por un aire tempestuoso y de lluvia; el cielo azul y brillante por las negras nubes de la tormen-

ta, asi como en la vida del hombre se truecan las horas de placer en llanto, las risas en dolores, las esperanzas brillantes, en amargas realidades.

La noche habia llegado oscura y amenazadora, un viento caliente del norte, soplaba con violencia agitando tumultuosamente las robustas copas de los anchos ombúes, las frentes elevadas de los álamos, las negras ramas del cipré; el trueno retumbaba en medio de la selva, relámpagos de fuego entreabrian las negras nubes que giraban en enormes grupos por el espacio.

Los rugidos del jaguareté, los aullidos de los perros montaraces, los balidos de los tímidos corderos y una infinidad de écos lúgubres ó pavorosos se mezclaban solo á la voz profunda y magestuosa de la tormenta que se acercaba como la tremenda maldicion de un Dios irritado.

Sin embargo, en el monasterio abandonado sucedia un rumor inusitado; bajo su techo desierto, la vida, este negro drama cuyo límite de cada dia es la eternidad; ostentaba sus escenas, y en corto cuadro era la copia fiel del mundo.

Llantos, risas, opulencia, miseria, vicio, virtud, compasion, indiferencia, todos unian alli sus opuestos colores, todo se mezclaba en pequeño grupo para dar la idea exacta de los elementos de que se compone nuestra humana existencia sobre la tierra.

En medio de la Iglesia levantada otro hora como homenage de la Divinidad, ardia una grosera hoguera cuya amarillenta llama esparcia triste clari-

dad en derredor; las nubes laterales yacian en profunda oscuridad esparcidas al pie de las columnas que las sustentaban, hombres de pie con la tercerola en la mano estaban silenciosos é inmóviles como las viejas estátuas de los despojados santos que aun permanecian en los nichos de sus altares. Casi en frente del altar mayor donde solo habia quedado una cruz colosal con el cristo crucificado; sobre un poco de paja estaba recostado un hombre, pálido; cargado de cadenas pero cuyo rostro sereno y noble solo revelaba su profunda compasion por los dolores de los dos séres que tenia á su lado; eran estos una mujer pálida y desgreñada cuyo rostro desfigurado ojos llorosos y miradas vagas, revelaban una de esas desesperaciones que el corazon humano no es bastante á contener; y un niño arrodillado y que comprimia sus sollozos, oraba con las manecitas cruzadas sobre el pecho, con aquel inocente fervor de la cándida niñez!

Era esta la familia Avellaneda!

De cada lado del altar otros dos hombres armados guardaban el preso.

Eran estos dos individuos, un viejo tostado y ennegrecido por el sol, cuyo rostro varonil y marcial revelaban el antiguo soldado.

Su estatura mas que mediana, sus miembros fornidos era el tipo de uno de esos hombres como ya no hay hoy; su rostro era largo y huesudo, su nariz aguileña, su boca bien cortada y franca, la frente alta y apenas coronada por algunas raras mechas de

cabellos mas blancos que las nieves eternas qne coronan la cima del Chimborazo; sus ojos grandes negros tenian una tristeza particular; parecia al mirar aquel hombre que era extraño á cuanto lo rodeaba y que su pensamiento siempre estaba en otros lugares ó remontados á otras épocas pasadas y lejanas.

Era el viejo Simon.

El otro era un joven de cabellos rubios, de ojos tristes azules, que en aquel momento eran mas tristes todavia y que parecia concentrar todas sus facultades en oir las palabras graves que lentamente pronunciaba Avellaneda.

Sus miradas iban de uno á otro de aquellos tres personajes y despues las volvia hácia Simon, y los ojos del antiguo lancero encontrándose con los suyos, tenian tal aire de simpatía por él y por aquellos tres infortunados, que Miguel, pues era el mismo, sentia una especie de revolucion estraña en sus ideas y manera de sér.

El silencio de la capilla era profundo, la voz sonora de Avellaneda era la única que resonaba con las últimas palabras que proferia para los suyos. Afuera, los aullidos de las fieras del bosque, el silbido del viento entre los claustros como un gemido de muerte y el éco del trueno retumbando en la llanura vecina........ En el primer claustro ardian hogueras y el resto de la gente del Juez de Paz jugaba y bebia reventando de rato en rato una viva carcajada satánica y burlesca.

Los sollozos del niño Adolfo, los ayes doloro-

sos de su madre, completaban este cuadro que no basta mi pluma inhábil á trazar con todos sus claros y oscuros.

Adelaida!—decia el preso—serena tu corazon y vuelve los ojos á ese Dios de bondad que él te dará fuerzas con que sobrellevar este golpe: su mujer sacudió la cabeza con incredulidad.

— Es la última noche que pasamos juntos— decia Avellaneda—y es necesario emplearla mejor que en llorar. Yo necesito que Vds. me presten atencion y recojan mis últimas palabras, porque ellas y mi bendicion de esposo y de padre es lo único que les puedo legar!

— Oh! tú no morirás,—exclamó Adelaida dolorosamente.--No! aparta de mi mente ese horrendo cuadro, yo imploraré, yo rogaré, me arrastraré á los pies de ese hombre.

No! dijo Avellaneda—será todo inútil, mi muerte debe estar decretada, y Rosas no sabe que cosa es la piedad. Deja que se cumpla mi destino; tú debes conservarte para nuestro hijo; no me lo dejes completamente desamparado sobre la tierra........! él te recordará los dias que hemos pasado juntos en el mundo, en él revivirá mi nombre y mi recuerdo!

Y al decir esto besó á Adolfo en la frente.

— Papá; déjame morir contigo como el hijo de aquel valiente capitan, que fusiló Rosas, en San Nicolás de los Arroyos junto con su padre! (1) — decia el niño.

---

(1) D. Manuel Belgrano, cuya familia está proscripta por Rosas y algunos fusilados. *(La autora).*

— ¿Qué dices Adolfo?—No, hijo mio; vive para consolar á tu madre y para vengar un dia tu Pátria, si es que ese tirano que hoy la despedaza no ha caido ya en holocausto, de tanta sangre como ha derramado.

— Oh papá! cuánto ódio á ese hombre!

— No ódies el hombre, respondió el preso; detesta el tirano de tu Pátria; no lo ódies porque asesina á tu padre, al fin yo no soy mas que un miserable grano de tierra, detesta en Rosas, el opresor de tus paisanos, el enemigo de la ley, del honor, de la virtud y cuanto noble y buena tendencia tiene el corazon del hombre; cuando llegues á serlo, no persigas á ninguno de su familia, porque ellos no tienen la culpa de sus crímenes. Adelaida—prosiguió dirigiéndose á su mujer—que el ejemplo de tu marido que va á perecer en el cadalso, no te haga infundir egoismo y dureza en nuestro hijo; críalo como hombre, enséñalo temprano á luchar contra la opresion, enséñalo á considerar en cada semejante un hermano. Adolfo dijo volviéndose á este,—mira que todos los hombres son hermanos; nunca niegues á tu semejante aquel amparo ó servicio que exija de ti, sé generoso con todos, parte tu pan la mitad para tí y la otra para quien veas que lo necesite.

Sigue la carrera de las leyes, pero no con el fin de enriquecerte; no defiendas sinó aquellos que en tu conciencia reconozcas justos y no llores dinero á los pobres sino aquel muy absolutamente preciso para no hacerte daño á ti mismo. Nunca seas Juez

para no verte obligado á firmar la muerte de un hombre: eso es bárbaro y anti-humanitario.

Nunca seas fiscal porque el papel de acusador es infame.

La defensoría de menores y esclavos es la mas bella colocacion posible, aspira á ella y vé de obtenerla para ser verdaderamente el apoyo de los desvalidos.....

Adolfo oía á su padre con una especie de veneracion religiosa, en tanto la desesperacion de Adelaida aumentaba gradualmente, al paso que mas y mas profundizaba la horrible pérdida que hacía en un esposo adorado y en un hombre de tan altas virtudes, que deferia tanto del comun de los individuos. Desde que nacistes, hijo mio—prosiguió el Doctor—me ocupé de escribir un tratado particular para tu educacion moral, está entre mis papeles y ruego á tu madre que si puede salvar nuestro equipaje te enseñe á leerlo todos los dias y te explique constantemente aquellos puntos que tú no entiendas, siguiendo las máximas que yo he trazado para tí, alli darás la mejor prueba de respeto y amor á mi memoria.

Cuando un dia quieran echarte en cara mis cadenas y el patíbulo que me espera, recuerda que tu padre te dice ahora, últimos instantes en que te vé, que muero victima de un tirano feroz y sanguinario, mis crimenes son: mi amor al pais donde hé nacido, un nombre sin mancilla y un poco de inteligencia que Dios ha querido concederme.....

En aquel momento un trueno espantoso retumbó y un relámpago hizo empalidecer la luz de la hoguera, iluminando la colosal figura del Dios-hombre crucificado. Los silenciosos centinelas se santiguaron. La tormenta rompió enteramente en su furor.

Avellaneda apesar de sus cadenas, medio se sentó sobre la paja, su hijo y su mujer lo rodearon con sus brazos y los tres quedaron unidos como un solo individuo!

Avellaneda continuó:—nunca me han parecido tan dulces vuestras caricias como en este momento! Será porque es la última vez que mis ojos os ven, que oigo el éco de vuestra voz, que escucho las palpitaciones de vuestros corazones.....

Pobres!—dijo—reuniendo aquellas dos cabezas queridas sobre su pecho! yo soy el mas feliz de los tres! yo voy á morir.... pero vosotros que siempre vais á echarme de ménos......

Oh! quien podrá nunca colmar el vacío inmenso que vos déjas!—prorrumpió su mujer—Oh! Dios no es justo cuando consiente al crimen triunfar de la virtud y de la inocencia!

Avellaneda no respondió, temiendo que su voz no traicionase las violentas emociones de su corazon. — Al fin era mortal, era jóven aun, y dejaba tras si, una existencia doméstica lo mas feliz posible. Le costaba separarse y dejar abandonados sin consuelo aquellos dos séres tan amados!

Desde el momento en que les dijera adios hasta el cadalso siempre habrian de trascurrir algu-

nos dias, cuya soledad y amargura lo asustaban mas que las bocas de los fusiles asestadas á su pecho.

El silencio volvia á reinar absoluto, cuando entró el Juez de Paz con otros personajes que habían venido del pueblo del Baradero con el fin de hacer .un sumario al inocente Avellaneda. El proscripto pensó que su última hora habia llegado.

CAPÍTULO XI.

Proceso de un unitario....

Antes que Rosas hubiera colocado en los fastos de la Historia Argentina los meses de Abril y Octubre de 1840, ántes que despojándose completamente de todo velo de respeto á las leyes y á la humanidad, hubiese patrocinado los horrores de la mazorca y el fusilamiento de los 57 primeros de Acintiá y Tucuman, acostumbraba á matar judicialmente sus víctimas haciendo tomar á sus particulares venganzas, el color de ejecuciones judiciarias; para eso había levantado el proceso de los Reinafés [1],

---

[1] Los Reinafès eran una familia de Córdoba, cuatro hermanos, de los cuales uno era el gobernador de aquella provincia. Cuando el general D. Juan Facundo Quiroga ex-gobernador de la Rioja empezó á conocer la intencion de Rosas era usurpar no solo la soberania de la República Argentina, sino tambien avasallar como lo ha hecho mas tarde, todas las provincias del interior; Quiroga, aunque él mismo

asesino y ladron, dió muestras de descontentamiento ó tal vez Rosas hizo esparcir esta voz; lo cierto es que debiendo Quiroga volverse de Buenos Aires á la Rioja, Rosas escribió á los Reinafés para que Quiroga fuese asesinado en el territorio cordobés..

Así sucedió, Rosas, según su costumbre, alzó los gritos y llamó á los Reinafés á Buenos Aires para que se justificasen ante la opinion pública, pues eran sus amigos y él no queria que pesase sobre ellos la mancha de asesinos. Los cuatro hermanos vinieron á Buenos Aires: Rosas los recibió con su llanto de cocodrilo y á las 24 horas los mandó prender; el mayor de los hermanos logró escaparse llevando consigo las importantes cartas de Rosas y las cláusulas del contrato hecho para el asesinato de Quiroga.

Rosas metió á los Reinafés en la cárcel, los cargó de prisiones, el proceso empezó y él halló medio de comprender en èl once individuos.

Ha sido el proceso mas escandaloso que nunca existió, todos los abogados de Buenos Aires que defendieron á los Reinafés ganaron su causa porque no existió prueba alguna suficiente á condenarlos; no hubo Juez que los condenase, y fué entonces que empezaron las persecuciones á los abogados fallando tentativas de asesinatos sobre algunos de ellos. Por fin Rosas que á toda costa queria la sangre de los Reinafés, hizo sentenciarlos á muerte por el Dr. Maza, presidente en aquel tiempo de la Asamblea Nacional (escarnio de esta institucion) Presidente de la Cámara de Justicia y Ministro de Rosas. Los Reinafés tres hermanos con mas de ocho individuos inocentes y que de ninguna manera estaban complicados en negocio alguno fueron fusilados en la Plaza de la Victoria, sus cuerpos colgados doce horas; espectáculo horrible! y negado el sepulcro á sus restos!!!

sus incautos cómplices y el de Don Domingo Cúllen.

A la verdad que mas vale en nuestra opinion este último partido de mostrarse cual es, que el infierno que antecedió la muerte del francés Bacle (2),

---

(2) Bacle, francés de nacionalidad, estaba establecido en Buenos Aires con una litografia; intentó ausentarse á Chile, ó disgustado del aspecto que tomaba el país, ó porque Chile le prestase mas ventajas. Rosas lo hizo prender y

conducir á la Cárcel, se echó sobre sus bienes y en desprecio de las reclamaciones de los agentes de la Francia, prendió otros dos franceses mas cuyos nombres no tenemos presentes en este momento.

Bacle cargado de cadenas fué atormentado de tódas las maneras posibles en su prision, al fin murió envenenado por no haber motivo legal que ostentar para fusilarlo públicamente. Los otros dos franceses sufrieron igual destino. Este fué el orígen del Bloqueo de la Francia, el año 1838 (?)—*La Autora*.

y de tantos infelices á quienes hizo fusilar juzgándolos antes, por los tribunales que él manchaba y profanaba convirtiéndolos en ciegos instrumentos de sus maldades y venganzas.

Avellaneda pertenecia aún á esa época, en que Rosas temía mostrarse tal cual es, un salvaje asesino sediento de sangre y de riquezas hecho el amo absoluto de bienes y vidas, gracias á la manera con que ha sabido desenfrenar las masas bárbaras de un país conmovido y revolucionado aun por la declaracion de la Independencia y habituado á una guerra sin tregua ni cuartel.

Consecuente con este infame sistema adoptado por su amo, el Juez de Paz asi que se apoderó de Avellaneda, lo condujo á aquel monasterio en ruinas y convocó las autoridades del pueblo á fin de levantar una sumaria informacion cuyos fundamentos eran mentiras inícuas y atroces que tomaban reo al inocente pasagero que seguía viaje para Corrientes en la Balandra *Constitucion*.

El proceso de la nueva víctima del caribe, se fundaba primero en la declaracion del patron, en la misma que afirmaba el Juez que se había tomado

tambien la parte de acusador, y en una série de descabelladas presunciones, que ellos tomaban por otras tantas evidencias que deponían contra el acusado.

Cuando el Juez de Paz entró en la capilla con sus dignos acompañantes, mandó poner en pié á Avellaneda, sentáronse ellos en las gradas del altar, y para llevar á cabo la farsa principió el interrogatorio.

Acerquen á ese salvaje unitario para aquí,—dijo el Juez.

Dos guardias colocaron el preso en frente á sus torpes verdugos y continuaron á sortenerlo porque el peso de cadenas con que lo habían cargado no le dejaba movimiento alguno, impidiéndole guardar un perfecto equilibrio en pié sin ayuda de los otros. De la manera como lo colocaron quedaba frente á frente con la imágen de Cristo y fijos los ojos en aquel símbolo de la redencion y del martirio, esperó sereno é indiferente el principio de aquella indigna ficcion de la justicia.

Avellaneda cargado con los honrosos grillos de la tiranía, ante la figura de Dios-hombre crucicado, en tanto que sus sicarios volvian las espaldas al altar, parecía allí como el símbolo de la humanidad esclavizada demostrando toda la inutilidad del sacrificio y martirios del Cristo.

— Es Vd.—preguntó el Juez—el salvage asqueroso unitario Valentin de Avellaneda.

— Soy—contestó el proscripto—el Doctor Don

Valentin de Avellaneda, abogado de profesion y amante de mi patria como debe serlo todo hombre de honor.—Juez—Déjese Vd. de pataratas—Vd. es un salvage unitario.

— Felizmente—replicó el Doctor—ni Vd. ni los suyos saben lo que dicen; en cuanto á su amo de Vd., ese sabe perfectamente lo que hace y lo que dice, como sea conveniente á su sistema.

— No insulte Vd. al gobierno.

— Hace mucho tiempo que no hay gobierno en la República Argentina, sino un tirano atroz que la enluta y destroza.

— Y no poder degollar ahora mismo este hombre! murmuró el Juez; de ahi continuó en voz alta.

— Porque ha venido Vd. al Paraná?

— Porque era el camino para Corrientes.

— Mentira! Vd. venia á desembarcar con el fin de atentar á la tranquilidad del país y tal vez á la preciosa vida de S. E. el Ilustre Restaurador de las leyes.

— Acabe Vd. si es su intencion hacerme fusilar ahora mismo, lo prefiero yo á escuchar tantas infamias y desatinos de la boca de un hombre que se llama Juez de Paz!!! Título sagrado que está profanando el vil ejecutor de las venganzas de un déspota.

— Moderese Vd!!!

— Silencio! ciervos del Tigre Argentino!
Silencio! á la voz del libre y del patriota! del

hombre que lleva alta la frente y pura la conciencia, del hombre que marchará al suplicio mas sereno que sus verdugos, mas sereno que el mónstruo que no podrá dejar de temblar azorado cuando sepa mi muerte!!!

Adelaida y su hijo de rodillas con las manos tendidas hácia el proscrito parecian implorar que no acelerase su muerte.

El Juez de Paz confundido con aquella palabra, rápida vibrante y sonora, con aquella mirada noble y magestuosa que á su pesar le obligaba á bajar los ojos buscaba en su mente insultos y sandeces con que contrarrestar el lenguage soberbio y soberano de Avellaneda.

Los dos hombres de cada lado del altar, les temblaba la carabina en el hombro.

Simon le parecía oir sus héroes Moreno y Castelli abogando por los derechos hollados del hombre.

Miguel por la primera vez de su vida compredia el inícuo papel que había representado por ignorancia de verdades que ahora como rayos herian su dormida inteligencia y la despertaban de un golpe.

Mientras que Avellaneda apenas pudiendo sostener sus hierros, con el rostro animado, el ojo brillante, la sonrisa del desprecio en los lábios parecía burlarse de sus acusadores y gozar del imperio absoluto que su alta inteligencia y su virtud le daban sobre aquellos bárbaros.

Señores—dijo el Juez—están Vdes. oyendo la audacia, la terquedad de hereje, taimado y sucio

unitario, él insulta las leyes de la patria en la persona del Ilustre Restaurador de las Leyes; que mas prueba de su contumacia? Señores! no lo dudemos. Este vil, traidor y salvage inmundo asqueroso unitario venia con el designio de asesinar á S. E. y revolucionar el país. Señores! firmemos el acta de acusacion y una felicitacion á S. E. porque la Divina Providencia se ha dignado conservar sus preciosos dias, salvándolo de las asechanzas de este feróz y contumaz Unitario.

Una carcajada sarcástica y feróz resonó en medio del silencio que hizo estremecer los circunstantes y que perdiendose entre las arcadas de la iglesia parecía repetirse en cada uno de los ángulos.

Todos miraron en torno de si agobiados pero nadie sospechó que fuera ninguno de los que allí estaban.

Si hubieran podido penetrar las espesas sombras que cubrían el coro, habrían podido distinguir el bulto de un hombre que llevaba en la cabeza una gorra de piel de oso y una cicatriz en el rostro que le hacía de una cara dos.

Hombre satánico que se burlaba de Dios y del infierno, del bien y del mal.

El Juez de Paz continuó:—Este debe ser algun salvage unitario escondido entre estas ruinas.

Otra carcajada respondió á estas palabras.

Los campesinos empezaron á temblar azorados creyendo que sería el ánima de algun fusilado que andaba errante por aquellos agrestes sítios y todos

principiaron á rezarle un padre nuestro en voz baja con el fin de su descanso eterno.

El Juez de Paz, á mas de su supersticion natural, temía ver su dignidad comprometida y temiendo si hacía otra alusion á los unitarios que otra nueva risada no lo comprometiera mas y mas, trató de que se firmaran los dos papeles, cuyo contenido era obra del mismo Rosas.

Despues de firmados, volvió á sentarse y habló así:

Señores: nosotros podiamos hacer fusilar en el instante este monstruoso unitario.

Un sollozo de Adolfo interrumpió al Juez, al mismo tiempo, un rayo cayendo en algunos de los apartados aposentos del monasterio hizo estremecer el edificio hasta en sus cimientos.

El horror de la tempestad, los rugidos de las fieras y el sitio en que se encontraban tenía sumamente atemorizados los gauchos.

Solo tres de entre aquellos hombres eran insensibles á vanos temores.

El viejo lancero, porque él había oído la voz de la tormenta entre los Andes, allí donde moles inmensas de nieve rodaban con estrépito al abismo y donde gruesas piedras volaban como simples granos de arena.

Miguel, porque su alma era mas elevada y animosa y porque en aquel momento se operaba en él una de aquellas revoluciones estrañas que mudan un individuo totalmente en otro.

Y Julian, quien de un natural salvage y feróz, ardía de ódio y de venganza contra la familia del proscripto, contra Miguel y hasta contra el viejo Simon, que nada había hecho sinó sorprender su accion en el bosque.

El Juez continuó:

Sin embargo, de los delítos de este asqueroso unitario que merecía la muerte ahora mismo creo que debemos entregarlo vivo en las manos de S. E.

Apoyado!!!—Contestaron las otras máquinas judiciarias.

— Yo mismo en persona quiero ponerlo á la disposicion del Ilustre Restaurador de las Leyes.

— Estoy muy cansado de estar en pié—dijo el preso—acabe Vd. su farsa y déjeme descansado una vez que no muero ahora y que debo prepararme á probar todas las torturas que el tirano me imponga; bueno será contemplar mis fuerzas para que la division de los tormentos que me prepara, le dure mas tiempo.

El Juez se levantó diciendo:

— Acomoden ese asqueroso unitario por ahí; mudense las guardias y tèngase pronto para partir cuando yo lo ordene.

Avellaneda volvió á ser acostado sobre la paja, puso su hijo á su lado en tanto que su muger de rodillas ante el altar se preparaba á pasar orando el resto de la noche.

Los centinelas fueron renovados y todo volvió á quedar en el mas profundo silencio.

CAPÍTULO XII.

Simon y Miguel

Cuando segun la órden del Juez de Paz los centinelas fueron relevados, Miguel apenas libre de su tercerola, en lugar de procurar descansar como iban á hacerlo sus otros compañeros, salió al aire libre y como aquellas ruinas le eran familiares dirigióse á una especie de recinto que tal vez sirvió en otro tiempo de jardin ó cementerio á los Jesuitas.

Miguel sentía su cabeza pesada, su corazon oprimido, el aire le faltaba á sus pulmones érale estrecho el cláustro, necesitaba el viento que soplaba con violencia, necesitaba de encontrarse al descampado en medio del horror de la tormenta que la lluvia calase sus vestidos..... Sentía, en fin la necesidad de aturdirse, para serenar el tropel de emociones y de ideas que lo agitaban.

Como todas las almas nuevas y timoratas, el

jóven gaucho, se veía por la primera vez de su vida en contienda con su conciencia.

Sus simples creencias se rompian de un golpe haciendo lugar á una multitud de reflexiones é incertidumbres espantosas para un hombre, que como Miguel, tenía una inteligencia bastante clara aunque inculta.

Al encargarse de aquella mision había imaginado en el Dr. Avellaneda una especie de oso, y encontraba en él y en su familia séres interesantes y simpáticos..... Corredor de los desiertos era tambien la primera vez que se le ofrecia á la vista un hombre encadenado.

Sobre todo, antes de conocer al proscripto él lo creía sinceramente un enemigo de la patria, un malvado, pero aquellos consejos de Avellaneda á su hijo, su noble lenguaje para con sus acusadores, todo confundía y martirizaba á Miguel.

Fatigado de alma y de cuerpo cayó al pié de un árbol con esa especie de abandono de un sér que sufre y duda de lo que hasta allí respetó como verdad.

Un relámpago de fuego brilló en aquel momento; y Miguel pudo ver los cabellos argentados y el rostro triste del viejo lancero que se encontraba á su lado con los brazos cruzados sobre el pecho en actitud meditativa y solemne.

— Si las palabras que voy á proferir, hubieran de llevar mi cabeza al suplicio—dijo Simon—ni así mismo me callaría porque si no me engaño el

caballo es de buena raza aunque le hayan dejado tomar malas mañas.

— Es verdad—contestó el jóven—el mejor árbol tuerce el tronco cuando el vástago no se cría derecho.

— No se si me habré equivocado jóven, pero creo que Vd. tiene un buen corazon; esta mañana ha salvado delante de mí dos vidas que sin Vd. habrían sido infaliblemente sacrificadas.....

La primera vez,—replicó Miguel—no hice mas que cumplir con las instrucciones que se me dieron á respecto del preso; en la segunda seguí el impulso natural de todo hombre cristiano de defender al débil.

— ¿Y cómo puede Vd. si es cristiano, haber llenado una comision tan infame como ha sido la de contribuir á entregar este hombre inocente?

— Inocente!..... ah! desde que he conocido este hombre, que lo he oido hablar, estoy en los mayores conflictos..... no sé que creer!..... Pues que el gobernador será como él lo llama..... Un tirano!!!

— Es verdad, jóven; es un tirano espantoso. Si Vd. hubiera conocido los viejos de la patria veria la diferencia que existe entre aquellos y este hombre que hoy está de gobernador en Buenos Aires.

— Yo nada sé señor, Simon: criado en el campo, viviendo siempre en el desierto, á nadie conozco y sirvo al gobernador por que es el único que me ha

hecho algunos bienes á él le debo mi caballo mi apero y siempre me está haciendo regalitos.

— Y dinero?

— Ha querido darme por diversas veces pero yo no lo he reçibido nunca.

— Es Vd. mas ignorante que culpado.

— Pero digame señor Simon ¿es cierto que este hombre, esté preso, está inocente?

— ¿No lo ha oído Vd. hablar á él mismo?

— Es verdad! y dijo cosas tal y cual solía decir el cura en otros tiempos.

— En otros tiempos!—respondió el viejo con amargura—cuando los ministros del altar predicaban solo la union y el amor del prójimo: cuando no se gritaba en los púlpitos «Mueran los salvages unitarios!»

— Pero digame por su vida señor Simon ¿qué viene á ser los unitarios?

— Vd. no vé Miguel que los unitarios ó los que califican asi son argentinos como nosotros?

— Si por cierto; mas son los puebleros.

— ¿Y Vd. cree que el gaucho no es hermano con el pueblero? no vé Vd. que es la misma patria. Es tambien como decir que el hombre de color no tiene carne y huesos como el blanco y que no tiene iguales derechos que éste.

— Por fuerza, yo he visto negros y blancos morir, y lo mismo muere uno que otro pero volviendo á los unitarios, el gobernador me ha dicho mil veces á mi mismo que los unitarios eran here-

ges, y enemigos de la patria y que si no fuera por él vendían el país al extrangero.

— Mire amigo, yo soy patriota viejo y no de estos tiempos; yo conocí los dias de la España, crea que era mejor que hoy.

— ¿Qué dice señor Simon, el tiempo de los godos era mejor?

— Por supuesto amigo; nosotros es verdad que eramos colonos de la España, pero todo el mundo trabajaba quieto en su casa, no se prendia, no se degollaba á ninguno, el país era rico y todos viviamos como hermanos.

— ¿Mas, Vd. peleó contra la España?

— Si amigo! y pelié bien, á lo ménos mi intencion era buena, porque creía servir á la patria; mas si yo hubiera adivinado que tanta sangre vertida era al cohete! Si hubiera pensado que todo había que servir para que Rosas hiciera tanta heregía con la patria, nunca amigo! nunca el viejo Simon era capaz de ser soldado.

— Pues yo creía que el gobernador tambien había sido héroe de la patria.

— Dígaselo Vd. al lancero Simon! Jamás! amigo él peleó, ni sabe lo que es eso! es al contrario, cuando en el año veinte mandaba los colorados de las Conchas y que el viejo Martin Rodriguez (hoy desterrado en Montevideo) quizo entrar á la Plaza me contaron los mesmos colorados que su comandante se escondió por ahí y mandó decir al general en gefe que le acababa de dar un cólico y nombra-

se otro comandante; de susto el hombre se fué en dos aguas!

— Mas, señor Simon, este hombre, está preso?

— ¿Pero cómo pudo Vd. servir en semejante comision?

— Que quiere amigo! el gobernador me mandó llamar, para otro negocio que creo era sobre parejeros, entrando á platicar conmigo, entró un hombre que diz que le traiba unos pliegos, él los pidió, leyó, y de ahí dice que aquella carta le daba aviso de cómo un barco iba Paraná arriba y traia un unitario que venía á revolucionar la campaña y matarlo á él; mas, el patron del buque había descubierto el enredo y que cuando el unitario quisiera saltar á tierra el patron si el gobernador mandaba gente al Paraná iba á preguntar «si le daba carne fresca,» y que esta era la señal; el hombre que traiba el papel habló tambien mucho del caso, y así que se fué el gobernador me rogó que viniera yo en persona y me enseñó lo que habia de decir al Juez de Paz del Baradero; dióme tambien unos despachos como credenciales y sobre todo me responsabilizó porque el preso le llegara sano y bueno porque diz que es mozo que estima mucho y no quiere hacerle mal ni vengarse de él.

— ¿Y Vd. creyó todo de buena fé?

— Por fuerza.

— ¿Y está ahora de la misma opinion?

— Nó! ahora dudo.... el preso me parece

hombre bueno..... no tiene cara de asesino! no! y estoy arrepentido.

— Si al arrepentimiento no sigue la reparacion, ¿de que sirve arrepentirse?

— Cierto! Vd. cree que lo podremos salvar?

— Es Vd. un valiente sugeto Miguel! Bien! somos amigos desde este momento amigos en vida y en muerte.

— Lo juro!—exclamó Miguel—poniéndose de pié y tomando la mano del viejo.

— Juremos!—añadió éste—juremos delante de Dios que nos oye y está en todo lugar; salvar al Dr. Avellaneda, sea aquí, sea en Buenos Aires!!!

— Lo juro!—pronunció el jóven con voz profunda.

— Separémosnos—dijo el viejo—podrian haber notado nuestra ausencia, yo iré primero, vaya Vd una media hora despues.

El canto de un gallo resonó!

— Es el segundo canto del gallo—dijo Miguel—son las once y media, despues del tercer canto entraré yo.

Y los dos nuevos amigos se separaron.

Miguel quedó en el mismo lugar; su cabeza era un caos, y no podía darse cuenta de lo que sentía.

Era un hombre del campo, sin instruccion ni trato alguno de gente; viviendo de la vida montaraz y errante del venado que puebla nuestros desiertos; amando la libertad por instinto y prefiriendo dormir bajo un árbol, comer una mulita ó perdiz muerta por

él ó á sugetarse á trabajar regularmente y tener un género de vida cierta y arreglada; tal vez porque era una de esas naturalezas indómitas y caprichosas para las cuales todo sistema detenido y arreglado de antemano es inútil.

Un hombre de esta clase, no podía comprender de un golpe que las opiniones políticas de un individuo no pueden jamás ser de delítos de muerte.

No podía comprender que el hombre tiene derechos sagrados de propiedad y de seguridad individual, que solo son atropellados por los tiranos.

Prefiriendo ser un pobre gaucho sin acomodo, á ser un buen y prevenido peon, Miguel posponia los bienes transitorios de la existencia á la soberanía absoluta de sus acciones. Esta libertad de si mismo, esta materialidad de la *idea libertad* él la comprendía y amaba con pasion, pero había aún alguna distancia para que llegase á comprender la libertad intelectual, y lo que vale el libre albedrio de cada hombre.

Habiendo visto solo de léjos la sociedad, tampoco podía saber qué pactos son los que la ligan, ni lo que los hombres se deben entre sí recíprocamente.

Por vez primera confusas ideas de todo esto se agolpaban en su mente que él no podía ni descifrar ni ver con su verdadera luz.

Porque se ha de hacer un delíto á toda esa masa de hombres ignorantes, que siguen á Rosas, desenfrenados por la falsa creencia de que la libertad es el derecho de hacer cada uno lo que quiere!

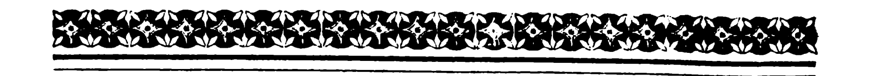
Hombres que se persuaden, que la federacion, la causa Americana y Don Juan Manuel Rosas son la Trinidad Política, un mismo y solo individuo: qué creen que para ser verdaderos americanos necesitan parecerse á los pampas, odiar todo cuanto no sea atraso y retroceso y considerar como antinacional cuanto no sea grosero, grotesco y ordinario; lenguaje, vestido, maneras cuanto razgo puede, en fin caracterizar un pueblo!.....

El Dr. Avellaneda había dicho á su hijo que todos los hombres éran hermanos; había calificado la pena de muerte como bárbara y anti-humanitaria, y en vez de recomendar á su hijo venganza y ódio, solo le encargaba perdon y justicia!.....

Miguel era uno de esos jóvenes que el año 1829 estaba aún como si dijeramos en la cuna, era entónces un muchacho de diez ó doce años pero muchacho del campo, desde que tenía edad de fijarse en lo que los otros decian, solo había oído palabras de sangre y de ódio; era pues la primera vez que llegaba á sus oídos el lenguaje de la civilizacion y de la humanidad.

Sucedíale como al hombre privado largo tiempo de la vista y que de un golpe la recobra, sucediendo á las tinieblas la luz mas viva.

Largo rato pasó luchando con lo que es necesario aprender porque solo vagamente puede el hombre percibirlo por sí mismo: y mucho despues del tercer canto del gallo, fué á arrojarse en un rincon del cláustro donde dormian sus compañeros.



CAPÍTULO XIII.

Proyectos

Sin embargo, el viejo Simon no había venído al cláustro á entregarse al reposo; una vez separado de Miguel, empezó á maquinar él cómo podrían hacer evadir al prisionero, porque quería aprovechar las buenas disposiciones del jóven, y sobre todo salvar aquella interesante familia de las uñas del lobo carnicero.

La tempestad continuaba en todo su furor; torrentes de lluvia soplaban la tierra; la hora era avanzada y los centinelas que estaban de guardia eran vigilantes. Ningún medio posible se presentaba á la imaginacion del lancero, á lo menos por aquella noche.

Si no hubieran de emprender el viage al otro dia; si la casualidad ó el mal tiempo hicieran con que la conduccion del preso se demorase un dia

mas y una noche, entonces Simon esperaba lograr su desígnio; mas era necesario prevenir á la familia Avellaneda y concertarse con Miguel, único que podría ayudarlo.

Dos hombres contra doce ó veinte que allí había, no contando el Juez y sus adherentes, era empresa descabellada, si á lo menos fueran cuatro, dos podian hacer frente mientras los otros facilitaban la evasion del preso; era pues necesario recurrir á la astucia y ver de sacar el mejor partido posible de la posicion ventajosa de Miguel, como enviado extraordinario y principal instrumento, bien que inocente, de aquella horrible trama.

Despues de mil vueltas y proyectos, Simon había logrado detenerse en uno, que le parecía el mas fácil.

Si quedaban aún una noche mas; asi que todos estuviesen entregados al sueño, era invitar los otros seis hombres que guardaban el preso á vista á que fueran á descansar, esto no era difícil de obtenerse si lo pedía Miguel de quien no era posible sospechar; por otra parte, los campesinos no son maliciosos y sobre todo ignoran que cosa sea la disciplina militar.

Una vez solos los dos, cargaban el preso y lo llevaban á lo mas apartado de las ruinas: allí le quitaban los grillos, tres buenos parejeros ya estaban prontos; en uno montaba el Doctor, libre de sus grillos, en los otros dos se colocaban Miguel y Simon. El primero como mejor ginete, y mas fuerte

llevaría la muger de Avellaneda en ancas de su caballo, y el segundo colocaría á Adolfo delante de si. Los tres hombres armados correrian hasta la márgen del Paraná; allí entraban en la balandra, y por bien ó por mal obligaban al patron á continuar viaje á Corrientes, por consiguiente evadianse todos juntos.

La muger de Avellaneda, no sosegaba por su parte; arrodillada al pié del altar, parecíale un sueño cuanto le sucedia; pero como todos los carácteres firmes y resolutos, no se detenía mucho en los lamentos: su marido estaba á dos pasos de ella encadenado, y tal vez en breves dias ó sumidos por el resto de su vida en una prision, ó condenado á muerte sin dilacion.

Sus lágrimas de muger, sus dolores de esposa, la sangre toda de sus venas derramada gota á gota malograrian salvarlo: era necesario acallar los llantos, serenar el alma y agusar la imaginacion para luchar por medio de la accion y de la fuga contra las sanguinarias miras del tirano.

Adelaida se sentía capaz de arrastrar los mayores peligros; nada la amedrentaba, salvar su adorado Valentin, este era el objeto y por lo tanto el resto, costare lo que costare, érale indiferente.

Pero ¿á quien volver los ojos en aquel lugar? oro y joyas tenía consigo, mas estaba ella cierta de seducir ni con el dinero aquellos fanáticos?

Recordaba bien la accion de Miguel por la mañana, pero, esta no era bastante garantia para arriesgarse á proponerle que libertase á su marido y

ademas de eso como dirigirse ella, á gentes desconocidas y enemigos todos.

Por lo ménos para seducirlos requeríase tiempo y sobre todo poderlos comprar separadamente uno á uno.

Si Adelaida hubiera podido imaginarse que tenía dos amigos que se preparaban á intentarlo todo por el preso, su espíritu habria descansado un poco; bien es verdad que ella se juraba interiormente sino era allí, sería en el mismo Buenos Aires que intentaría substraer aquella idolatrada cabeza al cuchillo de los verdugos.

Entre tanto, Simon no dormía aunque fingia hacerlo profundamente, y así que vió entrar á Miguel arrastrandose y dando vueltas como de quien tiene sueño inquieto logró quedar acostado lado á lado con su nuevo amigo; y su voz bien baja lo impuso de sus proyectos: Miguel los aprobó, prometió toda su influencia y arrastrarlo todo, y así pasaron la noche en ajustar lo que debian hacer el dia siguiente.

Mientras aquellos dos hombres movidos de simpatía y de generosa intencion conspiraban á su favor, y que su esposa tambien tomaba mil planes quiméricos, Avellaneda dormía tranquilamente, con ese sueño del hombre que en medio de las tempestades de la vida, conserva sosegada y pacífica su conciencia.

CAPÍTULO XIV.

Tentativa

El dia que sucedió á la noche que acabamos de describir, amaneció triste y lluvioso, con todo era probable que según tiraba el viento hácia el S. O., la tarde sería serena y que tal vez en esa noche ó en la mañana siguiente seguiria viage al Paraná la comitiva; porque estaba decidido que llevarían el preso embarcado hasta Buenos Aires.

El dia transcurrió sin accidente y los dos amigos encontraron medio sin exitar sospecha alguna de lanzar dos ó tres ojeadas significativas á la señora de Avellaneda.

La noche llegada, entró la primera guardia á las seis, á las diez se mudó la segunda, en ella entraron Simon y Miguel que debian ser relevados á las dos de la mañana. La tarde había sido serena, las estrellas brillaban en el firmamento azul y

un suave pampero, empezaba á orear los caminos.

Al tercer canto del gallo, es decir á la media noche, la gente que se hallaba en el monasterio dormía toda y la familia de Avellaneda fingía hacer otro tanto y los centinelas no cesaban de bostezar y restregarse los ojos. Miguel fué uno por uno diciéndoles si estaban fatigados se retirasen que él y su otro compañero guardarian al preso el cual visto su enorme peso de cadenas no podía ni mover las manos.

Los gauchos encontraron buena la proposicion y se echaron en uno de los rincones de la iglesia; pronto el estruendo de sus ronquidos atestiguó que dormían á pierna suelta.

Cuando hubo pasado un buen cuarto de hora, Simon salió por una puerta lateral, de allí á unos breves instantes volvió, entonces en silencio los dos hombres dieron sus tercerolas á la valerosa Adelaida y ellos con el mayor cuidado posible cargaron entre los dos al preso: Adolfo levantaba las cadenas para que el menor ruido no se oyese. Así salieron los cinco por la misma puerta lateral que había mostrado Simon hacia un corto espacio.

Llegados al fin de un largo pasadizo entraron en un vasto salon todo en ruinas que parecía la sala llamada Capitular; allí hicieron alto y mientras Simon ayudado de Adelaida libraba de sus prisiones al proscripto, Miguel ayudado del inteligente niño ensillaba y bridaba los caballos que ya tenian preparados de antemano.

Cuando Simon y Miguel se bajaron á cargar el preso en la iglesia, una especie de masa andante, un bulto en fin, se movió del coro desde donde era observador y mudo testigo de todo; con paso de tigre los había seguido por el pasadizo; él había visto caer los hierros de Avellaneda y así que no le quedó duda de su intento, se volvió en silencio por el mismo camino, en derechura á donde estaba el Juez de Paz.

Dormía este á pierna tendida, soñando que Rosas en premio de la presente hazaña le daba la comandancia general de la campaña del Norte.

Recordado en lo mas gustoso de su sueño, levantóse azorado y casi se le escapa un grito de terror. El personage que tenía delante de si, era un hombre bajito y regordeton, con una gorra de piel de oso calada hasta los ojos y una horrible cicatriz que estraña y espantosamente lo desfiguraba.

— ¿Quien sois?—dijo el azorado Juez.

El hombre sonrió—Sono il patron de la balandra—respondió Caccioto, pues era él en persona.

— ¿Es hora de partir?—preguntó el Juez levantándose de sobre su recado que le servía de cama, y poniéndose su poncho á toda prisa.

Sí ê hora, porqué lo preso se ne vá!

— Maldita sea tu lengua! carcamán del diablo, —rompió el Juez—que me reyunen si le entiendo á este gringo lo que quiere!

— ¿Non capite?

— Véte al infierno! háblame en castellano que yo no entiendo el carcamán.

Caccioto hízole señas que lo siguiera á la iglesia; allí solamente pudo comprender el juez lo que Caccioto quería hacerle comprender.

— Se huyó! ah! traidor!—fué la primera esclamacion del Juez.

Iba á dar la alarma cuando Caccioto lo detuvo y haciéndole aquellas señas mas comprensibles, recordaron en silencio la gente y se dirigieron á ensillar.

Durante este tiempo, los fugitivos ya estaban á caballo, y contando dos horas de ventaja, se esforzaban en ganar terreno, á pesar del mal estado de los caminos. Pocos minutos despues de la partida de la pequeña tropa que huía, el Juez de Paz del Baradero salía con su gente de entre las ruinas del monasterio y siguiendo las pisadas de los caballos que les llevaban la delantera.

Puede decirse que los unos pisaban la tierra que en aquel momento dejaban los otros.

El Juez de Paz no se apresuraba en agarrarlos porque sabía que los otros habían de defenderse y en este caso se esponía á herir el preso que su amo quería vivo y sano; por otra parte al ensillar su gente habían notado que de los cinco parejeros que estaban á soga, faltaban cuatro, de manera que el quinto lo montaba él, y sólo no era bastante á perseguir los fugitivos traidores, como él los llamaba, porque así se llaman tambien en el lenguaje de Rosas todos aquellos que procuran salvar sus pezcue-

sos y sus bienes de sus manos y de sus sanguinarios mazorqueros.

Podrian ser las cuatro de la mañana cuando unos y otros llegaban á la márgen del Paraná.



CAPÍTULO XV.

Peligro

El primer crepúsculo del alba rayaba incierto en el oriente y á su débil claror se distinguía la balandra á media ancla en medio del río.

— Con mil diablos !—Dijo Simon— háse puesto el barco muy léjos.

— Es necesario echar pié á tierra—respondió Miguel—tal vez hayan dejado por la orilla el bote.

Todos bajaron del caballo. En aquel momento una voz bien conocida gritó de atrás á ellos; que son traidores!

Simon y Miguel, veloces como el rayo saltaron sobre sus caballos y desaparecieron por entre los árboles; Avellaneda saltó tambien sobre el suyo, y ya Adelaida se regocijaba interiormente cuando su marido abandonando las riendas sobre el cuello del noble animal, echó pié á tierra diciendo:

— ¿Y qué será de mi hijo y de mi muger?

El Juez de Paz y su gente lo rodeaban de nuevo.

— Ah!—dijo el Juez—el salvaje unitario huia como un cobarde!

Avellaneda levantó su chicote única arma que en aquel momento poseía, para descargarlo sobre el insolente, pero en menos de un segundo, se halló rodeado y maniatado.

— Se me olvidó traer los grillos—esclamó el Juez—cuando los hierros no bastan, ménos suficientes son las cuerdas.

— Sonno quí (profirió una voz que el Juez de Paz conocía perfectamente) y Caccioto saliendo de entre los árboles presentó, un abultado atado de cadenas.

Así que había dado el aviso al Juez de Paz y alarmado la gente, Caccioto tomó sin saberlo el cuarto parejero que faltaba, recogió los grillos y gracias á su excelente caballo ya que había corrido aunque maturango á rienda suelta, llegó el primero á la márgen del río; con su natural agilidad trajo la chalana á tierra la escondió entre las matas y mandó los marineros que echasen media áncora y aguardasen distantes de la orilla.

Apénas concluidas estas disposiciones llegaban los fugitivos.

Avellaneda cargado nuevamente de cadenas fué puesto en la chalana para ser conducido á bórdo. Su muger y su hijo se abalanzaron para seguirlo pero fueron bárbaramente repelidos.

Caccioto, el Juez de Paz, Julian, el preso y tres hombres mas entraron solos en la chalana que se alejó con presteza de la orilla.

El resto de la gente volvió con los caballos al pueblito del Baradero.

Aunque los sucesos que describimos se pasasen con tanta rapidez el crepúsculo se había tornado ya en la blanca luz del alba y todos los objetos se distinguían claramente.

Cuando Adelaida vió que los bárbaros se llevaban sin remedio su marido, que la dejaban á ella con su hijo en medio de la selva, sóla á merced de los tigres y perros selváticos y no siendole posible tampoco separarse asi del que tanto amaba, por una de esas prontas resoluciones enérgicas, é hijas de un alma grande, tomó su hijo en sus brazos y se echó al río con la esperanza de llegar caminando, á la chalana que iba delante de ella.

Avellaneda, que lleno de angustia no quitaba sus ojos de la orilla donde estaban su hijo y su muger, aquellos dos séres tan queridos de su corazon; al ver á Adelaida precipitarse en el rio con su niño en los brazos, arrojó un grito tan dolorido y penetrante que todos volvieron la cabeza hácia la márgen.

La valerosa muger se internaba en el agua sin el menor viso de temor y su hijo abrazado de su cuello sonreía inocentemente pensando de que esta manera se reunirian á su padre.

— Salvad mi muger y mi hijo—esclamó el

proscripto—van á ser víctimas de los yacarés sino los recogeis. ¡Bárbaros; vosotros no teneis hijos no teneis esposas!..... Oh! salvadlos! salvadlos!

Y el infeliz, estando encadenado, pálido como un muerto se agitaba inútilmente.

Los verdugos que lo acompañaban reían de sus ansias y la chalana llegó al barquito.

Todos subieron á bordo; entre tanto Adelaida avanzaba siempre, el agua le daba ya por la cintura, pronto le llegó al cuello; Adolfo atemorizado empezó á llorar, la madre lo apretó contra su seno y elevando su voz gritó: ¡arrójenme una cuerda, aunque sea!

Su marido, desde á bordo, con los lábios temblorosos, pálido como un cadáver, la frente bañada en sudor frío, miraba aquel cuadro con ojos empañados y casi extintos; faltábale la respiracion y sentía un zumbido fúnebre en sus oídos.

La pobre quiso dar un paso mas y perdió pié, el niño lanzó un ¡ay! de agonía espantosa y el infeliz Avellaneda cayó sobre la cubierta sin sentido, como herido de un rayo!

Entonces, á corta distancia de la balandra se oían dos voces casi extintas de un niño y una muger que luchando con las ansias de la muerte exclamaban:—

¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!



CAPÍTULO XVI.

La casa de Rosas por fuera

El aspecto material de la casa de Rosas por fuera, no presenta rasgo alguno extraordinario y la única particularidad que podremos notàr, es un altísimo mirador que domina la ciudad entera, y superior en elevacion á algunas de las torres de las iglesias que contiene la ciudad.

Este mirador, que forma una gran sala, interiormente es tambien la habitacion habitual del Dictador.

La calle en que está situada la casa, se llama del «Restaurador», porque tal es el pomposo título que Rosas se dá asi mismo y que se hizo decretar por la llamada Junta de Representantes del infeliz pueblo: Restaurador de las Leyes!!!

Los individuos que cruzan esta calle, andan con paso mesurado aunque la inquietud de sus miradas, la palidez del semblante y la contraccion de

los nervios todos, traicionen una especie de terror pánico invencible y el deseo de huir de aquel paraje, como de un lugar contaminado por el cólera!

Una vez frente á la casa, los transeuntes, se quitan respetuosamente el sombrero como se acostumbra hacer ante el sagrario!

En Buenos Aires todo el mundo carga la divisa de Rosas, los hombres la llevan en el sombrero y en el ojal del vestido, las señoras hecha un lazo en el peinado.

Esta divisa consiste en una cinta punzó con el retrato del tirano y letreros que dicen: «Federacion ó Muerte! Viva el Restaurador de las Leyes! Mueran los salvajes Unitarios!»

La calle del Restaurador es poco frecuentada por los habitantes, y solo la necesidad los impele de tiempo en tiempo á cruzarla.

Sin embargo á falta de personas, es comun encontrar una fila de caballos ensillados, amarrados á los postes, (guarda ruedas).

A veces al lado de cada caballo, está un gaucho; su calzoncillo largo que le cubre el pié, calzado por la bota de potro [1] el chiripá de colores vivos envolviéndole los muslos hasta la rodilla ó he-

---

[1] Calzado rústico hecho de piel que cubre parte del muslo y ante pierna del animal caballar, viniendo á servir el ángulo que forma la rótula de talon. Esta piel la descarna al gaucho de la membrana que forma la dérmis, dejándolo solamente en la parte que ha de servir de suela; despues la soba tanto hasta dejarla tan dócil y suave como una cabretilla.—*La Autora.*

cho bombacha, el tirador de cuero á la cintura, su poncho, su chaqueta y el pequeño sombrero de barbijo, á un lado sobre la oreja ó sobre los ojos; es imposible conseguir que un gaucho lleve su sombrero derecho jamás; con su aire indiferente habitual, están allí mirando al aire, su grande cuchillo de monte atravesado en el tirador, con ese modo amenazador que tienen hoy.

Sentados por la vereda contra los muros de la casa, vénse diseminados los pampas amigos. El pampa es un tipo diferente y desconocido; es por lo general, bajo y membrudo, el color de cobre muy lustroso, la nariz chata, los lábios gruesos, los dientes blancos, los ojos grandes; tienen una mirada triste y donde parece haber algo de meditativo y de poético, su frente pequeña pero no chata; los cabellos lisos, negros y brillantes son llevados de igual manera por los dos sexos. Su vestido es tambien igual y consiste en las telas tejidas por ellos mismos que los naturales llaman jergas pampas.

La casa de Rosas es su posada habitual y este generalmente los recibe como hermanos y los envia á sus barracas donde los mantiene á su costa.

Grupos de hombres de chaqueta, mal vestidos, el rostro infernal, se vén á las inmediaciones de la casa, el puñal á la cintura, la pistola en el bolsillo, el chicote en la mano. Su aire de desden feróz, su risa de amo, alguna tal cual mancha de sangre en el chiripá y calzoncillos, está diciendo que es un «mazorquero».

Hombres de aire apresurado, de mirar preocupado, entran y salen; estos son los enviados extraordinarios, los espias, los bomberos, los chasques que salen y llegan á todo instante; desde las seis de la mañana hasta las tres de la madrugada en este afan. De tiempo en tiempo llegan tres ó cuatro soldados con algun individuo que su andar tembloroso, á su faz pálida y amarillenta, se tomaría por un muerto que anda por sus piés gracias á la invencion de un nuevo mecanismo que lo pusiera en pié desde la tumba.

Este indíviduo ha sido llamado expresamente, sin duda, por órden del Dictador y viene como quien marcha al patíbulo.

Cuando el individuo sale,—si es que sale lleva el rostro de quien renace á la vida.

A su entrada todos lo miran por encima del hombro y tal cual palabra amenazante de sangre y de matanza le congela la sangre en sus venas; á su salida, todos los sombreros saludan, las bocas se sonríen, ya aquel parece invulnerable porque escapa vivo de las manos de la fiera.

Caballos á toda brida con sus ginetes, cruzan la calle á cada instante.

Bandas de música militares entran y salen del pátio de la casa; mugeres, de vestidos colorados. Negros, mulatos, pampas y mazorqueros, todo esto entra y sale en tropel.

Por fuera, la casa de Rosas respira el barbarismo de su gobierno y la inquietud de un país siem-

pre en revolucion porque el tirano así lo quiere; por fuera en vez de esos comedidos porteros que anuncian las habitudes tranquilas del magistrado, están apiñados soldados súcios y andrajosos con el traje de los gauchos, el fusil al hombro ó la espada desenvainada en la mano, prueba inequívoca, que á la fuerza moral de la ley, ha sucedido la fuerza brutal del acero; que el gobierno en vez de apoyarse sobre las instituciones y el amor de los conciudadanos, se apoya sobre el poder de la lanza y del cañon; prueba en fin, que á las formas de un gobierno sea cual sea en su doctrina, ó su fundamento, se ha sobrepuesto, el individualismo, y que un hombre llamado Manuel Rosas, es el amo absoluto, el dueño de vidas y haciendas, el capitan de una horda de asesinos que saquea una ciudad, que se ve harta de sus despojos con sus servidores.

Trescientos hombres armados permanentemente, hacen la guardia de la casa, porque Rosas parece que se ha propuesto imitar en lo posible, á los emperadores romanos, de manera que esta numerosa guardia de espada, desnuda en la mano recuerda el hacha de los lictores.

Aquella casa rodeada siempre de asesinos y bandidos, parece pronta á arrojar de sí puñales proyectiles por todos los ángulos de la pobl parece que aquellos hombres, solo esperan r del tigre para degollar al pueblo ente

Tal es el aspecto exterior de Dictador Rosas.



CAPÍTULO XVII.

La casa de Rosas por dentro

Despues de la descripcion que acabamos de hacer, nuestros lectores no deben esperar que contraposicion ninguna siga á lo que dejamos descripto. Es una verdad innegable que el individuo imprime su carácter á cuanto lo rodea; cada objeto que le pertenece, tiene en si algo peculiar al dueño; el vestido, los muebles, la cosa mas insignificante, se pueden considerar como otros tantos rasgos de la persona que se quiere estudiar.

Por eso, la barbarie, el salvajismo, el retroceso ·a idea de civilizacion están impregnados en ·fera de la casa Rosina;[1] por eso no debe-

[1] ·" los partidarios de Rosas.

(La Autora)

mos buscar allí la armonia pacífica de la familia, la santa poesia del hogar doméstico, el todo que representa y caracteriza las gentes de vida laboriosa y tranquila, de conciencia pura y alma virtuosa.... Es verdad! el semblante es la máscara del ser moral; la palabra puede ser el resultado del cálculo y no del sentimiento, el intérprete de la mentira y no de la verdad y el honor; pero es imposible nunca que el todo que representa y compone la familia, pueda engañar; es imposible que una familia de asesinos pueda nunca tener el aire de una familia de buenos y honrados individuos.

En cualquier clase de la sociedad, que coloquemos los dos tipos antípodos, el vicioso y el virtuoso, ellos tienen rasgos tan particulares y tan suyos que son inequivocables.

Los individuos de la familia Rosas son varios; pero nosotros solo conoceremos aquellos que tengan relacion con esta historia.

El mismo desorden que reina en las instituciones, reina en la sociedad, y despues en el interior de la familia. Rosas es el amo del pueblo, por consiguiente es tambien el amo de la familia. La Federacion tal cual como él la entiende, es décir, matar, robar, oprimir á sus semejantes, reina tambien en el interior de su casa, donde hace soplar á fuelle y chicotear á quien le desagrada, y á veces por un mero entretenimiento.

En la sala de recibo se tienen generalmente las señoras de la casa; es aquel el lugar donde se reci-

ben las contínuas felicitaciones, se decreta la ruina de tal ó cual familia, la muerte de tal ó cual individuo..... mas no apresuremos los acontecimientos!....

Conduciremos al lector á una de las escenas domésticas de la vida privada del tirano.

Las cuatro de la mañana daba la campana del Cabildo; Rosas terminaba su comida;(1) los que estaban en la mesa se levantaron y su hija Manuela bajó dándole las buenas noches, á los otros pisos de la casa.

Rosas ocupa el mirador y generalmente se echa sobre un sofá á reposar porque el sueño, ha mucho tiempo que no viene á sus ojos.

En el fondo de la sala están dos armarios que constituyen un archivo; á poca distancia su gran mesa de despacho, sillas esparcidas por el cuarto; en un rincon, un braserito con una caldera de agua hirviendo para el mate y cerca de ellas las preparaciones necesarias.

Al entrar Rosas á su cuarto, iba seguido por dos grotescos personajes que tendremos ocasion de encontrarlos aun en el resto de esta historia.

Rosas, es alto y grueso; su tez blanca, fina y rosada; la cabeza inteligente, las cejas finas, los ojos azules claros, de mirada escrudiñadora y feroz; la nariz larga y aguda; la boca sumida, con labios apenas perceptibles. Parece que aquel hombre no na-

---

(1) Rosas come generalmente á la una, dos ó tres de la madrugada, y duerme solo momentos. *(La Autora)*

ció ni para sonreirse ni para permitir en sus semejantes el mas breve destello de placer; es uno de aquellos individuos que ciertamente nacieron para aflixion del género humano; como si dijéramos la epidemia personificada. Su edad será de unos cincuenta y siete ó cincuenta y ocho años. Sus cabellos rubios y sedosos empiezan á encanecer, porque asi como la desgracia, el crimen ejerce sobre los indivíduos su temible influencia!

Los dos personajes que lo seguian, eran dos grandes mulatos, asquerosos y súcios, casi desnudos respondiendo á los nombres de Bigúan y el otro al de Mulato Gobernador!

Estos dos infelices, medio idiotas, medio locos, son las víctimas de todos los caprichos y barbaridades de Rosas, son sus graciosos particulares; porque Rosas como los antiguos monarcas de la edad media tiene sus locos ó bufones con que divertirse. La única diferencia es, que él se rie no de las agudezas de estos porque son dos locos insulsos, sinó de los tormentos que les hace sufrir, cuando está de mal humor.

Al echarse sobre el sofá, dijo—Mientras llega la hora del mate voy à echar una sestiada; vamos mis mulatos, para poder dormir á mi gusto, hagan ahí una cuestion entre los dos y que sea fuerte.

Al decir esto se acostó poniendo á su lado un grueso chicote, y el inevitable fuelle.

— Y sobre que ha de ser la cuestion?—preguntó Bigúan.

— Sobre cual de vosotros dos, merece mejor ir en mi lugar al primer convite ó baile que se me dé.

— Bravo!—dijeron ambos mulatos, dándole palmas. Rosas cerró los ojos sin perderlos de vista, y los dos antagonistas dieron principio, hablando ambos casi al mismo tiempo, cosa que infinito divertia á su amo.

— Debo ser yo naturalmente quien vaya en lugar de Juan Manuel—dijo el mulato-gobernador.

— No hay tal, Juan Manuel sabe bien lo que hace para mandarte á tí que eres un mulato mas asqueroso que un unitario; yo que soy el inmortal Bigúan debo de ser el que vaya!

— Tú eres un pedazo de borrico!

— Y tú un carnero!

— Yo soy el mulato-gobernador!

— Y yo soy Bigúan, á quien soplan dos y tres veces por dia, con el objeto de salvar, á la entrada de Corbalan y Victorica! [1].

— Tambien me soplan á mí! y sobre todo yo fuí quien en el coche de gobierno, fuí al banquete dado por los guardias nacionales[2] á Juan Manuel mi aparcero! por mas señas que me emborraché de lo lindo y vomité sobre la mesa!

---

[1] Esto es histórico y Rosas lo ejecutó por vez primera el año 1830, en un consejo de ministros.

[2] Histórico. 1855.

(La Autora)

— Linda gracia!
— Vean que político; ché! cuidado!
— Éa loco!
— Cállate tu borrachon!
— Silencio canalla!

Una larga série de frases incoherentes siguió, entre tanto Rosas fingia dormir. Así que los locos comprendieron esto, haciéndose señales de inteligencia, los dos se callaron y fueron cada uno á echarse en un rincon porque caian de sueño y cansancio.

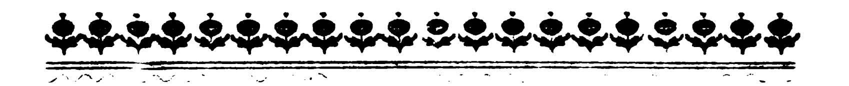
Rosas los dejó cerrar los ojos y así que su respiración tranquila y sonora anunció ese sueño de quien descansa con placer de un trabajo forzado, Rosas se levantó despacio, tomó el fuelle y se acerco al mulato-gobernador; el infeliz despertado tan terriblemente, sufria su tormento en silencio con gesticulaciones indecibles y contorsiones espantosas, que hacian reir á Rosas con esa risa de tigre que no se puede describir; así que el mulato no podia aguantar mas, lo dejó y tomando el chicote, empezó una fuerte tunda sobre Bigúan, que despertado de sobresalto quiso gritar, pero su amo le ordenó de reir en vez de llorar, porque esta contraposición lo divertia, al paso que el otro mulato habia comenzado lo que en su lenguaje bárbaro él llamaba una salva. Era este un momento de buen humor para Rosas! una de sus diversiones favoritas, y excenas del interior de su vida privada.

Estaba ya harto de reir, cuando Corbalan se

presentó, habló un momento con él, salió y volvió acompañado de un hombre bajito con una gorra de piel de oso en la cabeza, la que se quitó respetuosamente al entrar, descubriendo su rostro desfigurado por una enorme cicatriz.

Rosas sentóse al pié de la mesa con aire severo, y el individuo quedó de pié y á corta distancia.

Esto prueba que entre los malvados hay tambien su gerarquia y que Rosas no es un malvado ordinario.



CAPÍTULO XVIII.

Dos naturalezas simpáticas

Ocho dias han trascurrido desde aquel en que dejamos la familia Avellaneda en el Paraná; Don Valentin desmayado sobre la cubierta de la balandra, su mujer y su hijo luchando con la muerte, perdidos en el rio.

Serian las diez del dia, cuando Corbalan anunció á S. E. que un enviado del Juez de Paz del Baradero llegado del Paraná en la balandra Constitucion, deseaba hablarlo.

Rosas sonrió con dísimulo y lo mandó entrar. Pocos momentos despues el enviado se hallaba en el mirador.

Era este un jóven bajito y delgado, de color cetrino, ojos verdes claros, rostro regular, cabellos negros y sin pelo de barba, apenas un bozo le sombreaba el labio superior. Tenia los ojos pequeños y avejigados, la mirada torva y las cejas juntas. Su voz era de un timbre mujeril y falsa, en sus modulaciones destemplada. Su vestido era el traje ordinario de los gauchos; en aquel momento un aire de satisfaccion interior le daba una particular animacion á su rostro. Llevaba por primera vez de su vida una mision importante, y á mas de eso se encontraba tambien por vez primera, frente á frente con su ídolo, con su héroe.

Rosas por su parte, con aquella ojeada particular al investigador, consideró un momento á aquel hombre de pequeña estatura, aquellos miembros débiles y delgados; su cabeza achatada en la region frontal, saliente de ambos lados y elevada hácia el cerebro, su frente pequeña, sus ojos verdes en aquel color de cobre y su rostro imberbe, una sonrisa de bondad, es decir, del gozo que experimenta la fiera ó la víbora cuando encuentra su semejante, se dejó ver en su rostro.

El mozo por su parte, de pié, el sombrero en la mano, tenia fijos sus ojos en el Dictador y estremecimientos de gozo lo agitaban. Rosas hábil conocedor del corazon de los malvados como él, gozaba á su vez de la admiracion de aquel jóven y decia entre sí:—Ya tengo un asesino mas, á mis órdenes; si no eres ambicioso yo te protegeré, mas

si lo eres, yo te haré degollar porque tú has de ser tan astuto como perverso.

Rosas rompió el silencio:—

— ¿Que deseaba Vd., amigo?

— Venia de parte del Señor Juez de Paz del Baradero, á decir á S. E. que anoche á las diez llegamos, y que hemos agarrado en el Paraná un salvaje unitario que iba en el mismo barco que nos trajo á Buenos Aires.

— Es posible!—dijo Rosas afectando admiracion.

— Si señor!—continuó el otro—Lo prendimos cuando el intentaba desembarcar.

Rosas suspiró y como hablándose á si mismo decia:—¿Pero que quieren estos unitarios Señor! ¿que les ha hecho esta Patria para que no la dejen sosegar........ y que les hago yo para que atenten todos los dias á mi vida?

— Son perversos—replicó el enviado—Por eso yo los ódio de todo corazon y les he de hacer la guerra como un pobre peon, que soy...... mas en fin soy mas federal que Cristo...... y este unitario si llega vivo...... es porque no me dejaron matarlo! Me lo estorbó un traidor...... mas dia llegará en que me vengue!

Al pronunciar estas palabras los ojos del mozo relucian, sus narices estaban dilatadas y sus labios temblaban ligeramente coronados de una espuma blanca, parecida á la baba de los canes rabiosos.

Rosas probaba tambien una especie de conmo-

cion eléctrica de aquel lenguaje de sangre y de venganza...... Los dos se comprendian mutuamente!

El jóven continuó:—El unitario ayudado de dos traidores se nos quiso escapar, mas el Juez de Paz anduvo vivo y los agarramos.

Bien sabia Rosas que si no habian huido era gracias á Caccioto con quien lo dejamos en conferencia la noche pasada, y que á la gorra de piel de osa y á la cicatriz, el lector debió ya reconocér.

— Rosas contestó:—Yo agradezco mucho al Señor Juez de Paz y á los vecinos del Baradero, el celo que muestran por la santa causa de la Federacion, y he de recompensarlos en nombre de la Patria, principiando por Vd. que es el primero que me trae la noticia.

Los ojos del mancebo se animaron de gozo.

— Yo deseo poco dijo él.

Rosas pensó; ah! siempre deseabas algo ya? veamos lo que es.

— Pues hable Vd!—contestó el Dictador—aquello que yo pueda......

— Yo queria permanecer en el servicio activo de S. E. porque asi se me presentarian tal vez ocasiones de hacerle algun servicio, y de alli la vida de S. E. es muy importante para la Patria y yo quiero velar de cerca sobre ella.

Rosas quedó en silencio; tenía delante de si un hombre á quien podria hacer el mas ciego de sus asesinos, á quien bastaria una leve señal para que cometiese los mayores atentados. Regocijábase

interiormente y al fin de una pausa le preguntó:

— Quiere Vd. entrar en la Sociedad Popular Restauradora?

— Donde S. E. quíera colocarme yo estaré bien, mi ùnica ambicion es servirlo como sea y en que lugar se me destine.

Rosas se dispuso á escribir.

— ¿Su nombre de Vd.?

— Julian Molina; — contestó el mozo, — que nuestros lectores ya habrán reconocido como el exaltado que sin Miguel, habria asesinado al Dr. Avellaneda y su hijo.

Rosas escribió algunas líneas y dándole el papel que las contenia, le dijo:

— Esta noche Vd. se presentará en la casa calle y número que le designe Corbalan, mi edecan, el mismo que aqui lo introdujo.

— Dios vele por los preciosos dias de S. E. contestó Julian—¿Que he de decir al Juez de Paz?

— Puede Vd. retirarse—dijo Rosas al mozo— yo enviaré mis órdenes á bordo; Vd. ya no pertenece á nadie sinó á la Patria, es Vd. "hombre libre".

Julian ensoberbecido respondió:—

— Yo ya sabré merecer la atención de S. E.

Rosas le alargó la mano que el jóven llevó á sus lábios y cuando retiró las suyas, encontró un billete de 500 pesos en la mano.

Quiso rehusar, mas Rosas no lo permitió, y ambos se separaron recíprocamente satisfechos uno de otro.

Rosas se puso á la ventana, vió á Julian en el patio hablando con Corbalan, lo vió salir de la casa y solo entonces, acercándose á los labios un pito de oro que sacó del bolsillo dió un agudo silbido.

Al momento se oyeron los pasos de alguno que subia la elevada escalera de cuatro en cuatro escalones, y Corbalan entró.



CAPÍTULO XIX

Corbalan

Así se llama el edecan particular de Rosas, es éste su confidente más estimado, si él puede estimar algo que no sea á sí propio, en este mundo! Es el agente secreto, el ejecutor de las voluntades y tramas de su amo. Es su criado, su escudero, su edecan, su mandadero, su espion, es en fin el hombre universal de Rosas, el éco de todos sus pensamientos y palabras.

¿Cuál podrá ser el motivo de tanta predileccion?

¿La amistad?: el que dió una bofetada á su madre no tiene amigos!

La simpatia?

Rosas detesta á Corbalan y se complace en insultarlo y mortificarlo.

Por ventura posee el edecan una fidelidad á toda prueba?

La fidelidad es la virtud de un corazon noble y Corbalan no tiene virtudes ni vicios y si tiene corazon es posible que esté putrificado.

¿Acaso una inteligencia elevada, lo coloca en tan alta posicion?

Corbalan es tapado como una tortuga, y despues de eso si Rosas le notase el mas débil destello de espíritu intelectual ya lo habria hecho fusilar.

Mas ¿qué desconocida virtud ó calidad, tenía tan preciosa este hombre?

La mas rara posible de encontrar en este ser racional!

Corbalan, no piensa, ni siente! Corbalan es un autómata viviente perfecto que repite lo que se le manda, repite y va donde lo mandan guiado por una especie de instinto imperfecto!

Hé aquí el secreto:

Corbalan ha vegetado y vegeta sobre la tierra, como vegetan otros tantos insectos y plantas; fué manequí de guerra y como siempre ejecutó al pié de la letra lo que le mandaron, llegó á coronel, peleó sin entusiasmo ni valor, no huyó porque los otros no huyeron y estamos seguros que el mecanismo de su organización jamás se alteró por emoción de ningún género.

El coronel Corbalan, edecan de Rosas tiene sesenta años de edad.

Es un hombre alto, no diremos que flaco, ésta

especificacion conviene á los que tienen poca carne sobre sus huesos, Corbalan no tiene ninguno, sobre sus nervios secos y duros está pegada su piel amarillenta y enjuta como el pergamino. Es un viviente disecado. Por sobre la casaca militar que jamás despide, se pueden contar á treinta pasos de distancia, sus costillas, y las dos puntas salientes de las dos paletillas semejan los troncos de dos alas quebradas.

Sentado Corbalan hace un número 5 perfecto, de pié es una f minúscula.

Su cabeza sin un solo cabello, viste una peluca colorada que en las marchas formales del dueño suele quedar con el jopo de horizonte en la nuca del edecan, mientras la parte correspondiente á la nuca le sirve de visera.

La forma de la cabeza es exactamente la de un queso de Holanda sin parte superior ó inferior, sin pasiones, sin inteligencia y sin instrucion.

Los ojos grandes de color no conocido, fijos y nublados como los de un difunto; el resto de sus facciones es tan vulgar que puede servir de tipo á la vulgaridad.

Acabamos.

Corbalan, es la estupidez, la insignificacion y el automatismo individualizado.

Y este es el hombre que le conocía á Rosas, el oido fino, la lengua lista y la inteligencia de piedra.

Rosas habló con su edecan, una media hora,

en seguida este salió, montó á caballo, y como necesitaba galopar, su peluca principió las evoluciones acostumbradas en semejantes casos.

En vez de repetir palabra por palabra las órdenes del Dictador, preferimos presentar á nuestros lectores el cuadro que fué su resultado, como uno de esos efectos mágicos de la misteriosa política de Rosas en que su voluntad de bronce y su tiranía están patentes.

CAPÍTULO XX.

Preparativos para una solemnidad

En ménos de dos horas, Corbalan puso en movimiento la ciudad. Las campanas de todas las iglesias principiaron á repicar porque la Divina Providencia salvaba los preciosos dias de S. E. [1]

Los Jueces de Paz redactaban felicitaciones que hacian firmar al vecindario en ese mismo dia; órdenes se repartian por todos los barrios á fin de iluminar la ciudad esa noche, y embanderarse cada casa el dia siguiente.

---

[1] Histórico. Es esto una farsa que ha muchos años sirve de pretexto á mil violencias é injusticias de todo género

(La Autora).

La Sociedad Popular Restauradora,—ya sabe el lector que es la mazorca—debía convocarse esa noche en gran sesion.

Los cuarenta candombes de negros se convocaban para esa tarde. (1)

Un solemne *Te-Deum Laudamus*, se cantaria á la una de la tarde del dia siguiente, en la Catedral. Los Guardias Nacionales estaban citados á revista y parada, «quinientos palos al soldado que faltare». (2)

Convocado el cuerpo de serenos para la misma hora. (3)

Convocada la asamblea nacional á sesion extraordinaria.

Los tribunales todos en corporacion debian ir á felicitarlo.

La «Gaceta» y el «British-Packet», los dos estandartes del Dictador, preparaban horribles artículos que debian salir al dia siguiente, y que á la distancia impondrían á los ilusos de cómo Rosas verdugo del pueblo «es el ídolo de los argentinos».

---

(1) Histórico.

(2) Son horribles estos hechos, pero desgraciadamente ciertos y verdaderos porque los hemos presenciado.

(3) El cuerpo de serenos—Rosas ha hecho de él una banda de espias y asesinos. No están destinados los serenos como en toda parte del mundo á velar por el reposo de los ciudadanos, en Buenos Aires están destinados á turbarlo y destruirlo para siempre si es posible.

(La Autora).

Sobre todo, el mas importante era el « British-Packet, porque se escribe en inglés; y ya se vé que en español se pueden publicar mentiras, pero en inglés!.... Vaya! quien concibe que Rosas puede pagarlo? Un diario escrito en inglés no puede mentir.

Apénas Corbalan con el jopo de la peluca sobre la oreja, puso en movimiento los agentes de primer órden, estos pusieron en giro los del segundo y estos otros, los del tercero etc., etc. De manera, que la gente corría apresurada por las calles; todos deseando encerrarse en sus casas, los mazorqueros en grupos de á seis y de á ocho recorrían las calles dando vivas y mueras, pandillas de muchachos rotosos, de todos los colores, los seguían.

Los negros, las negras abandonaban sus ocupaciones y conversaban en altas voces por todos los ángulos de la ciudad.

Gente á caballo corrían de uno á otro extremo dando alaridos salvajes y golpeandose la boca; y á veces por pasatiempo enlazaban á algún pacífico transeunte, ó atropellaban con el chicote levantado, á las infelices señoras á quienes el alboroto había tomado en la calle.

Dirá el lector confundido entre sí, ¿y cuál es el objeto de esta algarabia?

Hé aquí uno de los secretos de la política de Rosas! aturdir y levantar las masas para que sirvan á su capricho, el aparato los asusta, los sorprende y como de estas ocasiones, solo resulta, tumulto, bulla y desórden, nadie piensa y él hace lo que

quiere ó le conviene. Por eso del objeto mas insignificante hace una cosa enorme y mantiene esta orgía perpétua del populacho, haciendo crecer un furor insensato contra lo que él llama Unitarios, que solo existen en su diabólico cálculo; porque unitario es para él; el rico, el hombre de saber, el virtuoso, basta que se le imagine que le puede hacer sombra, basta la mas leve sospecha; á la calificacion de Unitario sigue la muerte.

Y es así que vive Rosas hace 16 años.

A las espiatorias de la muerte de Dorrego [1] sucedieron las funciones del triunfo de los colorados! [2] El holocausto á los manes de Quiroga, ya iba gastándose [3] cuando le vino á la idea las feli-

---

[1] Fuè de este modo que Rosas principió por vengar la muerte de Don Manuel Dorrego; derrocado, como se sabe por la revolucion militar del año 1828. Dorrego era un famoso cabecilla, escandaloso como hombre público y como individuo, fué fusilado sin proceso ni juicio por órden del finado general Don Juan Lavalle; fué su único delito y la sombra que martirizó su vida! Rosas odiaba de muerte á Dorrego, pero una vez muerto, su hipocresia encontró cabida para principiar la época de horrores que marcan su existencia politica.

[2] 1834. Rosas derrocó al gobierno legal á la vuelta de su famosa expedicion al desierto; prescribiendo al gobernador, general Don Juan Ramon Balcarce, persona distinguida por sus virtudes y uno de los mejores gobernadores que tuvo Buenos Aires: murió en el destierro.

[3] Despues de hacer asesinar á Quiroga, Rosas le hizo costosos funerales, se puso luto, y repitió la farsa de Dorrego.

(La Autora).

citaciones por la consérvacion de sus preciosos dias.

¿Cuál era el resultado de esto? Que el pueblo no eche de ménos el órden y la tranquilidad y en esta perpétua orgía se entretenga mientras él reina!



CAPÍTULO XXI.

El ex-consejero de Rosas

Bajo el título de ex-consejero de Rosas, vamos nosotros á conocer, el Doctor Maza; presidente de la Cámara de Justicia, presidente del Senado ó Congreso y Ministro de Gracia y Justicia.

El Doctor Don Manuel Maza, fué el protector y el amigo de Rosas, hasta que subió éste al poder; desde el asesinato judicial de los Reinafés casi no se veían jamás.

El Dictador detestaba su cómplice, porque éste como ya lo conocía bien, no quiso firmar la sentencia de muerte de los gobernadores de Córdoba, sin una órden positiva y escrita de Rosas, que el Juez guardó como su documento defensivo, para el dia en que el tirano lo llamase á juicio por aquel mismo proceso seguido por él con tanto encarnizamiento, para el dia en que juzgando oportuno echar á

otros la culpa de la muerte de Quiroga, proclamase la reconocida inocencia de los Reinafés y quisiere hacer recaer la sangre de estos sobre su Juez.

A más de este documento, poseía el Dr. Maza otros muchos de alta importancia para Rosas, y que él temía ver aparecer á luz de la verdad.

El Dr. Maza, era el padre de la muger de Avellaneda, y como si este delíto no fuese bastante á hacerlo odioso, tenía un hijo, jóven de 22 años lleno de valor, de honor y entusiasmo por la libertad!

Este mancebo que recien aparecía en la escena del mundo, empezaba á excitar los rabiosos celos del tigre.

En los arrabales de la ciudad estaba situada una quinta que hasta hoy es conocida bajo el nombre de «la quinta de Maza». Era esta la habitacion ordinaria del Dr. Maza, su muger y su hijo, por nueve meses del año, pues únicamente los tres meses del invierno venian á pasarlos en el pueblo, en unas habitaciones que el doctor tenía en la casa llamada: «Sala de Representantes» de los cuales él era el gefe.

En el momento que introducimos al lector con estos nuevos personages que tan eminentes papeles han de desempeñar para lo futuro en esta historia; la familia del Dr. Maza compuesta en lo presente de estas tres personas, se hallaba reunida en una vasta sala, con ventanas sobre un bonito jardin cubierto de las últimas flores del año.

El ruido que llenaba la ciudad no había llega-

do aún hasta ellos, el éco mismo de los repiques á penas se apercibia.

El Dr. Maza ocupaba una inmensa poltrona cerca de una ventana y con la mano sosteniendo sus rugosas sienes miraba en silencio al cielo azul y transparente. Tendría el doctor tal vez unos sesenta y tantos años, debió ser grueso y de tez lozana, ántes que la espina aguda del remordimiento le destrozase el alma. Su frente alta, calva y bien delineada, era el asiento de una alta inteligencia y grande fuerza de espíritu; sus ojos azules, oscuros, aterciopelados, sus cejas y pestañas negras, contrastaban con dos blancas madejas plateadas que le caían de ambos lados del rostro. Sus facciones eran varoniles y regulares, con todo una profunda pesadumbre estaba grabada en su rostro! Su voz estaba como empapada de una especie de amargura desesperante.

En el todo de aquel hombre, había algo de tan horriblemente doloroso, de tan desgraciado que al verlo no se podría dudar que su alma estaba herida por una incurable desesperacion, y que él no veía rayo de esperanza ni de perdon, en el cielo ó en la tierra.

Su alta estatura se había curvado poco á poco y sus manos temblaban de contínuo.

Su muger sentada á pocos pasos de él, trabajaba una obra de tapicería, era tan semejante á su hijo que solo la edad los podía diferenciar.

De tiempo en tiempo suspiraba y echaba una ojeada de profunda compasion á su marido.

El jóven Maza de pié al lado de la otra ventana dejaba errar sus ojos negros y brillantes por el jardin, las flores y las mariposas que de una en otra rosa volaban. Evidentemente el jóven tenía su pensamiento muy distante de allí y estaba entregado á una de esas abstracciones del espíritu, en las cuales ausentándonos del mundo que nos rodea, volvemos á las regiones doradas de las ilusiones juveniles, regiones pobladas de los aromas del amor, de la esperanza, de la gloria y del porvenir.

Este jóven era hijo natural del Doctor, fruto de unos amores clandestinos, su madre murió al darlo á luz y Maza antes que abandonarlo como un vil, prefirió hacer una franca confesion de sus estravíos á su mujer y apelar á su generosidad y delicadeza. Doña Mercedes, no era una mujer vulgar, ella acogió el huerfanito, y jamás se pudo conocer que hiciese por él menos que por su propia hija.

Ramon (era el nombre del mancebo) el Doctor Maza era su padre y Doña Mercedes su madre, pagándole sus cuidados con la más fina y acendrada ternura.

Era Ramon uno de esos hombres que raramente y de tiempo en tiempo aparecen en la sociedad.

Tenia una estatura perfecta, su rostro oval, noble, varonil y bien delineado, estaba sombreado por una barba castaña, fina y rizada, sus cejas arqueadas sobre una frente blanca como el alabastro, parecian dos pinceladas, su boca punzó y húmeda

brillaba como si fuera de esmalte, entre su bigote rizado y sedoso, los cabellos largos y castaños le caian por los hombros y cuello en rizos naturales, parecia el ideal de aquel verso de Indarte [1] en su poema de Cuaguazú, que dice:

«Para las lides del amor formado,
«Era su rostro pálido y doliente,
«Y su mirada altiva y elocuente,
«De la mujer fatal al corazon.»

Con efecto, Ramon era una de esas figuras esencialmente poéticas, cuyo corazon y cuya cabeza están en armonia con la expresión del rostro, su voz sonora y de un timbre raro, por la pureza del acento, tomaba todas las inflecciones, si era tierna traia el llanto á los ojos, si terrible hacia temblar de emocion sus oyentes y su elocuencia natural se realzaba mas con este don de la naturaleza.

Era un ser superior, de esos que están destinados á ejercer una influencia cierta é inevitable entre los otros mortales.

Su alma era el receptáculo de todas las sen-

---

[1] Don José Rivera Indarte, jóven de rara capacidad perseguido por Rosas, sufrió despues de los grillos, el destierro. Fué redactor de "El Nacional" por espacio de 7 años, desempeñándose con mucho talento y tino. Es autor de diversas poesias de mucho mérito, de poemas hermosísimos y de una obra intitulada: "Rosas y sus opositores", seguida de las tablas de sangre. Murió proscripto en la isla de Santa Catalina en Mayo de 1845, soñando siempre con la libertad de su patria. Era natural de Córdoba, murió á la edad de 29 años.

(La Autora).

cias más puras y santas, y de todas las virtudes que ennoblecen á los ojos de Dios y de los buenos el individuo; su cabeza el asiento de nobles y grandes pensamientos.

A primera vista pareció débil y enfermizo, pero si era necesario desplegar la fuerza material, su adversario encontraria unos miembros de acero.

En los primeros dias de su adolescencia habia naturalmente encontrado una infinidad de aventuras y amores de un dia, porque era bello é interesante, pero él ambicionaba algo de menos vulgar y lo habia encontrado:

Sin embargo de la adoracion que prodigaba á su querida, Ramon no podia ver con rostro sereno, el estado de las cosas en su pais y solo esperaba una leve circunstancia para hacer frente al tirano y derribarlo, ó morir como un libre.

Cada uno entregado á sus pensamientos, todos guardaban un profundo silencio.

De repente una especie de esqueleto pasó á galope tendido por frente la puerta, y luego volviendo la brida al caballo entró al trote por el grande porton de hierro y poco despues entraba el esqueleto en cuestion, con la peluca vuelta lo de atrás para adelante.

Si la vista de aquel hombre no estuviese considerada por cada uno, como el anuncio de alguna desgracia, el desorden del peinado, harto grotezco, y el aire estúpido del sujeto que lo traia, habrian provocado la risa de los circunstantes.

Con todo, los rostros quedaron sérios y aun tomaron una espresion de ansiedad bien marcada.

Corbalán á quien habrán reconocido nuestros lectores, se sentó y con la mayor reserva posible explicó la captura de Avellaneda y las funciones que se preparaban para el dia siguiente, á las cuales venia á invitar al Doctor Maza.

Heridos como del rayo, los tres individuos de la familia Maza, casi no podian proferir palabra.

El Doctor se puso lívido como un cadáver, él imaginaba cual iba á ser la suerte de su yerno.

Doña Mercedes contenia apenas las lágrimas prontas á correr por sus mejillas, rasgándosele el corazon en pensar en sus hijos y en su nieto, ignorando sin embargo cuantos infortunios les restaba por saber.

El jóven Ramon temblaba de cólera y hacia esfuerzos para contener su coraje é indignacion.

Por fin el Doctor rompió el silencio, mandó ensillar el caballo y se dispuso á acompañar á Corbalán con el designio de obtener una entrevista con Rosas.

Poco despues salian ambos de la quinta!

Apénas la noche vino enteramente, un hombre embozado en una larga capa, salió tambien de la quinta y tomó á paso largo el camino de la ciudad.

Este hombre era Ramon que iba á indagar el destino de su hermana y su sobrino.



CAPÍTULO XXII.

La Mazhorca

Frente á un inmenso paredon, llamado el Juego de Pelota, en una casa de regular aspecto, pero súcia y mal conservada, se tenian en aquel tiempo las asambleas mazhorqueras.

Eran poco mas ó menos las siete de la noche cuando los miembros de aquella horrible sociedad principiaron á venir.

Era esta reunión en una sala interior sumamente grande y capaz de contener los doscientos y tantos indivíduos que componian la sociedad. Una grande mesa, cubierta de un súcio mantel y cargado dè botellas de bebidas, estaba en medio del cuarto, esperando por la orgía.

En uno de los cuartos interiores ya estaban

reunidas las dignas esposas ó amantes de aquellos bandidos.

En la cocina, porcion de negros, se ocupaban de los asados y frituras que debian componer la cena de aquella noche.

Los muebles eran pocos y en ruina, el resto de la casa estaba enteramente despojada.

Los mazhorqueros en grupos diseminados por toda la casa, (cuya iluminacion eran unas hediondas candilejas)—conversaban sobre la importante captura de Avellaneda, la habilidad, el talento y el patriotismo de Rosas; empezaban tambien á tirar indirectas odiosas sobre el Doctor Maza y su hijo, del que no podian sufrir, las maneras finas y verdaderamente superiores.

Formábanse mil proyectos de muerte y de venganza sobre el preso y sobre el resto de su familia.

Por otra parte se discutian los asuntos de la guerra civil en Montevideo, se comunicaban las noticias favorables y el eterno refran de ódio, muerte y venganza sobre todos los unitarios, se repetia en coro por todos.

Nosotros no repetimos al lector palabra por palabra de estos horribles diálogos, para evitar las repeticiones de semejante bárbaro lenguaje.

Poco tardó en llegar el triunvirato terrible de la Mazhorca—Salomon—Parras y Cuitiño [1]. El

---

[1] Cuitiño fué enviado enfermo á Tucumán hace 2 años, se cree envenenado por Rosas. (1846)

(La Autora).

primero de estos individuos era el presidente, y los otros dos, los mas famosos asesinos del siglo XIX. Corbalán los acompañaba esta noche, semejante siempre á la parca, en vez de guadaña traia la larga espada al lado, y la peluca constante en su movimiento de rotacion al rededor de su cabeza, asi como un planeta al rededor del sol, ocasionaba en aquel momento el eclipse del ojo izquierdo del edecan, por la justa posicion del voluminoso jopo entre el rayo rimal y la luz, este accidente hacia como que el elástico del coronel se posara enteramente sobre su oreja derecha, de manera que sintiéndose sordo de un oido y ciego de un ojo, Corbalán se proponia en cuanto concluyera las comisiones, ir á consultar un médico, atribuyendo á la fatiga de aquel dia la pérdida de dos órganos tan importantes, la vista y el oido.

Julian formaba el quinto personaje de la nueva comitiva. El dinero de Rosas, habia servido á metamorfosearlo completamente; el vestido ordinario del gaucho estaba sustituido por un vestido completo de paño pardo, único color que no estuviese proscripto [1], un chaleco grana hacia resaltar su color cetrino, no tenia corbata porque en su vida se la habia puesto, el sombrero con una anchísima divisa era de la misma forma, y unos zapatos negros

---

[1] En Buenos Aires están proscriptos, el celeste, los colores que á este se aproximan, y el verde, como distintivos de opiniones políticas.

(La Autora).

de badana hacian menos mal á Julian que cualquier otro calzado con que hubiera reemplazado sus botas de potro.

Salomon, el digno jefe de la Mazhorca, antes de esta época de sangre, ya se habia hecho célebre en los fastos del Himeneo, por haber enterrado cuatro consortes; segun aseguraba el vecindario estas damas morian todas, en fuerza de los muchos palos, puntapiés y malos tratamientos del tierno esposo; conocimos este modelo de los esposos en su quinta mujer y tuvimos ocasion de presenciar el extremoso frenesí con que la arrastraba de los cabellos y le daba de bofetadas una tarde en que Salomon habia tenido una larguísima entrevista con el dios Baco, de cuya secta es muestra, héroe y furioso partidista.

Tuvo un hermano, á quien ahorcaron por asesino y ladron.

Antes de llegar á ser presidente de la Mazhorca, Salomon era, lo que llaman en el Rio de la Plata, pulpero, que vertido al español quiere decir tabernero. Decimos vertido al español, no porque allá no se hable este idioma, sinó porque la diferencia de costumbres ha introducido en el lenguaje multitud de palabras que no pertenecen á idioma alguno, partícularmente en la manera de hablar del pueblo.

Salomon es viejo y creemos que descienda de la union entre indígena y mulato.

Tiene el color y el cabello de los pampas, la boca gruesa y la soberbia natural de los mestizos, reunida en una alma de demonio, y un espíritu

mezquino y limitado, si el «pecado» pudiera tener cara y personificacion se encontraria en Salomon.

Párras es un mulato colosal, de pié descalso, porque ni la bota de potro le vieno bien; era peon de matadero, borracho y cuchillero de los que llaman en Buenos Aires, «no me corte compadre»; antes que Rosas lo hiciera coronel.

De manera que Párras, no pudiendo á pesar de su deseo, calzar bota y pantalon, traia siempre el calzoncillo largo, el pié descalso, su chiripá colorado y una ríca casaca militar, toda bordada con sus dos charreteras de oro; por sobre el collarin de terciopelo mordoré, asomaban los cuellos mugrientos de su camisa que por costumbre antigua se mudaba cada quince dias.

Una rica faja de seda ajustaba su corpulento talle, un puñal grande se sostenia atravesado en la faja, y un sable ordinario y súcio le pendia al lado derecho, porque Párras es zurdo.

Su cara es feróz aunque afeitada, conservando solo las motas escasas del bigote; su cabeza donde jamás entra peine, lleva un rico elástico con un penacho blanco finísimo.

Súcio, inmundo, grasiento y feróz, Párras es uno de los famosos hèroes de lo que Rosas llama «La Federacion».

El coronel Párras tenia á su disposicion una partida de cincuenta mazhorqueros, que hacian las veces del regimiento que en su calidad de coronel debia mandar.

Cuitiño, coronel de Rosas tambien era á más de eso «Juez de Paz» de una sección; antes de llegar á estos puestos creemos que era oficial de zapatero ó lomillero [1].

De los tres, el mas instruido es Salomon, pues con el motivo de tener taberna, sabia escribir un poco; contaba tal cual bien por los dedos y en lugar de llamar los estrangeros «de gringos» carcamanes ó bistéques los llamaba politicamente—godemis—lo que entre los suyos pasaba por un inglés correcto y por término fino.

Él y Cuitiño se calzaban, usaban corbata y en fin pasaban por hombres de mundo y sabian sentarse derechos; en cuanto á Párras, una vez sentado cruzaba una pierna sobre la otra á manera de un 4 y principiaba á escarbarse los dedos de los piés y á raspar el talon con el cuchillo y era esta manera que el orador mazhorquero obtenia sus mejores triunfos.

Los miembros de la Mazhorca, gentes de la ínfime clase de la sociedad, ordinarios y chavacanos, tienen una gran semejanza entre sí; y nuestros lectores, pueden imaginárselos todos poco mas ó menos, como los tres jefes cuyo bosquejo hemos trazado á la lijera.

Buscar algun rasgo característico ó distintivo

---

(1) No estamos ciertos sobre la biografía de Cuitiño, pero todos los héroes de la Mazhorca se parecen en sus principios poco mas ó menos.

(La Autora).

entre esta gente, seria inútil, tal vez Julián este gaucho fanático, era el ùnico original cuyo carácter puede tener alguna leve diferencia con la masa de sus compañeros. Por lo demás uno y único es su objeto, degollar, robar y cometer toda clase de latrocinios.

En la época en que estamos aun, los desórdenes no habian llegado á su estremo, y la Mazhorca no era lo que llegó á ser despues, como se verá al paso que los acontecimientos que nos ocupan se vayan desenvolviendo naturalmente.

A la entrada del presidente y su comitiva, los mazhorqueros se apresuraban todos á reunirse en la grande sala, la cena fué puesta en la mesa y los corchos de las botellas volaron.

El presidente presentó á Julián como un nuevo sectario de la «Sociedad Popular Restauradora», un aplauso lo saludó, el segundo brindis fué á su salud, porque el primero era siempre de Rosas, y la cena comenzó.

Asi que las cabezas empezaban á calentarse con los espíritus, Salomon se paró en su silla y dijo.

Señores órden!

Órden! órden! repitieron los mazhorqueros.

«Señores! estoy encargado por el supremo jefe de la Repùblica, nuestro ilustre restaurador de las leyes!

¡Viva! gritaron todos.

Silencio amigos! continuó Salomón, si empiezan á gritar se me interrumpe el hilo (1). Como iba diciendo, el restaurador me encarga que acompañado por todos vosotros vaya mañana á la Alameda (2) á desembarcar al salvaje unitario Avellaneda, pues será paseado en triunfo por las calles, para que vea todo el mundo, que realmente venia á asesinar al gobierno!.... El dia de mañana despues que su excelencia decida el destino de ese salvaje unitario, será consagrado á beber á la salud de S. E.; en seguida, armados de tijeras y navajas cortaremos todas las barbas que encontremos, porque vosotros no sabéis que la patilla cerrada forma una U que quiere decir unitario!!! Es necesario hacer cesar el escándalo!!!

¡¡¡Abajo las barbas!!!—gritaron todos.

Acabo señores! Estáis autorizados por S. E. para llevar un chicote en la mano con el fin de corregir los perversos y perversas unitarias que no lleven la divisa federal! Estáis autorizados á pegar-

---

(1) Pedimos perdon á nuestros lectores de usar este lenguaje chavacano, pero no hacemos sinó copiar el original, llenando nuestro deber de escritores.

(La Autora).

---

(2) Asi es llamada una porcion de la orilla del rio donde hay algunos árboles y asientos; fué lugar muy concurrido en otros años mas felices para aquel pueblo; hoy ha sido teatro de mil crímenes y horrores.

(La Autora).

les un moño celeste con brea en la cara! He dicho!!!

Interminables aplausos y vivas siguieron!

Esto visto y oido á medias por Corbalán, se retiró á dar cuenta de su comision, lo más breve posible pues á mas de la privacion de uno de los dos órganos impedidos, sentia en ellos un calor extraordinario y queria ver al médico y curarse cuanto antes mejor.

Una de esas orgías espantosas é interminables, siguió...., la moral nos aconseja correr sobre ella el velo del silencio!



CAPÍTULO XXIII.

Nuevos conocimientos

Al salir Ramón de la quinta, se proponia indagar el destino de su hermana y tomar ya las medidas convenientes para ver de salvar á su cuñado. La ciudad iluminada, los cohetes, los repiques y salvas anunciaban la grande festividad del dia siguiente.

Ramón atravesó rápidamente la plaza de Monserrat hasta donde habia llegado ya; dobló hácia la calle detrás de las monjas Capuchinas, y se detuvo junto á una casita pequeña, frente al costado del huerto de las religiosas.

Era habitada esta casa por el coronel Rojas y sus hijas.

En la azotea de la casa habia faroles encendidos, pero las hojas de las ventanas estaban entor-

nadas por dentro y la sala alumbrada como siempre.

Era esta, mas bien pequeña que grande, mas bien pobre que rica. Un tapete usado, un sofá y unas sillas ordinarias, dos mesas de arrimo, un piano y una mesa de té al medio de la sala completaban el menage.

En las paredes blancas, solo se véia un grande cuadro conteniendo el retrato de una mujer, mas un inmenso crespón negro lo cubria y no era posible distinguir sus facciones.

En la mesa del medio ardia una lámpara, á su luz trabajaba una jóven que apénas salia de la adolescencia, de pié frente al retrato estaba un hombre alto y robusto pero marcado por una de esas pesadumbres incurables que dejan en el alma y en el rostro su eterno sello.

El hombre con los brazos cruzados sobre el pecho se páseaba en sílencio de un extremo á otro de la salita, y de tiempo en tiempo se paraba en frente del enlutado retrato, al cual la jóven daba la espalda.

El hombre miraba ya la graciosa y adolescente cabeza de la jóven, ya las nubladas facciones de la pintura que sin duda muy gravadas estaban en su memoria. Despues ahogaba un suspiro, levantaba los ojos al cielo, como pidiendo en vano consuelo, y continuaba el paseo; el ruido de sus pisadas era lo unico que interrumpia el absoluto silencio que reinaba en la casa.

La jóven continuaba su trabajo, mas al menor

ruido de pasos en la calle, se estremecia y miraba el hombre al soslayo para ver si él notaba su inquietud, esto quiere decir que ella ya tenia en su corazon un secreto, que temia fuese sorprendido por los otros.

Ramon habia llegado sin ruido hasta la reja y á su sabor contemplaba aquella jóven y hechicera criatura. Allí habria permanecido la noche entera, pero su deber habló mas fuerte que sus pasiones y acercándose á la puerta dió un aldabaso que resonó en la calle y en la casa, silenciosas ambas.

La jóven quedó color de carmín y el hombre fué en persona á abrir la puerta, volviendo acompañado de Ramon.

El coronel Rojas y su hija Emisena eran las dos personas que estaban en la sala. Ramon se sentó entre ambos y la palidez de su frente, la tristeza profunda de su mirada no pudieron menos de excitar el curioso interés de sus amigos.

— Me parece Vd. triste é inquieto, capitan Maza, —dijo Rojas á Ramon, quien poseia en efecto el grado militar que se le daba.

— Es verdad coronel! ¡una horrible desgracia á caido en mi familia!.... y tengo el presentimiento que no es sínó el preludio de otras mayores!—contestó Ramón.

Rojas aproximó su silla, Emisena dejó caer su labor de las manos, cerró los postigos de la calle entreabiertos y volvió á sentarse toda temblorosa. Los tres se miraban en silencio, Ramón disgustado

tanto por el ingrato acontecimiento, cuanto porque sabia que el coronel iba á recibir un golpe terrible con la noticia de la prision de Avellaneda. Sus amigos temian igualmente interrogarlo; al fin Rojas venciendo su repugnancia le dirigió la palabra.

— Hable Vd. capitán.... está Vd. delante de un hombre cuyo corazon ha probado cuanto infortunio existe en el mundo!.... he visto la muerte mil veces cara á cara y he sufrido todos los dolores que puede sufrir una criatura humana! hable Vd.

— Ah! coronel! temo que no estè Vd. preparado á este acontecimiento! ¡yo sé que los hombres de alma grande soportan mejor sus desgracias que las de sus amigos.

— Paciencia! dijo Rojas, despues de una pausa; es por la incertidumbre, sea lo que sea, quiero saberlo!

Maza titubeó aun, y luego dijo en voz baja y apenas perceptible.

— Mi cuñado ha caido en las manos de Rosas!

Rojas empalideció hasta el fondo del alma! no pudo proferir una palabra, sus ojos despedian llamas, sus narices fuertemente dilatadas anunciaban su furor, levantóse con aire resuelto tomó una daga que estaba sobre una de las mesas de arrimo y se dirigió á la puerta de la sala.

— Dónde vá Vd?—le gritó Ramón deteniéndolo.

— A librar la tierra de esa fiera carnicera!—le contestó Rojas con voz sorda.

Emisena y Ramon lo abrazaron á un tiempo.

— Es verdad continuó, el coronel, antes de lle-

gar hasta él, mi cabeza caeria cien veces inanimada! Entonces dejó caer los brazos como quien pierde todo coraje y una lágrima fué á perderse entre su espeso y encanecido bigote. Pobre Avellaneda! murmuró en voz convulsa y volvió á su asiento apoyando ambos codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, quedó en silencio, mientras los dos jóvenes se miraban uno á otro tristemente y contemplaban al viejo guerrero postrado el ánimo á tantas amarguras!

Al fin Rojas levantó la cabeza, como quien despierta de un sueño.

— Pero capitan,—dijo él—esa noticia tal vez es falsa; Don Valentin nos escribió de Montevideo é intentaba pasar á Corrientes; ¿cómo lo han agarrado?— Ignoro,—contestó Ramon, las particularidades de semejante captura; pero empiezo á conocer los hombres que aqui y en la Banda Oriental manejan los negocios políticos y no dudo que la traicion no sea agena en este asunto.

— Pero sabe Vd. que seria horrible eso!—dijo el coronel á quien su brío volvió con la cólera que esto le inspiraba.

— Nada debemos estrañar hoy coronel!.... Los Reinafés..... (y al pronunciar este nombre Ramon bajó la cabeza recordando que su padre habia sido el juez que los condenara).

Rojas comprendió cuan penoso era para el jóven aquel recuerdo y dijo—fué una cosa horrible, pero toda la odiosidad del hecho recae sobre Rosas!

—Y sobre su juez!—le contestó Ramon, con ese

timbre de voz que anuncia un corazon herido pero resignado á la afrenta que la acción de otro ha arrojado sobre él.

Maza amaba á su padre, pero al verlo pronunciar la sentencia que condenó á muerte los Reinafés y sus ocho inocentes compañeros, el mancebo habia sufrido un vivo é intenso dolor. Su padre muerto en el patíbulo le legaba un nombre puro y del que él podria ensoberbecerse, pero el verdugo de los Reinafés lo deshonraba..... Con todo, Ramon sabia que los remordimientos mas agudos destrozaban el alma del anciano y él rogaba á Dios que lo perdonara y aceptara su expiación.

Un corto silencio volvió á reinar; en esta vez fué Emisena quien lo rompiò, como si supiera que el éco dulce y melodioso de su voz, fuera capáz de serenar al jóven capitan y distraerlo de sus amargas reflecciones.

— Y la señora Adelaida y Adolfo?—Preguntó la jóven con timidéz y sonrojándose.

— Es verdad,—gritó el coronel, y la familia, ¿estaba con Avellaneda?

— Es natural,—repuso Ramon.—En la adoracion que mi hermana tiene por su marido y con la intencion que tenian de ir á establecerse en Corrientes, debian estar todos juntos.

— Dios mio!—dijo Emisena,—y qué habrá sido de ella?

— No sé,—dijo Ramon,—pero he venido á saberlo. Mañana desembarcan á mi cuñado y hay grande festividad por ello.

— Ah!—exclamó Rojas,—esos son los preparativos de hoy!

— Si, coronel!—y mañana será probablemente paseado en triunfo por la Mazhorca.

— Pero nosotros podemos estorbarlo,—añadió Rojas poniéndose en pié y su ardor lo engrandecia de una cuarta.

Reunámos nuestros amigos y vamos á pelear! Basta media docena de hombres para poner en fuga esa canalla infame y cobarde que se intitula la Mazhorca.

— Tal vez haríamos matar á Avellaneda—respondió Ramon.—Prudencia y esperemos!.... La suerte de mi cuñado no creo que se decida tan pronto, Rosas, lo aborrece demasiado para matarlo de una vez; mañana yo debo encontrar á mi hermana y mi sobrino sea como sea!.... mas tarde si Vd. quiere oirme yo le hablaré de otra cosa!....

El coronel le sacudió la mano militarmente y dijo:

— Pero no crée Vd. que habrá algo á intentar para salvar á Avellaneda?

— Mañana nó; despues quizá.

— ¿Y qué piensa Vd. hacer?

— En primer lugar voy desde esta noche á ocultarme en la Alameda en un bodegon inglés y desde allí espiaré mañana la salida de la ballenera del Resguardo, yo tendré listo un bote, me vísto con otras ropas, enseguida me embarco y desde el bote observamos la ballenera del Resguardo, asi veo el buque en que está mi cuñado; despues que lo bajen á tierra yo

voy al buque porque infaliblemente allí debe estar mi hermana ó á lo menos deben saber de ella.

— Yo iré con Vd.—dijo Rojas;—ya se sabe que iremos armados.

Ramon sacó un par de fulminantes de su bolsillo y una grande daga del seno.

— Bien; ¿quiere Vd. qué vamos ya?

— Sí—dijo Maza—ya será hora de irnos acercando á la Alameda.

La pobre Emisena, nada decia, pero gotas brillantes de lloro le humedecia las largas y risadas pestañas.

Cuando el coronel embosado en su capa, se dispuso á acompañar á Ramon, ella le besó la mano con ternura, los acompañó á la puerta y solo allí se atrevió á dar á el jóven capitan un nardo que tenia oculto en su seno, menos blanco y puro que su alma de ángel buena y cándida.

Emisena los siguió con la vista y cuando el ruido de sus pasos se perdió enteramente á la distancia, cerró la puerta y apénas en su cuarto arrodillóse ante una pura y limpia Concepcion que tenia á la cabecera de su cama, y la doncella pasó orando por los que amaba y por el alma de su madre gran parte de la noche.

Las primeras luces del alba la encontraron otra vez en oracion por los dos séres mas caros de su corazon. Su padre y..... Ramon.



CAPÍTULO XXIV.

El coronel Rojas

Apesar de la natural impaciencia con que nuestros lectores deben esperar la decision de la suerte de la familia Avellaneda, el coronel Rojas, este personaje cuyo nombre y cuya existencia, son una de las verdades que encierra esta obra, es demasiado interesante para no detenernos un momento, en conocerlo mas particularmente y saber que relaciones lo ligaban al Doctor Avellaneda.

La historia del coronel Rojas y su famoso proceso, fueron en Buenos Aires acontecimientos que hirieron la atencion general y lo constituyeron en uno de esos héroes de romance como dicen aquellos que niegan que la vida y todas sus faces no son un verdadero romance.

Los hechos que transcribimos, son tan ciertos,

tan llenos de incidentes dramáticos y terribles que por esta vez la naturaleza nada ha dejado que hacer á la invencion, lo que escribimos no es un romance, es la relacion de acontecimientos muy recientes y que en aquellos desventurados paises se renueven todos los dias; sin embargo no de la naturaleza de los que pertenecen á la historia privada del coronel Rojas y que vamos á revelar.

En la época en que estamos, Rojas podria tener unos cuarenta y cinco años. Era uno de esos hombres que recuerdan el Alcides de Homero. Su rostro noble y marcial estaba tostado por la nieve de los Andes y por los rayos ardientes del sol de Quito! En su juventud debió ser un gallardo mozo pero los combates y las desabridas visicitudes de la vida lo habian desfigurado mucho.

Alto y fornido, sus anchísimas espaldas no perjudicaban á una cierta elegancia del talle, realzado por su aire abierto y marcial,—la frente alta y desnuda de cabello dejaba ver un hondo sablazo recibido en Cancha Rayada, que semejante á una corona de martirio le cogió los estremos de ambas sienes; su barba negra y brillante todavia, crecia en todo su rostro, particularmente sus bigotes eran enormes. Sus lábios gruesos y hùmedos debiéron ser muy punzones pero habian enpalidecido para siempre; la mirada triste del coronel, sus abstracciones contínuas, sus estremecimientos frecuentes, traicionaban alguna horrible imágen, siempre ante los ojos; mas cuando este hombre se abandonaba completamente á los marti-

rios que lo despedazaban, era cuando estaba solo y encerrado en su cuarto á la noche.

Entonces paseaba con agitacion de un lado á otro, sus puños crispados, sus miradas oscas é inciertas, su respiracion agitada; parecia entregado á un profundo furor; de repente los síntomas iban desapareciendo, poco á poco se tornaba mas triste hasta que al fin desataba en un mar de lágrimas y su llanto era sofocado de sollozos y suspiros profundos.

Es que en el alma del coronel Rojas habia una pasion incurable que sobrevivia á la muerte y á la ingratitud de un objeto amado, y ante sus ojos de contínuo el cadáver ensangrentado de esa mujer que tanto idolatró y cuya cabeza habia él visto volar en pedazos!

Era Rojas uno de esos indivíduos sobre los que pesa un misterio insoluble: el mundo, lo habia condenado primero y absuelto después; lo habia llenado de execraciones en su primer movimiento y derramado lágrimas de interés ó de simpatía por él, mas tarde.

Su proceso fué uno de esos casos excepcionales de la ley, en que solo Dios podria revelar la inocencia ó la culpa del réo.

Esa incurable desesperacion, ¿era el efecto del remordimiento, ó la llama no sofocada de una pasion que aun ardía en su pecho?

He aquí lo que ningun mortal podria afirmar! Para absolver al coronel Rojas de esa sombra de crímen que pesaba sobre él, era necesario poseer las mas

santas esencias; era necesario creer en el honor, en la inviolabilidad del juramento y en la franqueza de la conciencia; infelízmente en el siglo en que estamos solo se crée en el metal; si brilla, si suena, entonces es buen oro y el símbolo de toda creencia y de toda virtud es el peso fuerte!

Educado en los campos de batalla, sus maneras eran rudas, pero eran solo la corteza de un corazon sensible y ardiente; era uno de esos hombres que aman ó aborrecen solo una vez en la vida. Tenia la palabra rápida y decisiva, sus sensaciones vehementes y profundas, irreflexivo pronto en su cólera ó en su compasion; el primer movimiento era seguido por él sin calcular un solo minuto y con aquella franca imprudencia de los hombres de impétus generosos y caballerescos.

Habituado á las emociones de la gloria, la menor palabra que encerraba una idea magnánima ó un peligro le animaba y su entusiasmo jamás era inútil.

Sentia Rojas con la misma vivacidad de un jóven de 20 años, porque su corazon no estaba usado por las afecciones y si bien una pasion incurable y frenética lo poseia, mas era la única que hubiera sentido en su vida y por eso mismo estaba al alcance de sentir mejor, porque el amor verdadero y profundo en vez de gastar la sensibilidad la despierta y al paso que mejora la naturaleza del indivíduo lo predispone á todos los sentimientos buenos y selectos y lo hace simpático á los males agénos.

Una acusación horrible, pesaba sobre el coro-

nel Rojas! La de haber asesinado su mujer en un exceso de furor y de celos!

¿Sería esto verdad? Cómo! Aquél hombre tan bueno y generoso se habia manchado con el homicidio de la madre de su hija!

La pasion que habia concebido por su esposa desde el momento de verla, estaba aun intacta en su corazon, era invencible y consumió en luchas espantosas su salud y su brio, ¿cómo pues, esto habia sucedido?

¡Hé aquí el misterio!

Una cosa juraba Rojas, era que él amaba á su mujer ciegamente y que era ella misma quien se habia quitado la vida, con todos aquellos que corrieron al ruído del tiro, á la habitacion donde Rojas se encontraba con su mujer, solo vieron el cadáver ensangrentado de ésta entre los brazos de Rojas desalentado y casi demente!

El coronel habia hecho un casamiento de amor, con una jóven diez ó doce años menor que él; pero valiente y atrevido, trillado de cicatrices, coronado de laureles, premiado por el Gobierno, su edad y su aspereza natural desaparecian trás el prisma encantador de la ilusion que naturalmente realzaba un guerrero citado por todos, como un modelo de valor y caballería.

La posesion del objeto querido, no hizo mas que avivar el amor del coronel y se tornó en una ciega idolatría; su vida estaba consagrada á ella y era uno de esos sentimientos raros en la vida, una excep-

cion de la vulgaridad de los hombres, enamorados antes de casarse, indiferentes desde el dia despues de su matrimonio.

Los que conocemos esta historia sabemos que la esposa de Rojas, una vez unida al hombre de su propia eleccion, sintió resfriarse su pasagero entusiasmo, voló de su mente el prestigio conque habia adornado el héroe, el campeon valeroso y solo vió á su lado un soldado rudo, del que no podia apreciar el alma magnánima y ardiente y cuya pasion ya le era pesada.

La escala de las afecciones humanas, es rápida; del enfriamiento en el cariño, pasó á la indiferencia; á ésta siguieron las primeras impulsiones de hastio; la repugnancia principió á roerle el corazon, el ódio estalló como la consecuencia natural y sobre estas diferentes faces vino el peor de todos los errores é infortunios de una mujer, la infidelidad á su marido y la guerra doméstica!

Nosotros no nos atrevemos á condenar ni el uno ni el otro. Son muchos los motivos que pueden influir en la desunion de dos séres que al marchar al altar, solo ven las flores de los primeros dias de su union y la májica embriaguéz de la pasion.

De la pasion que deja en un corazon la huella profunda, la llama inextinguible, en tanto que por el otro pasa rápida y momentánea como el aroma de una flor.

Para vivir de una misma vida, que armonía de ideas, de temperamento y de opiniones no se nece-

sita! Qué igualdad moral tan perfecta para el buen equilibrio de la vida privada, de la conciencia de cada indivíduo!

Acaso la engañosa simpatía de un dia los aproximó un instante y cuando otro aliciente que la inclinacion natural entre dos personas de diferente sexo fuè necesario, uno de los dos, vió estallar su alejamiento por el otro que encontraba antipático y repulsivo!

Los misterios del corazon, son como los misterios del cielo; lo que encierra en sí cada corazon humano, nuestros ojos mortales no pueden penetrarlo.

Como sucede á casi toda criatura que aquello que menos puede alcanzar es lo que mas desea, Rojas doblaba de atenciones, de fineza y de ȧmor y llegó á verse subyugado enteramente por aquel sentimiento, tanto, que el menor favor de su esposa lo ponia en el cúmulo de la dicha, asi como el menor desdén lo arrojaba en una violenta desesperacion.

Con todo, sus celos dormian aun sus sospechas, y la esperanza de ser amado como él amaba lo hacia tolerante.

Sin embargo, Rojas debió probar este martirio y probarlo con la impetuosidad natural á su carácter.

Nosotros corremos un velo, sobre los incidentes domésticos que tuvieron lugar y sobre otras particularidades de su vida interior para llegar al horrendo drama que amargó su existencia para siempre.

La señora de Rojas amaba efectivamente, un

jóven militar que se encontraba bajo las órdenes de su marido y llegó á tal extremo su imprudencia y acritud para con el coronel, que éste se separó de ella, continuando no obstante á vivir bajo el mismo techo.

Una casualidad reveló á Rojas este amor del que ella, ya no hacia misterio. El primer movimiento de él fuè matar á su rival y tal vez á la desleal é ingrata mujer; no obstante, fué prudente acaso por la primera vez en su vida, y tomó las mas cuerdas medidas, tanto para hacer cesar el escándalo, como para no verse hecho la burla de los otros.

Mandaba Rojas en aquellas circunstancias la fortaleza de Bahia Blanca, sin ver al jóven escribió al gobierno pidiendo otro en lugar de aquel ayudante y dando sus razones buenas ó malas lo despachó á Buenos Aires.

Los hombres que se hayan visto en iguales circunstancias comprenderán toda la amargura que pesaba sobre Rojas, su desesperación y cúan duro debió serle á quien pensaba descansar en el seno de una esposa virtuosa de los rudos afanes de la guerra; encontrar las espinas en vez de las rosas, la ingratitud en vez del amor que merecia.

La partida de su amante fué deplorada altamente por aquella señora y apésar de la moderacion del coronel, llegó á provocarlo sin rubor alguno.

Una explicacion fué el término á que ella llegó, manifestando claramente que queria ir á reunirse con su amado.

Rojas con su natural impetuosidad, y los celos

que en esta ocasion le trastornaban el juicio la siguió á su cuarto.

De este momento solemne para aquellos desventurados, solo resultó un pistoletazo y el cráneo destrozado de una mujer!!!

¿Acaso aquella mujer á la idea de una eterna separacion del que amaba, para quedar al lado de un esposo detestado cometió aquel suicidio?

¿O el celoso y exasperado marido se vengó de ella de un modo tan horrible?

Rojas acusado ante la justicia criminal, su nombre infamado por la acusacion de asesino! dos célebres abogados defendieron su causa y la sentencia de muerte fué el resultado. Entonces se presentó un hombre en el calabozo del réo, este hombre era el Doctor Avellaneda. (Los abogados fueron Gamba y Belgrano).

El coronel le abrió su corazon, lloró con él y Avellaneda convencido de su inocencia tomó la causa sobre sí—Rojas no sentia morir, era un viejo soldado y habia visto la muerte de muy cerca; pero morir por asesino y dejarle á su hija una herencia tan horrible, hé ahí lo que lo desesperaba.

La causa abierta de nuevo [1], Avellaneda le

---

[1] Este hecho es verdadero. Los dos abogados del coronel Rojas, fueron D. Manuel Belgrano que ya no existe y el Dr. Valentin-Alsina, (conocido en esta obra con el nombre de Avellaneda)—al cual cupo la gloria en una brillante defensa de convencer los jueces de la inocencia de Rojas y salvarle la vida.

(La Autora).

hizo tomar un aspecto diferente y el dia supremo en que pronunció la defensa del acusado, cuando despues de pasar por la parte judicial de ella, se fué elevando poco á poco, á el lenguaje poético del sentimiento y de la vida interna del hombre, su voz grave y sonora, su locucion fácil y grandiosa, la manera con que supo atraer los corazones de sus oyentes y cautivar la atencion, arrancó lágrimas de todo el auditorio.

El pueblo entero corrió á la defensa, sollozos, sofocados se oían por todas partes, al fin el defensor como inspirado abrazado con el réo levantó su mano derecha hacia el cielo y con voz conmovida y religiosa le pidió iluminara los Jueces y aceptara la buena voluntad y la sana intencion conque respondia en aquel momento ante Dios y los hombres de la inocencia del acusado.

El supo excitar todos los sentimientos tiernos y humanos, vestiéndoles de elocuencia, y al concluir su discurso no hubo sinó un éco en la sala.

¡Perdon! Absoluto! Absoluto! Y los jueces por un movimiento espontáneo puestos en pié dijeron con solemnidad:

Coronel Rojas! La justicia humana te absuelve! Apelamos á tu conciencia y á la Justicia Divina para la que nada hay oculto!!!

Estoy inocente,—murmuró Rojas—cayendo pá-

lido é inanimado en los brazos de su amigo y defensor!

Al dia siguiente la alta Cámara de Justicia declaraba absuelto de todo inculpacion de asesinato al coronel Rojas, restituyéndole su grado, la estimacion y simpatía de sus amigos y del público en general.

CAPÍTULO XXV.

Los pasajeros de la Constitucion

Sobre la cubierta de la Balandra, fondeada á poca distancia de la orilla, se veia el Juez de Paz del Baradero, con su gente, mareados y dándose al diablo por verse aun en aquella hamaca, que tan mal les hacia pasar de salud. Con efecto no acostumbrados al movimiento del buque, era para ellos un suplicio el contínuo balanceo de este, y casi todos acostados sobre la cubierta, estaban pálidos exánimes de tanto padecer.

El Juez de Paz sufría tanto como los otros, pero creia que no convenia á su dignidad de Juez el aparecer mareado porque era esta una cosa que naturalmente no debia sentir la gente civilizada y de una cierta posicion social; asi pues para disimular durante el viaje, se achacó una indisposicion de estómago

que nada le dejaba comer sujetándolo á contínuos vómitos.

El dia del desembarque habia por fin llegado, hermoso y sereno, aunque un viento caliente del norte, anunciase que no debia ser de larga duracion la claridad de la atmósfera.

La gente del Juez de Paz, se habia levantado cada cual como pudo, el Juez por su parte, no hacia sino que pensar en el grado que por fuerza le iban á dar y la perspectiva de los nuevos honores lo tenia en contínua inquietud; asi tambien habia principiado á ponerse mas sério y estirado, porque estaba fuertemente convencido, que las maneras agrestes y groseras y los aires imponentes convenian á las personas de elevado coturno, y no encontraba tampoco allá en su mente otro modo de diferenciar el empleado del simple particular.

Ardía el hombre por hablar á alguno de todas estas ideas tan bellas, pero temia comprometer su dignidad presente y su dignidad futura; el único á quien habia podido dirigir la palabra sería á Caccioto, pero ya saben nuestros lectores según su propia confesion que no entendia «el carcaman»!

Junto á la entrada de la bodega, estaba sentada una mujer pálida y deshecha por la enfermedad y los pesares, á su lado estaba un niño que á la lozana alegria de la infancia veia ya suceder los llantos y las amarguras de edad mas madura.

La puerta de la bodega estaba perfectamente cerrada y dos hombres la guardaban noche y dia.

En aquella infecta y pequeña bodega, yacia el infeliz Avellaneda cargado de cadenas y privado de aire y de luz.

Su mujer y su hijo salvados de una muerte cierta por los marineros de la balandra, estaban allí cerca de él sin que lo pudiesen ver ni dirijir una palabra de consuelo ó cariño.

A las diez de la mañana todas las campanas de la ciudad repicaban, cohetes se quemaban por todas partes, tiros, músicas, mueras y vivas estallaban de contínuo, la Mazorca y el populacho mas sucio é indigno se dirijian á la Alameda.

El comandante y capitan del puerto, era un joven bastante bien parecido, pero de cara imbécil y ordinario, habia ascendido de cortador de las piedras de la calle, á ejercicio bastante deshonroso á que lo destinó el finado Don Manuel Dorrego. (1) De ahi principió á ser espia y finalmente de puesto en puesto, llegó al de capitan del puerto y este cargo creemos que seria vitalicio en él porque es demasiado estúpido para ser mudado por otro.

Asi que el movimiento y la bulla empezaron á crecer, el capitan del puerto, mandó preparar la ballenera y se dirijió á bordo de la balandra.

En aquel instante dos hombres al parecer marineros ingleses, salieron detras de unas toscas y

---

(1) Jimeno era el encargado de los amores de Dorrego hemos conocido personalmente á este sujeto.

(La Autora).

entrando en un botecillo allí amarrado, principiaron á maniobrar de suerte que no perdian de vista la ballenera.

Asi que el Juez de Paz, avistó la ballenera del Resguardo, respiró con toda su fuerza, en primer lugar porque se veia libre de la responsabilidad, en segundo porque ya iba á saber lo que le destinaba el gobierno y en tercero porque encontraba al fin un viviente á quien podria hablar de igual á igual.

Una vez llegado á bordo el capitan del puerto, —cuyo nombre es Jimeno—hiciéronse ambos los cumplimientos de estilo sobre la dicha de la Patria, salvacion de los dias de S. E. etc., etc.

El Juez contó la tentativa de evasion del preso, el celo, la inteligencia con que lo habia de nuevo capturado y dió sus puntadas sobre la recompensa debida á los buenos federales que se sacrificaban por la sagrada causa de la Federacion.

Esta geringosa que Jimeno oia con su bestialidad habitual, fué interrumpida por Adelaida, al ver llegar al capitan se imajinó que naturalmente iban á buscar el prisionero y la desgraciada queria saber con justicia el destino que reservaban á su marido, asi venciendo su repugnancia se acercó á Jimeno.

Tan demudada estaba que este la desconoció, sin embargo que no eran estraños uno al otro.

— Señor,—dijo Adelaida,—puede Vd. decirme si viene en busca de Avellaneda, donde lo va á conducir y cual es el destino que le reservan?

— Jimeno la miró de arriba abajo y le contestó:

— Vengo efectivamente á llevar á el salvaje é inmundo unitario Avellaneda, pero ignoro aún donde debo conducirlo ni lo que S. E. dispondrá de él; además de eso á Vd. que se le importa, no sabe que los inmundos unitarios no tienen parientes!

— Yo sé,--replicó Adelaida—que Vd. es un miserable instrumento de la tiranía y yo debo y quiero saber lo que Vdes. pretenden hacer de mi esposo!

— Vaya Vd. á preguntárselo á S. E. el Restaurador,—respondió Jimeno con ironía.

— Porqué no? Hé visto mas de un tigre en mi vida!

— Esta mujer es muy insolente! exclamó el Juez; malditos sean los gringos que no la dejaron ahogarse en el rio!

Adelaida entretanto, reflexionaba que era peor dejarse llevar de su indignacion y que lo mas prudente era sufrir las injurias y malos tratos para poder á lo ménos saber lo que iban á hacer de su esposo.

— Señor Jimeno,—continuó ella—perdone Vd. el arrebato de que me dejé llevar ahora poco; mi cabeza no está buena, he sufrido mucho estos dias, mas por el amor de Dios y cuanto mas caro tiene Vd. sobre la tierra le suplico que me diga que le van á hacer á mi marido.

— Yo no sé,—dijo Jimeno—tal vez lo fusilan hoy ó....

— Oh! no! no!—exclamó la pobre mujer cayendo de rodillas.

Los dos verdugos echaron á reir.

— ¡Qué diablos quiere Vd.!—añadió Jimeno— no soy yo que lo mataré serán los soldados!

Los sollozos sofocaban á Adelaida, y su hijo con aquella simpatia natural por su madre, lloraba tambien.

— Qué hombres tan crueles!—decia ella ahogada en lágrimas—fusilar un inocente!

— Inocente llama Vd. á un salvaje unitario— dijo el Juez.

— Déjela Vd. hablar—replicó Jimeno—á quien hace caso de Unitarios! no vé Vd. que están locos!!!

Los alaridos de la Mazorca y del populacho llegaban hasta á bordo.

— Oiga Vd.,—continuó Jimeno—oiga Vd. el éco del Pueblo que pide sin duda la cabeza del salvaje Unitario!

Aquellos gritos tan siniestros y horribles, pusieron en pié la dolorida mujer; sus lágrimas se secaron, su rostro pálido, su mirada ardiente, su negra cabellera flotando al viento parecia la imájen viviente de la desesperacion.

— Holá! —dijo Jimeno—venga el preso, el pueblo lo pide!!!

El Juez de Paz llamó su gente y se dirijieron á la bodega.

— No! aún no! gritaba Adelaida fuera de sí.

Jimeno la agarró por un brazo y la empujó de manera que casi vá al rio.

Adolfo furioso le agarró una mano y se lo mordió con tanta fuerza que Jimeno le dió un horrible puntapié, pero el muchacho lo sufrió en silencio y

fué á abrazar á su madre que habia quedado contra el borde pálida é inmóvil.

Los hombres que habian bajado á la bodega tornaron á subir con el preso.

Al verlo su mujer y su hijo se echaron en sus brazos olvidados de su situacion y entregados al placer que sentian de apretarlo á sus corazones.

Avellaneda á pesar de sus cadenas, los abrazaba tambien con delirio acaso por la última vez.

Aquella escena muda, de lágrimas y suspiros ahogados, solo á aquellos tigres no podia conmover. En cuanto á los marineros genoveses que estaban á bordo lloraban sin reserva ninguna.

La Mazorca impaciente arrojó un horrible alarido y Avellaneda entregado hasta aquel instante á las caricias de los suyos ignoraba dónde estaba; pero al oir aquel bramido de fieras volvió el rostro y la Ciudad de Buenos Aires se encontró ante sus ojos.

Un rayo de gozo bañó el pálido semblante del proscripto y tendiendo los brazos cargados de cadenas hácia la tierra exclamó:

¡¡Patria! Patria mia!!!

— Vamos,—gritó Jimeno.—Basta de comedia! ea!—dijo á los soldados—échenlo á la Ballenera!

Los hombres obedecieron y arrancaron el Doctor de los queridos brazos que lo rodeaban.

— Bárbaros!—decia Adelaida—porque no me quitais primero la vida!.... .

Dejadme mi papá, asesinos!—exclamaba Adolfo.

En cuanto á Avellaneda, se conducia como hombre, sin arrojar un grito ó derramar una lágrima.

— Adios! adios!—murmuraba entre sollozos su mujer—Adios para siempre!!!

Y al proferir estas palabras cayó sin sentidos. El niño empezó á llorar con ese lamente fúnebre de los niños cuando tienen realmente dolorido el corazon.

A estos lloros se mezclaban los alaridos horrendos de la Mazorca.

La Ballenera se separó llevando el preso.

En ella iba Jimeno, el Juez con su gente y Caccioto.

Del otro lado de la borda se acercaba un bote, y dos hombres disfrazados de marineros ingleses subian á la balandra.

Cuando Adelaida volvió en sí, su hermano Ramon y el coronel Rojas estaban á su lado.

CAPÍTULO XXVI

Triunfo de la Santa causa de la Federacion

La Mazorca dividida en dos cuerpos de ejército, era precedida por una música militar que iba tocando el Himno del Restaurador, la media caña, [1] la perdiz y otras músicas de este jaez. Marchaba á la vanguardia, Salomón y Cuitiño y el nuevo adepto, Julian Molina todos cubiertos de cintajos colorados, los puñales desnudos y la ferocidad en el rostro.

Avellaneda entre cuatro soldados armados de punta en blanco como se suele decir, caminaba, sereno y con frente altiva y desdeñosa; lo habian aliviado de los grillos convencidos de que absoluta-

[1] La *media caña* es una especie de fandango muy adoptado en Buenos Aires y bailado en todas partes por ser agradable al Restaurador. Los versos que se cantan en ella son vergonzosos é indecentes.

(La Autora).

mente no podia dar un paso con ellos, preparándose á ponerselos dobles á la vuelta del paseo si quedaba vivo!

Párras tal cual como lo hemos diseñado al lector, iba á la cabeza del otro cuerpo de ejército que formaba la retaguardia.

Delante, en los dos costados y detras de este grupo, caminaba en desórden, roto, andrajoso y súcio el populacho, la escória de la sociedad de Buenos Aires. Mujeres, blancas y negras, mulatas y chinas, viejos, muchachos y pampas, todo iba reunido vociferando á la par de la mazorca, apedreando por entretenimiento las casas y rompiendo los cristales de las ventanas y hasta los faroles del alumbrado público.

De esta manera llegaron al frente de la casa de Rosas, donde se preparaba otro resto del acompañamiento.

Era este compuesto de hombres á caballo con el sable desnudo al hombro, comandados por Manuela Rosas [1] hija querida y digna de S. E. el Ilustre Restaurador de las Leyes. Iba la amazona vestida con el traje de los gauchos y enormes espuelas teniendo por montura el mulato Biguan enfrenado y ensillado á quien le cabia en esta solemnidad el papél de caballo y que recibia de los pies de la señorita Manue-

---

[1] Este medio ha sido empleado muchas veces.

(La Autora).

la tamaños espolazos con objeto de imitar los corcobos del animal que representaba.

En el coche de gobierno, con su competente escolta, iba el mulato gobernador, hacienda las veces de su Excelencia.

Sucio y medio desnudo, vestia la casaca de general con la banda de presidente y en la cabeza un elástico de papel con plumas de avestruz; al lado una espada de palo y en la mano, el bastón insignio del mando supremo de la República!!!......

La tercera parte de este acompanamiento, era un rico carro de terciopelo carmesí, guarnecido de franjas de oro y en una especie de trono levantado al medio, iba el retrato de Rosas! Era este carro tirado por cuatro señoras (1) cuyo nombre debe conservar la historia con curiosidad!

Damas y negras mejor vestidas, con el Estado Mayor General rodeaban el carro.

En el balcón del cabildo, estaba Rosas, con uu grande sombrero de paja envuelto en un poncho y aplaudiéndose á sí mismo su fortuna y su invencion.

La Mazorca se habia formado en hilera delante de la Policia y esperaba las órdenes del Dictador y el nuevo aspecto que tomaria la comitiva. En efecto, no tardó Corbalán en aparecer; estaba el edecan galanamente vestido y libre de las aprensiones de la vis-

---

(1) Pascuala Beláustegui de Arana, Maria Josefa Ezcurra, la Sra. del Gral. Alvear y Doña Pilar de Guido.

(La Autora).

pera, pues en una grande Junta de médicos que habia hecho, resultó, despues de una discusion de cuatro horas, que la privacion del uso de los órganos atacados, provenia del desórden y dislocacion de la peluca del Señor Coronel Edecan Corbalán etc, etc.

Hé aqui la nueva direccion que tomaron los procesionistas.

La música siempre la primera, despues de ella, la comitiva del retrato, en seguida la Mazorca en el mismo órden anterior: Manuela con los cien hombres de á caballo y Biguan dando corcobos y llorando, seguia de cerca cerrando la marcha, el coche dentro del cual iba el mulato gobernador, haciendo cortesias á derecha é izquierda, poniéndose de pié y profiriendo cuanta blasfemia é insolencia cabe en la boca de un loco ordinario y desenfrenado!

Las principales iglesias de Buenos Aires, tenian órden de hacer cada una un *Te-Deum,* el último era á las cuatro de la tarde. (1)

La Catedral, La Merced, El Colegio, Santo Domingo y San Francisco eran los designados.

La Catedral sita, en la Plaza de la Victoria era la primera á la cual se dirijieron. Estaban los cuatro lados de la plaza ocupados por la Guardia Nacional á quien solo le habian dado cartuchos de polvora, (y

---

(1) Hemos asistido en el 1829 á una misa que Rosas hizo decir en la iglesia de la Concepcion à las dos y cuarto de la tarde.

(La Autora).

mojada), la caballeria de extramuros, el batallon de Marina y el cuerpo de Serenos con las lanzas y las linternas encendidas, semejantes á una procesion de fantasmas.

En la puerta de la Catedral, los obispos de Buenos Aires, Medrano y Escalada, con lo principal del clero, esperaban revestidos de sus hábitos sacerdotales la comitiva!

Allí, el retrato de Rosas fué bajado del trono y bajo de pálio, á el humo de los incensarios, entró en el templo destinado á la Divinidad, donde fué colocado en el altar mayor junto al Tabernáculo, en vez de la imajen de Jesus, crucificado por la Redencion del hombre!!!

¡Sacrilegio horrible! Cuantos de nuestros lectores no acusarán este cuadro de apócrifo!.... ójala lo fuera! acaso al revelar al mundo civilizado hechos tan escandalosos é infames, no sentimos, la espina del dolor en el alma y el calor de la vergüenza en el rostro? Oh!.... que si! Oh! que al escribir estas penosas verdades, cumplimos con el mas dificil de los deberes, confesar nuestra infamia y la torpeza, la tolerancia, la deshonra de la nacion á que pertenecemos!

Y sin embargo, preferimos mostrar el baldon esculpido en nuestras frentes que consentir y escuchar tranquilos que un monstruo tal como Rosas, sea considerado aún por las naciones, como un noble caudillo y como el digno gefe de la que fué un dia la nacion Argentina!!!

Al llegar á cada una de las iglesias repetiase es-

ta farsa, el retrato del Tirano era colocado en el altar su comitiva entraba y el mulato gobernador bajaba del coche y haciendo cabriolas, intentando abrazar á las señoras que hallaba al paso é imitando de tiempo en tiempo el tono de un personaje de distincion: entraba en los templos.

Manuelita Rosas, entraba tambien siempre en su nueva montura y la Mazorca de hora en hora mas frenética y exaltada, en tanto que dentro de la iglesia se parodiaba un *Te-Deum;* gritaban de fuera vivas y mueras que repetian los sacerdotes! Y aquel pupulacho todo que los acompañaba unia sus alaridos y desórdenes al espectáculo general.

El último templo que restaba era el Colejio, ocupado en aquel tiempo por los Jesuitas refugiados de España.

A la proximidad de la procesion Federal, la comunidad se hallaba reunida en la Sacristia, sin pompa ni aparato, la iglesia estaba á oscuras y la compañia vestia su traje telar ordinario.

Un joven pálido de rostro severo, pero no desagradable, estaba en el medio de ellos era el superior (Dn. M. Verdugo).

Cuando los gritos se oyeron mas cerca, el joven se dispuso á salir por otra puerta que daba al átrio, sin ser la del templo.

Valor hermanos! no os atribuleis, es necesario soportar el martirio ántes que ser cómplices ó autores de un sacrilegio!

Diciendo esto, salió solo y con los brazos cru-

zados sobre el pecho y los ojos fijos en el cielo esperó los vociferadores, en medio del átrio.

El resto de los padres Jesuitas, apiñados uno contra otro, se miraban asustados no atreviéndose ni á respirar, y oyendose solo en la vasta sacristia el apresurado latir de sus medrosos corazones!

Cuando al llegar frente al Colegio, en vez de la iglesia abierta é iluminada, en vez de la compañia entera preparada á recibirlos; los que se titulaban Federales, vieron solo un padre en medio del átrio y el silencio mas profundo en el cerrado templo; la comitiva paró. Los gritos cesaron, el populacho alzando las curiosas cabezas, unos sobre los hombros de los otros miraban al Jesuita con estúpida curiosidad.

Todo el mundo estaba admirado y no sabian á que atribuir aquella soledad.

El joven Jesuita aprovechándose de la estupefaccion general, se adelantó algunos pasos y con voz clara y profunda les habló así.

« Hijos! Ayer recibimos órden de S. E. el señor
« Gobernador, para celebrar un *Te-Deum* hoy á las
« cuatro de la tarde, cosa prohibida por los ritos de la
« Iglesia Católica Apostólica Romana, de la cual so-
« mos indignos servidores! El Templo del Señor
« está con todo abierto á los cristianos que á cual-
« quier hora del dia y de la noche quieran dirijir sus
« oraciones al Altísimo, porque nuestro Señor dis-
« puesto está tambien á oirles siempre; pero lo que la
« Compañia de Jesus no hará jamás! Será colocar en
« los altares, donde solo puede y debe estar la efigie

« del Redentor, el retrato de un hombre pecador, sea el
« Gobernador ó rey de la tierra, es un horrible sacri-
« legio que no permitiremos en tanto que nos reste
« un soplo de la vida que el Señor nos concede y que
« hemos consagrado á su santo servicio. »

Al concluir estas palabras el Jesuita les dió la espalda, y con paso sosegado volvió á reunirse al resto la compañía.

La multitud estúpida, quedó en profundo silencio y solo el mulato Gobernador gritaba desde el coche:

— ¿ Qué diablos es eso ? Qué, están de purga los padres Jesuitas ?

Sin embargo sordo rumor corria las filas, estaban indecisos, sobre si forzarian las puertas de la iglesia ó retornarian á decir á Rosas lo que pasaba.

Este último partido fué adoptado por unanimidad de votos y la multitud en desórden y murmurando se dirijió á la casa del Dictador bien ageno de tal contratiempo.

Entretanto, el tiempo se habia nublado, negros escuadrones de nubes corrian el cielo y á lo léjos ya principiaba á oirse la ronca y fatidica voz del trueno, acompañado de vivos relámpagos.

Rosas oyó sin inmutarse la relacion de lo sucedido y despues de un instante de silencio, ordenó à Corbalán que hiciera conducir al preso al Pontón y remacharle dos barras de grillos, prohibiéndosele toda y cualquiera comunicacion con persona alguna de dentro ó de fuera del Pontón bajo pena de la vida del comandante y centinela de vista.

Estas órdenes fueron ejecutadas con toda puntualidad y el Dr. Avellaneda vuelto á conducir por la Mazorca al embarcadero, fué de allí en una ballenera armada, á bordo de la horrenda y peligrosa prision [1] que le era destinada, no sin que antes de embarcarse se hubiera visto cargado nuevamente de hierros.

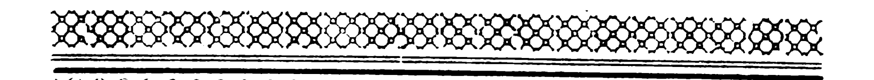
Acabadas sus proezas del dia, fueron los Mazorqueros á prepararse para las de la noche que ya se acercaba triste y tormentosa, como si la naturaleza tomase parte un momento, de los dolores de la humanidad.

Un festin de carne con cuero y sin él, con dos ó tres barriles de vino, otras tantas docenas de botellas de ginebra etc., esperaban por órden del Restaurador á sus heróicos sectarios.

---

[1] Esto es histórico y cuanto se lea á este respecto no da sino una débil idea de cuanto ha sucedido.

(La Autora).



CAPÍTULO XXVII

La Recoleta

La señora de Avellaneda habia quedado á bordo con sus dos amigos, pero tan abatida y enferma que apenas pronunciaba uno que otro monosilabo. Sus fuerzas fisicas y morales, la habian abandonado del todo.

La incertidumbre, este cancer del alma, la roia con sus venenosos dientes, con la ausencia de su marido, parecia haberse ausentado su espíritu y solo la esperanza era capaz de volverle su natural energia, ó un exceso de desesperacion.

El dia se habia pasado en consuelos y palabras de esperanza por parte del coronel Rojas y Ramon, en silencio é incredulidad por parte de Adelaida. Estaba casi persuadida que aquel dia no se acabaria en bien para su marido y la infeliz á esta idea caia en terribles convulsiones.

Sin embargo, casi á la puesta del sol, á pesar de lo nublado que estaba la tarde, las personas que estaban en la balandra pudieron distinguir la ballenera que conducia al preso, y pudieron verlo á él mismo en persona gracias á un excelente anteojo de Lostardo, que encontraron á bordo.

Cuando la noche llegó enteramente, Ramon, el coronel, la señora de Avellaneda y su hijo, entraron en el bote que conservaban desde por la mañana.

Una vez fuera de la balandra, Ramon los dirijió hácia la Recoleta porque era el lugar mas solo para efectuar su desembarque.

Con el nombre de la Recoleta, es conocido un antiguo y abandonado Convento que, segun tradicion fué habitacion de los trapistas ó cartuyos.

Tres son hoy los monumentos que comprende el nombre que dejamos citado y que encabeza este articulo.

Los silenciosos y elevados claustros, morada un tiempo de congregacion tan vigorosa, la iglesia conventual sombria y despojada de adornos y el vasto huerto del viejo Convento, convertido hoy en cementerio de Buenos Aires.

A dos pasos de este lugar corre el Plata.

La historia de la vida humana está allí escrita con sublimes é indelebles carácteres......

Aquel convento que levantado por los hombres en momentos de fé ó fanatismo, un tiempo teatro de los sacrificios, de las penitencias ó de la desesperacion de los que lo habitaban, hoy desierto y despoblado, pare-

ce decir á los que lo contemplan curiosos: «con la hora que corre vuela la vida» la hora que viene arrasará la presente, el lema de la verdad está escrito en mis silenciosas arcadas: destruccion é instabilidad.

La iglesia despojada y sombria, parece llorar en si misma la pérdida de sus dias de gloria, en que iluminada y florida resonaba en el coro los himnos del Altisimo...... Ella sabe que lo pasado no retornará jamás!

Y el cementerio, ese campo de olvido y de igualdad, tambien está allí con sus cruces por blasones como la única verdad del destino y de las ambiciones humanas! La eternidad! El polvo!

En el mismo momento en que nuestros amigos del bote se dirijian á la Recoleta, dos hombres entraban á pié por el camino que viene de la campaña. Ambos parecian fatigados de largas jornadas; con todo, antes de descansar, quitaron sus sombreros y se arrodillaron en la puerta de la iglesia orando con sencillo fervor.

Verdad eterna é indisputable que el pueblo necesita una religion, una creencia! Que el pobre, el hombre que no pertenece á la clase que llaman pensadora, necesita, la forma religiosa que le presente una creencia y la palabra de la oracion con que levanta su corazon á Dios; porque infelizmente no todas las cabezas están organizadas de tal manera que puedan ofrecer por homenaje á la Divinidad, esas celestes abstracciones poéticas, en que él espíritu hu-

millado y confundido se pierda en la grandeza de la idea del Creador infinito!

Y cuando los propagadores de la verdad hayan destruido toda sombra de creencia en el pueblo; ¿qué le daran? La conciencia del deber? ¿La religion sin formas, la conviccion por la sola fuerza del espiritu?

Está muy lejos ese dia para la humanidad, esa resolucion que debe hacer tomar una nueva forma toda nueva á la sociedad no es la obra de uno ó dos siglos...... quién sabe cuando se empezarán á notar los efectos de esta doctrina!...... y á las generaciones que van sucediéndose entre tanto, ¿qué se les deja? La duda, la lucha y la incredulidad!......

Ha mucho tiempo que estamos convencidos, que los hombres de fé, amantes de la humanidad en vez de la palabra debian poner en practica la accion, en vez de destruir en un dia las viejas creencias sobre las que reposa la moral social, emprender un trabajo mas lento pero mas seguro, la educacion del pueblo! dejar al hombre hecho, acabar como principio é insinuar las nuevas doctrinas en el corazon de la juventud!

Los que tienen una conviccion profunda del bien que emprenden, deben desdeñar la palabra y hacer mucho por la accion.

Entre tanto, los que hayan perdido sus primeras crencias, los que hayan llegado á la altura de ciertas verdades y quieran cumplir su deber con buena voluntad, emprendan la grande obra en silencio, por-

que de romper las sencillas convicciones del pueblo nada se reporta sinó el desórden ó la confusion.

Pero es verdad que en todas nuestras acciones y palabras trasluce la vanidad y la miseria humana!

Los dos hombres que oraban, estaban vestidos muy pobremente, y eran de edades muy diferentes. El uno tenia el cabello mas blanco que la nieve, el otro apartaba á veces de su frente los muchos rizos rubios que á porfia la velaban, rebelde á la mano que los separaba.

Reinaba en aquel sitio, un silencio profundo, solo interrumpido por el murmullo del rio que á dos pasos de alli llevaba sus arenas al Atlántico, el confuso rumor de las funéreas ramas del cíprés le respondia, y en las desiertas rejas del cláustro, pasaban como errantes suspiros; las rafagas de la brisa..... habia una armonia tan profundamente triste en aquellos tres ruidos que los dos hombres suspiraban como quien siente el alma mortalmente herida!

El cielo cubierto de negras nubes tenia un aspecto amenazador y relámpagos de fuego lo iluminaban á cada paso mientras á lo léjos se oia el trueno con su voz magestuosa y solemne!

Los dos hombres acabada su oracion se alzaron y tomaron asiento al pié de la ancha puerta de hierro que cierra el cementerio.

Al vivo resplandor de los relámpagos se divisaban las blancas lozas de las tumbas, los pedestales y las estátuas, fragmentos de la vanidad humana que no perdona ni el polvo de los muertos y que aun alli, se ostenta como el escarnio de nuestra miserable vida.

El joven del cabello rubio, miraba en silencio aquel vasto recinto, donde la grandeza, el talento, el vicio y la virtud están confundidos sin chocarse, ni reprocharse nada entre si...... al fondo del cementerio, se alzaba una altisima cruz y al lado de ella promontorios de cráneos blancos y secos se elevaban diciendo al observador:

« *Aquí residió la intelijencia humana.* »

« *El pensamiento humano ardió bajo esta vacía calavera,*
« *expuesta hoy á la intemperie y á las lluvias! Ya fué mi*
« *turno descansar sobre la blanda almohada cuando mi dueño*
« *vestia el traje mortal!* »

Los truenos continuaban á retumbar pavorosos, los relámpagos los sucedian, la brisa silvaba, el rio corria indiferente y el ciprés murmuraba siempre como el eco eterno del dolor humano!

El viejo rompió el silencio.

— ¡Estás triste amigo!

— Es verdad,—respondió el mozo—hacen algunos dias que me siento mudado! Me vienen á la cabeza cosas que yo mismo no se descifrar, y despues de todo, ahora en este momento particularmente la vista de este campo de los pecadores..... me hace como estremecer.

— ¿Es la primera vez que vienes aquí?

— Si, la primera!..... vea Vd. he visto algunos entierros en los pueblitos, los he visto tambien allá en la Pampa cuando iba á visitar al indio Yuncagüi y á veces por la llanura, á lo léjos divisé alguna cruz que señala los muertos en medio del campo.... mas aqui todos están juntos!

— ¿Y tu no vés tantas estátuas?

— Si, es verdad; ¿cuanto dinero habrà costado esto? ¿para qué le ponen esto á los muertos?

— ¡Qué quieres tú! no quieren que el sepulcro de uno que fué rico se parezca con el del pobre! por eso hacen costosos monumentos!

— Es cierto.... solo debajo de la tierra se encuentra la igualdad.... allí, todos los huesos se parecen y lo mismo se pudre el cuerpo de un rico que el del pobre, el de un blanco que el de un negro....

— Asi es hijo! los hombres siempre hablan de un modo, y obran de otro, la vèrdad de lo que ellos piensan solo Dios lo sabe!

— Es mejor entonces vivir en el desierto, errante, como yo he vivido hasta hoy!

El viejo meneó la cabeza en señal de desaprobacion.

— No! los hombres no nacieron para vivir como las fieras, en el bosque.... es otro el camino que debemos seguir....

Y vos no decis que todos son ingratos! ¿qué os han pagado con olvido vuestras cicatrices?

— Si, pero cada uno debe obrar segun su

conciencia y yo no me arrepiento de lo que he hecho, si ellos me han pagado mal, tambien esa no es cuenta mia!

— Pues una vez que hemos venido al pueblo, para seguir adelante nuestra empresa, crea Vd. que yo me quedaria aqui de buena gana, yo sé cavar la tierra y si me quisieran para enterrar los muertos.... las calles y las casas me oprimen.... aqui á lo ménos estoy á cielo raso....

— Como quieras,—contestó el viejo—yo veré si puedo obtener el lugar de sereno, en ese empleo puedes ser mas útil á nuestro intento.

En aquel momento el bote tocaba á la orilla.

— Me parece ver gente en la orilla del rio, dijo el joven.

— Si,—contestó su compañero—como no sea alguna ronda que viene por aquí, alguna patrulla que llega por el rio! Ven aqui dentro de esta zanja estamos bien.

Miguel y Simón, pues eran ellos mismos, se escondieron, por cerca de donde ellos estaban, pasaron los personajes del bote á quienes ya conocemos y tomando la calle larga de la Recoleta empezaron á caminar hácia la ciudad, la cual les era necesario atravesar para llegar á la Quinta de Maza, situada al otro estremo de la poblacion.

Cuando los escondidos no oyeron mas ruido de gente, salieron, y Simón dijo:

— Si quieres quedate aqui, yo conozco bien la ciudad, aprovechando la noche iré á buscar la casa

de mi coronel, es un hombre de los de otro tiempo y el único que me podrá servir para encontrar un empleo.

Y Simón, despidiéndose de su amigo echó á andar hàcia la casa de Rojas de quien pocos minutos antes habia huido imajinándose que tal vez era una partida que venia á reconocer la orilla.

¡Todos somos ciegos en esta vida!

CAPÍTULO XXVIII

Los Corta-Patillas

Mientras que Simon y Miguel conversaban mano á mano sentados contra el porton de la Recoleta y que la señora de Avellaneda se dirigia á tierra con sus amigos; la Mazorca, habia ya terminado su orgia y munida de un acompañamiento de hachones encendidos, recorria las calles de la Ciudad destinadas esa noche á ser el teatro de los mas horribles y abominables excesos de aquellos desenfrenados salteadores.

Una órden de Rosas, la cual se nos habia olvidado mencionar; (porque en el caos de desatinos y maldades de aquel hombre, muchas cosas se escapan á la imaginacion fatigada) habia prevenido que desde aquel dia, todo el mundo se presentaria de bigotes, fuese cual fuese su cargo ú empleo; de manera que los que no lo tenian se los pusieron postizos, los

unos de cabellos pegados con goma, que les mortificaba la carne, y otros hallaron mas breve el ponerse los tales bigotes con corcho quemado. [1]

La Mazorca adoptó unanimemente este último partido. Imagínense nuestros lectores, si les es posible, doscientos hombres, todos ébrios y exaltados por los vicios mas asquerosos y por los excesos mas vergonzosos de la humanidad, mal vestidos, con los brazos desnudos, las caras tiznadas, porque el sudor provocado por las frecuentes libaciones, habia desfigurado los bigotes de nueva invencion, con las manos armadas de tijeras de trasquila y de enormes puñales que cortaban al aire.

En medio de una noche triste y tormentosa á la luz amarillenta de los hachones que hacia empalidecer el reflejo de fuego de los relámpagos, aquella procesion diabólica cuyas vociferaciones, blasfémias y palabras obscenas, se confundian á los truenos y al ruido de los cristales, que de camino iban rompiendo por las casas; todo esto unido al himno del Restaurador que iba ejecutando la música, cada instrumento en el tono que le cuadraba, parecian todos los demonios que la imaginacion mas exaltada puede crear, evocados un instante sobre la tierra para aterrorizarla.

---

[1] Histórico—Epoca 1835—Nosotros procurando la armonia del conjunto todo de la obra, nos vemos en la necesidad de cambiar algunos datos, pero los hechos que evocamos siempre serán verdaderos como cuanto contiene esta obra.—
(La Autora.)

El objeto de la Mazorca era cortar toda patilla que cerrase sobre la barba; fuese el que fuese que asi la llevase, por que estaban autorizados á no respetar cosa ninguna en este mundo.

Ya habian encontrado una infinidad de hombres indefensos, á quien en su horrible lenguaje decian ellos «afeitado».

Cada individuo que se encontraba con la barba cerrada, era agarrado entre cuatro hombres, sentado sobre una mesa que á propósito llevaban los de los hachones y la multitud de la Mazorca lo rodeaban, el sujeto era naturalmente despojado primero de su dinero, reloj y cualquier otra joya que poseyese, los faldones de la levita ó frac cortados y después su rostro desfigurado á tijerazos, que á veces le llevaba parte de una oreja por una cuchillada que le bajaba un carrillo y cuando el tajo tirado con toda malicia hacia saltar la cabeza del infeliz y que solo quedaba su cuerpo palpitante, vivas y risotadas acogian al asesino; la cabeza recojida era izada en un palo y la procesion seguia adelante, mientras que tal vez acababan de robar al seno de una honrada familia, su gefe, su apoyo! A una madre, un hijo tal vez; tal vez á una esposa, su consorte!

Esos males, esas lágrimas hechas derramar á las familias, ese duelo y desesperacion, derramado con profusion por los secuaces de Rosas, todo eso es nada, son justos homenajes á la santa causa de la Federación!

Otros individuos que ellos conocian por federa-

les netos, como decia Rosas, sufrian también la operación, á estos les quemaban la barba y á chicotazos lo perseguian hasta que conseguian escaparseles de las manos.

Al dar vuelta una esquina, un joven alto de rostro serio y fiero, se encontró de manos á boca con los corta-patillas.

Era este mozo hijo de una familia muy distinguida su talle flexible y airoso, firme la marcha y algo de desden en la mirada.

Sumamente blanco y rosado, tenia los cabellos y las largas barbas rubias, como el oro, colorados [1] unos y otros, las cejas y pestañas blancas, los ojos azules y una suma regularidad en las facciones.

Parado naturalmente ante aquel espectáculo, miraba la Mazorca con la natural sorpresa y curiosidad que ocasionaba su horrible conjunto, mas este exámen era hecho con la sangre fria del hombre que no teme, que no conoce el peligro ó lo desafia con rara intrepidez. Paróse la Mazorca á su turno enfrente al valeroso mancebo, y comprendiendo ellos que él no se prestaria docilmente á la operacion, querian primero entablar una especie de diálogo, y los miembros de la infernal congregacion sentian una especie de malestar que les ocasionaba la mirada fria, desdeñosa y escrudiñadora del jóven.

---

(1) Rafael Martinez. — Fusilado el 24 de Enero de 1842. — *La Autora.*

Salomon como el mas docto y por su grado de Presidente tomó la palabra.

— ¿Quien es Vd? dijo, dirigiéndose al desconocido mancebo.

— ¿Que se le importa? Seguid vuestro camino que yo seguiré el mio; respondió el rubio con voz varonil y clara.

— Eso lo hemos de ver! prosiguió Salomón.

— Agarremoslo, y dejemonos de preámbulos, añadió Cuitiño. Quien pide explicaciones á un Salvaje Unitario?

Y reuniendo al pensamiento la accion, levantó su brazo armado sobre el jóven; pero éste le sacudió una tan tremenda bofetada, que el héroe mazorquero cayó por tierra cuan lárgo era, dando un rugido de dolor y de rabia, porque parecia que le hubiesen deshecho el rostro, y dislocado todos los huesos.

— Así se enseña la canalla! dijo el desconocido.

— Infame Unitario! gritó Salomon dando un paso hácia el batallador; mas, un puntapié aplicado en el estómago del Presidente, lo tendió de espaldas, y el jóven viendo que la señal del combate estaba dada, sacó de sus bolsillos con suma rapidez un par de pistolas fulminantes que descargó al aire y aprovechándose del terror general, volvió al punto la calle y desapareció en la oscuridad con ligereza.

— Principiaba la lluvia á caer en gruesas gotas, pronto empezó á empaparse la tierra, las hachas

se apagaron y los mazorqueros descontentos de haber acabado tan mal su empresa, empezaron á desfilar cada uno por su lado, prometiendose que en el resto del dia siguiente, echarian abajo cuanta barba hubiese en Buenos Aires, para lo cual establecerian barberias volantes por todas las calles y plazas

— La tempestad se desató furiosa, y solo se veian por la Ciudad los negros bultos de los serenos con su linterna en la mano y su lanza; semejantes á una procesion de fantasmas.

CAPITULO XXIX.

El Ponton

— Es necesario para la inteligencia de los sucesos que vendrán después, que nuestros lectores nos acompañen al lugar donde fué conducido el Dr. Avellaneda.

— Sabemos que existian ó existen aun en Inglaterra y en algunos puertos de la Francia, prisiones marítimas con el nombre de Pontones. Los de Inglaterra hemos leido por descripción de cuya lectura no respondemos, que son horribles; pero estamos inclinados á creer que jamás existieron otros mas inmundos y espantosos pontones que el de Rosas en Buenos Aires y que creó Don Manuel Oribe en el tiempo de su presidencia en Montevideo.

— El Ponton de Buenos Aires estaba ancla-

do en lo que se llaman válizas exteriores, esto es á unas dos leguas de tierra; el buque que á este objeto servia, era un casco viejo y podrido que amenazaba hundirse á cada instante y es casi incomprensible como podia soportar los horribles temporales del famoso Rio de la Plata.

— Antiguamente se contaba esta prision del Gobierno destinada á los presidiarios muy infimos y relajados, aunque jamás en tan mal estado, ni elejida para presos políticos, porque es verdad que estos solo han abundado en estos últimos años.

— El Ponton donde fué conducido Avellaneda, era pues un viejo buque que por todos lados hacia agua y que los presos sin cesar dia y noche componian, viendo la muerte delante de sí, á todas horas del dia y de la noche.

— Con todo, Avellaneda no estaba destinado á estos trabajos; cargado de grillos y de cadenas fué bajado á uno de los calabozos mas hondos del Ponton, donde habia mas peligro y donde sin cesar rellenaba de agua, la cual era extraida cada cuarto de hora por cuatro presos acompañados por un oficial que los inspeccionaba.

Tenia esto doble objeto: prímero mortificar al preso que se veia con el agua á media pierna, la cual mojándole los grillos se los amohosaba y los hacia parecer mas frios martirizándole las carnes; y segundo, saber lo que él hacia y espiarlo así cada cuarto de hora, á mas del centinela de vista que allí estaba perenne y sin perderle movimiento, por

que cada cuatro horas debia ir á tierra el parte de las acciones del preso.

— Muchos otros presos, menos rigurosamente tratados ó de igual manera, encerraba el Ponton. La tripulacion de éste, constaba de cincuenta hombres escojidos, divididos en dos compañias de veinte y cinco hombres cada una, con su oficial, un sargento y un cabo y además el primer Comandante y el segundo.

— Los sujetos que ocupaban estos puestos, eran un Inglés y un Americano del Norte.

— El Americano tenia el primer puesto, y el Inglés el segundo.

— John Anderson, Comandante del Ponton; era un hombre como de unos treinta años, bien afeitado y serio, que no usaba jamas corbata y que leia constantemente en su biblia de marroquin punzó, interrumpiéndose de tiempo en tiempo para arrojar los negros bocados de tabaco que salian y entraban en su boca. Vivia la mayor parte de su tiempo á bordo y otras veces en tierra, en una pequeña casita situada en la Alameda, donde solian reunirse sus compatriotas á cantar el yankee doodle y beber chicha, porque Mr. Anderson pertenecia á los hijos de la temperancia y no admitia sinó sus cofrades en esta virtud, así como su religion, (era protestante).

— La chicha es un refresco inocente, hecho de algarroba y que jamás trastornaba la cabeza. Por lo demás, Mr. Anderson era muy regular de rostro aunque completamente inanimado y sinó temeríamos ofenderle, diríamos que era imbecil.

— Indiferente, silencioso y frio en los negocios agenos, cuando le hacian sonar al oido un repleto bolsillo de dinero, Mr. Anderson se tornaba político, conversador y afable. Su primer Dios era el peso fuerte, después la Biblia y en tercer y último lugar el rost-beef!

— El Inglés que hacia las veces de segundo Comandante era un hombre de cinco palmos y dos pulgadas de altura con el doble de diametro y que consumia una barrica de cerveza diaria.

Llamábase Dick, era ya viejo y nunca salia del Ponton. Debió ser blanco en un tiempo, pero al presente era casi del color violeta; el rostro redondo y soplado, la boca gretada y babosa, los dientes negros los ojos azules undidos entre dos montañas de carne, le brillaban de contento y despues de esto una nariz traicionera que parecia un fondo de botella segun lo grande y segun lo encorvada y grunugienta, contando á todos la pasion favorita del digno Mr. Dick.

— Es inutil decir que estos dos antipodos Mr. Anderson y Mr. Dick no se podian ver, ni en pintura; sin embargo, por que respecto al servicio ambos marchaban de acuerdo, porque ambos temian por su pellejo y sabian que Rosas no es hombre de chanzas livianas.

— Al llegar Corbalán á bordo con el preso, Anderson, mascaba sus enormes pedazos de tabaco leyendo la Biblia con suma atencion, mientras que Dick bebia su décima quinta botella de cerveza. El

buen hombre tenia la lengua sumamente trabada, mas no aborrecia tanto á su primer Comandante que á veces no intentase un poquillo de conversacion, mas el Americano no se dignaba responder, y Mr. Dick se vengaba diciendo entre dientes:

— Very dam Yankee indeed ¡God-bad!

— Anderson tan insensible á la lisonja como á la injuria, continuaba á leer en silencio y masticar sus tabacos.

— Era una de estas escenas cuando llegó el Edecán y el Prisionero.

— El Comandante del Ponton se presentó y las órdenes de Rosas le fueron repetidas, palabra por palabra puntualmente, y en seguida entregadas por escrito, con copia para el segundo comandante y oficiales de guardia.

— Mr. Anderson guardó los papeles, condujo al preso á su calabozo de mar, y volvió á sentarse tranquilamente á leer.

— En cuanto á Mr. Dick, oficiosamente invitaba al Edecán á tomar un vaso de cerveza.

— Take this Mr. Corcoval—decia el buen Inglés—mucho bueno! estomacal! mucho bueno for vos!

— Corbalán sonreia como hombre que entiende lo que le dicen, pero no respondia.

— Toma Mr. Coloban—continuaba Dick—bebe mucho bien for you!

— Y de esta vez arrimó el vaso á los lábios de Corbalán, el que comprendiendo entonces por primera vez lo que le decia, se resignó á beber la

cerveza, no sin convenir dentro de si mismo del mal paladar de los hijos de Albion.

— Estos Ingleses,—decia el Edecán dentro de sí—son unos burros para esto de comer y beber. Vea Vd., comen la comida cruda, todo á fuerza de mostaza! la ensalada con azucar, los pundines y de ahí la maldita cerveza.

— Entre tanto Dick tomaba los gestos de Corbalán por aprobaciones, y preparándose á darle otro vaso de su licor favorito, decia:

— Very good Mr. Corcobiar! mucho buen cosa está este pó bebé.

— Con todo por esta vez se esquivó Corbalán bajando á su ballenera y murmurando! Andáte al diablo gringo medio sonso, con su trajin de mudarme el nombre, que tan pronto me llama Corcobas y ahora corcobiar; como si yo fuera caballo!

— Dick quedó con el vaso en la mano, viendo huir á su convidado; empinó la cerveza, hizo sonar la lengua al paladar, y dijo:

— Very good indeed!... Not better por Mr. Conbalar! y se encogió de hombros con desdén.

— La importancia de las órdenes que habia recibido Anderson, eran de tal naturaleza, que venciendo la repugnancia que le causaba su segundo, por esta vez cerró la Biblia y se dirigió á él, hablándole en inglés.

— Mr. Dick,—dijo Anderson—es necesario que se imponga Vd. seriamente de las órdenes que acabo de recibir, á respecto de este preso.

— Si señor, respondió el inglés, Vd. gusta un poco de cerveza?

— Yo no acostumbro á beber otro licor que el agua: mil gracias.

— Que le haga á Vd. muy buen provecho, yo tomo el agua como si fuera un vomitivo!

- Dejemos la cuestion de las bebidas aparte y vea Vd. si quiere imponerse ó nó de las órdenes del Sr. Gobernador.

— A este título, dejó Dick su vaso que iba ya á aproximar á su gretada boca y se preparó á escuchar al primer Comandante.

— Sin embargo Anderson que habia dicho y hecho mas que su seca naturaleza le permitia; sacó la copia destinada al segundo Comandante y se la entregó diciendo:

— Lea Vd. y aprenda de memoria cada una de esas palabras que ahí están escritas, y acuérdese Vd. que la mas pequeña infracción de ella, le costará á Vd. la cabeza.

— Anderson al concluir estas palabras le volvió la espalda y fué el mismo á meditar sobre el escrito que le habia dado Corbalán.

— Dick cuya cabeza empezaba á no estar muy fresca ya, por aquel dia, se esforzaba en abrir los ojos del espíritu y de la cara; los unos para leer las órdenes del Restaurador y los otros para comprender lo que ellas encerraban.

— Mientras el segundo Comandante lucha con los océanos de cerveza que de tal modo le oscure-

cen la inteligencia; bajémonos nosotros un instante al calabozo destinado al Dr. Avellaneda, porque todos estos son rasgos del ilustre Rosas.

— El lugar donde estaba el preso debió servir en el Buque, de depósito de leña, comestibles de reserva, cadenas ó cosa semejante; porque apenas tenia unos pequeños respiraderos á flor de agua y por los cuales no podia penetrar la luz.

— Era un espacio cuadrilongo de seis palmos de anchura y tal vez diez de largura, continuamente lleno de agua y de ratones, y poseyendo por todo adorno; una hamaca, un banco de pino y una lámpara de talco que con el preso habia sido allí colocada.

— El ruido de las ondas del rio y los chillidos de los ratones era lo único que interrumpia el silencio de aquel horrible agujero, porque el ruido que se hacia sobre cubierta apenas llegaba alli.

— Encima del techo demasiado bajo para que Avellaneda pudiera ponerse de pié, habia una especie de claraboya, donde la cara de un hombre y el cañon de un fusil aparecian. Era este el centinela de vista destinado á vijilar al prisionero.

— Sentado sobre un banco, pálido y fatigado de aquel dia, de ridículo aparato; la amarillenta luz de la linterna, reflejaba en su rostro, dándole una tan singular espresion que se diria que era la espresion viviente de los sentimientos humanos.

— Estaba Avellaneda en una de esas situaciones morales, de las cuales apenas el individuo

puede darse cuenta asimismo. Reflexionaba el Dr. cuán instable é inseguro es el destino de la criatura. Acompañado de su adorable familia, se dirigia á buscar un asilo seguro y pacífico, bajo el cielo sereno y hermoso de Corrientes! Allí, feliz en cuanto puede serlo un proscripto; contaba ser útil en lo posible á aquel Pais tan nuevo aùn, y emplear las luces naturales de su espíritu, y las adquiridas por el estudio, siempre en bien y adelanto de sus semejantes!

— Al emprender su viaje, una fria confianza en la Providencia Divina, lo animaba; las mejores intenciones lo impulsaban en su marcha..... Y no obstante habia caido víctima de la mas nefanda traición, entre las manos del enemigo cruel, de la humanidad, y de su propia Patria!

— Avellaneda estaba á su disposicion, engrillado é indefenso....

— El hombre, el individuo, era de Rosas!..... Aquella vida consagrada al bien de sus hermanos y de la sociedad, aquella vida presente del Altísimo estaba á la merced del asesino; y bastaba el mas simple gesto para aniquilar de un golpe la obra del Creador.

— Al mismo tiempo que hacia estas reflexiones, sentia levantarse con toda la fuerza de la voluntad y de la razon; la *libre* convicción de su independencia y soberania, como espíritu, como alma que piensa y existe! Y ni los grillos, ni la prision, eran bastante á encadenar la libertad de sus ideas! (no habia yo leido todavia la teoria de libertad por

J. Simon), y los ojos de aquel centinela que espiaba su menor movimiento, eran impotentes á penetrar los misterios del «yo» que solo el ojo de Dios escudriña y conoce!

— Horrible aunque tenaz verdad! contra la que se estrella el despotismo de los hombres!...... Verdad que se burla de la esclavitud! de la tirania y del ódio de los tiranos! contra la Humanidad y la Libertad de la conciencia individual.

— Una sonrisa de soberano desprecio, erró por los labios del preso.

— Con todo de estas ideas, fué pasando por una transicion natural, á otras que hicieron completamente variar, la espresion de su fisonomia.

— Su mujer y su hijo á quienes ya no tenia à su lado y que habian quedado solos y abandonados á bordo de la Balandra.

— El recuerdo de otros dias mas felices, vino á su mente; empezó á echar de menos las tiernas y apetecidas caricias de aquellos dos caros objetos.

— Sus imágenes queridas estaban delante de sus ojos, en sus oidos se repetia el eco de la voz dulce y penetrante de Adelaida, y la infantil y cariñosa de Adolfo.

— Ecos tal vez que no tornaria á oir jamás! Seres de quienes para siempre le habian tal vez separado!....

— Avellaneda era hombre!...... su corazon se partió de dolor y un impulso natural mas poderoso que su orgullo, hizo caer de sus ojos una lá-

grima que se perdió en la sombria oscuridad de su prision; quitándole á Rosas un triunfo cierto y deseado por èl.

— ¡El llanto de un hombre libre!

— En aquel momento una voz bien conocida de Avellaneda, la voz de uno de sus mas queridos amigos pronunció estas palabras como un suspiro:

— ¡Ay Dios mio!

— Avellaneda se puso de pié exclamando: hermano! casi al mismo tiempo la voz de ¡Avellaneda! y el ruido de las cadenas sacudidas siguió á estas exclamaciones. [1]

Dos hombres engrillados, dos víctimas de la tiranía se confundieron en un extrecho abrazo tan largo y efusivo como lo permitió el momentáneo olvido del sitió y de la condición en que se encontraban, despues de muchos años de no verse.

El hombre que no haya pasado por las angustias de las cárceles de Rozas no puede suponerse el placer que experimentaron aquellos dos seres al encontrarse encerrados por la misma causa y destinados á igual suerte en el horrible Pontón Sarandí. Porque los presos de Rosas, á diferencia de los de cual-

---

[1] Hasta aquí llegó en su manuscrito la autora. Quedando trunca la obra, el editor la ha terminado, de acuerdo con las indicaciones de una persona competente y conocedora de nuestra historía nacional, à fin de conservar, en lo posible, el caracter de novela histórica que tiene este trabajo. Se ha tratado, tambien, de conservar, el estilo de la autora.

quiera cárcel de los países civilizados, saben que al entrar en la prisión el mejor beneficio á que pueden aspirar es una muerte rápida. No hay esperanza de salvación, porque Rosas, que es una hiena, no se conmueve por un salvaje unitario; no hay tampoco la más remota probabilidad de evadirse, porque Rozas cuenta con la mejor policía del mundo, como que se trata de hordas sedientas que el mantiene con la sangre y con el dinero de los unitarios, que habiendo sido declarados *locos* oficialmente no tienen derecho á administrar sus bienes, sinó por medio de *curadores* y eso cuando Rozas no ordena la expropiación por causa de *utilidad federal* [1]

El hombre con quién Avellaneda acababa de desahogar en un segundo seis meses de sufrimientos y amarguras era el coronel Manuel A. Pueyrredón, guerrero de la independencia, distinguido por

---

[1] Las confiscaciones forman la base económica del gobierno de Rozas. Los impuestos son insignificantes en las Provincias unidas del Rio de la Plata, porque las necesidades del Estado no existen. El Estado es Rosas y à este le basta y sobra el dinero de los unitarios.

A quienes duden que los unitarios han sido declarados oficialmente locos les recordamos un decreto, casi reciente del feroz fraile Aldao, teniente de Rozas en Mendoza. Este decreto, que lleva la fecha de 31 de Mayo de 1842, establece: que ningun salvaje unitario podrà disponer de mayor valor de diez pesos, sin autorización del Jefe de Policia; ni hacer ningun contrato, ni ser testigo, á menos de que el caso sea urgente y que certifiqne un facultativo que el juicio del unitario se ha restablecido algun tanto.

San Martin, de cuyo ejército regresó cubierto de heridas recibidas en homéricas batallas. El Coronel Pueyrredón pasaba entonces por uno de los primeros guerrilleros argentinos y por el más practico en el arte de guerrear con los indios, por haber hecho díversas expediciones contra las tolderias, con el General Rodriguez y otros jefes. Como todos los hombres de algun valor era un decidido adversario de Rozas y aunque no habia manifestado publicamente sus ideas contrarias al tirano, este, que hacia tiempo lo vigilaba, lo hizo prender y encarcelar en el pontón Sarandí, de donde no saldría, sinó para ser fusilado en el momento oportuno con el Dr. Avellaneda. ¡Dos ases unitarios fusilados en un día era la mejor fiesta que Rozas podía ofrecer á la Sociedad Popular Restauradora!



CAPITULO XXX.

La Fuga

Estaba de Dios que Rozas no saldria esta vez con su gusto. Una mujer, habia de deshacer todos sus planes y esa mujer fué Adelaida, la esposa del Dr. Avellaneda.

Desde que Adelaida supo que contaba con el apoyo del Coronel Rojas y con el de su hermano, el bizarro Capitán Ramón Maza, no creyó perdida la causa de la vida de Avellaneda. Se propuso arrancarlo de las garras del tirano, ó sucumbir en su intento. Hizo entonces, esta noble mujer, uno de esos juramentos que cuando los ejecuta consigo mismo una alma fuerte llevan generalmente al éxito ó al heróismo. Sí Juana de Arco se inspiró en la divinidad de su misión y la realizó, Adelaida buscó fuerzas, astucia y medios en el amor á su marido y

en el cariño de su hijo á quien no concebía que tuviera que criar huérfano, y, como la heroina francesa, esta heroica esposa salió triunfante en su empresa, sin pagar con la existencía la temeridad de su propósito.

Adelaida comunicó à su madre sus ideas y esta despues de haber hecho esfuerzos de todo género para disuadirla, le recomendó que guardase reserva hasta para con su padre, el Dr. Manuel Vicente Maza. Adelaida que con su peculiar inteligencia se habia dado cuenta que la base de su plan de operaciones era y debia de ser el más absoluto secreto, empezó á preparar su ejecución.

¿Por donde dar principio á este plan descabellado?

Adelaida tuvo una inspiración. Recordó que una morena vieja que habia sido su nodríza, podia por intermedio de sus parientes, servirle de espía ante el mismo tirano Rozas.

Para que el lector se dé cuenta de como la intervención de una morena podia ser de tanta importancia para los proyectos de Adelaida, es necesario que sepa que el gobierno de Rozas, fundado en el espionaje, se vale de la delación de los esclavos y sirvientes de la gente decente, para estar al corriente de los minimos detalles que ocurren en la intimidades del hogar de las familias que *sospecha de inclinaciones unitarias*,

En esta verdadera inquisición, los negros descendientes de los cargamentos de esclavos africanos

vendidos durante el coloniaje, [1] desempeñan un papel prominente, porque constituyendo el elemento casi exclusivo del servicio porteño son los que están en condiciones de transmitir y delatar todas las novedades á Doña Encarnación Escurra la esposa de Rozas, y á la cuñada de este, Dª. Josefa Escurra, la Torquemada de este nuevo *Santo oficio* que deja muy atrás por los medios y fines que persigue, á la Inquisición de Estado que en la Edad Media organizaron los Dux de Venecia. La autora señala estos hechos vergonzosos á la execración de la América y del mundo!

Los negros que no están colocados en casas particulares viven en comunidades, que llaman *pueblos*, situados en los barrios de extramuros, conservando sus usos y costumbres africanas y hasta el aparato de un reyezuelo para cada grupo de familias del mismo origen. Estos *pueblos* de negros adoran á Rozas que, á la verdad, les dispensa toda clase de favores y les acuerda su más ilimitada confianza, en lo que no se engaña, pues se sabe que es la fidelidad uno de las caracteristicas de la raza africana.

---

[1] La ley de la Asamblea general de 1813 que decretó la libertad de vientres y la libertad de los esclavos de otros paises que se introduzcan à la República, ha caido en desuso, en una parte, y ha sido dejada sin efecto, en otra, por reclamaciones de los estados limitrofes, principalmente el Brasil. Todos los dias se anuncian ventas de esclavos en los diarios de Buenos Aires.

El pueblo bajo, compuesto en buena parte por negros y mulatos, está conforme con Rozas como lo estuvo en la Roma de los césares con Claudio, con Nerón ó con Caligula.

Adelaida habló con la morena, la enteró de su pensamiento, le habló de su infancia que ella habia alimentado en sus senos de nodriza y la noble esclava le prometió su ayuda: «Amita, le contestó, sé que lo que vuestra merced quiere hacer es imposible, pero disponga de la vida de su esclava y haré lo que me mande».

Quiero, ante todo, que me digas, Marica, si entre tus parientes hay algunos que tengan entrada á la casa de Rozas y que sean capaces de enterarse de lo que allí pasa. Tengo, contestó Marica, al hijo de Carlos, quo es asistente del señor Edecan Corbalán y á varios sobrinos [1] que sirven á Dª Josefa en asuntos de confianza que les encarga.

Pues bien, dijo Adelaida, quiero que vayamos ahora mismo á ver à tu nieto, el hijo de Carlos, para preguntarle quien es el encargado de suministrar las provisiones para los presos del Pontón Sarandí. Préstame una pollera añadió Adelaida, yo traigo un pañuelo grande; quiero vestirme en forma que no desconfien de mis intenciones. Es posible además, que

---

[1] Entre los morenos es costumbre llamar *tíos* á todos los de su clase que llegan á la vejez.

el General Corbalán, por más que es un desgraciado, llegara áreconocerme.

Adelaida vestida con una tosca pollera de balleta y uno de esos grandes pañuelones que usan en Buenos Aires las mujeres de la clase que, sin ser proletaria, puede llamarse trabajadora, se encaminó, con la morena Marica, á la casa de Rozas, nada menos.

Dió la casualidad que Celedonio, el asistente en en cuya busca iban, se encontraba en ese momento sentado solo, junto á un brazero tomando mate amargo, ó *verdeando*, como llaman los paisanos al acto de servirse el mate sin azucar.

Celedonio era un mocetón simpático, con algunas cruza de raza blanca, porque más bien que negro era pardo ó mulato. aunque predominaba en él la sangre africana. Celedonio se paró inmediatamente descubrió su cabeza, (á pesar de estar con Kepis' y pidió, con esa respetuosa humildad peculiar de la gente del pueblo, «*la bendición agüelita*»; recibiendo la obligada contestación de «*Dios lo haga güeno hijo*».

Enterado Celedonio de lo que deseaba saber, aunque ignorante completamente de los proyectos de la Sra. de Avellaneda, dió á esta los informes que por el momento precisaba.

Supo Adelaida que esa misma noche debian bajar á tierra Mister Anderson y Mister Dick, los dos jefes del Pontón Sarandí, por orden de Rozas y que quedaria á cargo de la flotante prisión el tercer

Comandante, un jóven oficial llamado Conclair que por los datos de Celedonio, era uno de los oficiales más buenos y valientes de la guarnición de la Capital. Averiguó, tambien, que el dia siguiente á las 10 de la mañana, conducirian en un bote de la capitanía, provisiones de boca y municiones destinadas al Pontón.

Adelaida volvió á la casa de Marica y con pasmosa actividad entró en plena campaña libertadora. Compró una cantidad de pan, tabaco y papel de cigarrillos; con maestria, que envidiaria el más experto, colocó dentro de dos de los panes papeles escritos enterando al Dr. Avellaneda de sus propósitos y escribió en algunos de los papeles de cigarrillos (que llenó de tabaco y armó perfectamente la morena Marica), lo que no habia podido decir en los panes mensajeros.

Celedonio que por indicación de Marica se reunió con las conspiradoras, tan pronto como estuvo franco de servicio, fué encargado, mediante protestas de que solo se trataba de proporcionar buen alimento y buen tabaco al Dr. Avellaneda, de entregar la encomienda al prisionero del Pontón.

Llegado el pequeño contrabando á su destino, no sin ser notado por el hábil ojo del jefe accidental Conclair, que fingió, sin embargo no verlo ó no darle importancia, el Dr. Avellaneda pudo ponerse al corriente de los atrevidos proyectos de su mujer que se reducian á lo siguiente: Catequizar á Conclair, aprovechando la ausencia de Anderson y de

Dick, si era posible, y en este caso, ó sin esa circunstancia conseguir una órden de Rozas, ó falsificarla, que indicara al jefe del Pontón que el preso debia trasladarse á la cárcel de la Ciudad para, una vez obtenida la entrega, fugar al extranjero.

El Dr. Avellaneda suponía que Adelaida no se abandonaría en brazos de la desesperación. Sabia tambien que algunos de sus amigos, como el Coronel Rojas y su cuñado Ramón Maza habian de intentar algo por salvarlo. Esta convicción unida á un presentimiento halagüeño, á un no sé que inesplicable que en ciertas ocasiones hace anticipar á la alegria ó á la tristeza que nos suscitan motivos tristes ó alegres, hicieron que Avellaneda tuviera la intuición de que en ese pan y esos cigarros estaba el secreto de su libertad.

El Dr. Avellaneda se enteró del plan de Adelaida y aproximandose al Coronel Pueyrredón le dijo casi sobre el oído: «es demasiado inteligente y enérgica mi mujer para rendirse al cúmulo de adversidades que sobre ella pesan,..... prepara nuestra evasión»!

El Coronel Pueyrredón desde que Conclair estaba á cargo del Pontón se veía frecuentemente y hasta conversaba largos ratos con el Dr. Avellaneda pero no pudo menos de manifestar su incredulidad ante las ésperanzas de éxito de su compañero. No, Doctor, le replicó Pueyrredón, no nos hagamos ilusiones, de aquí saldremos para el patíbulo, no le quepa duda; los que es yo, añadió, si me sal-

vé milagrosamente de las lanzas de la gente de Carrera en la batalla del Médano, donde perdimos al General D. Bruno (Morón), no espero salvarme de aquí y lo unico que deseo es que nos cuelgen de una vez, lamentando, de todo corazón, que no esté en mis manos evitar el triste honor de ser fusilado junto con Vd. Doctor.

En cuanto á mi, dijo tranquilamente Avellaneda, moviendo resignado el entrecejo, no me asusta la muerte, he procedido siempre bien y si siento morir en este momento, es por la razón que daba Sófocles, si mal no recuerdo, de que lo peor no es morir. sinó no poder morir cuando y como se quiere. Sólo me preocupa una cosa, Coronel, y es no poder contribuir á la reacción enérgica y sangrienta que forzosamente ha de iniciarse contra Rozas y no haber tenido el tiempo necesario, ni la suficiente edad mi hijo Adolfo, para morir con la convicción de que sabrá querer y defender á su patria, odiar al tirano y vengar los ultrajes que este ha inferido á la Nación, guiado por el amor á la memoria de su padre. Si Adelaida me sobrevive algunos años, el porvenir de Adolfo está asegurado, pero si mi pobre compañera falta ¿que será de ese niño huérfano, rodando por paises extraños ó viviendo pária en la tierra que ha nacido? Llegado á este punto de la conversación, el Dr. Avellaneda, había perdido su serenidad, ocurriéndole uno de esos dobles estado de ánimo, tan frecuentes como contradictorios en apariencia, pues al mismo tiempo que las manos de Avella-

neda se crispaban de impotente corage contra Rozas. Abundantes lágrimas humedecian los ojos del Patriota que habia imáginado en ese instante á su mujer y á su hijo vagando desamparados hacia la muerte; ó peor aún. hacia el abismo de la miseria, víctimas de la barbárie del tirano argentino.

El Coronel Pueyrredón guardó respetuoso silencio y en un momento oportuno cambió la conversación en el sentido de dar por factibles los proyectos libertadores de Adelaida.

La esposa del Dr. Avellaneda obrando con rapidez inconcebible en otra persona que no hubiera sido ella y no hubiera tenido su interés, habia logrado contar si no con el asentimiento, por lo menos con la complicidad del Mayor Conclair, quien visto por el Sr Haymes, fiel amigo del Dr. Avellaneda y muy intìmo de Rojas y Ramón Maza, llegó, en un transporte de entusiasmo, á confesar que el servicio de Rozas le repugnaba y que si bien habia creido hasta entonces obra de patriotismo servirlo en los conflictos con el extranjero, estaba decididó á seguir, si necesario fuera el camino del ostracismo, separándose de la carrera militar.

Por medio de Haymes, Conclair comunicó á Adelaida el dia en que probablemeute Rozas firmaria la orden para que los presos del Pontón Sarandi fueran trasladados á la cárcel de la Ciudad.

Desconfiando Rozas de Anderson y de Dick, llamó al mismo Conclaír y le previno que al otro dia á las 3 de la tarde viniera personalmente ó manda-

ria á uno de sus oficiales á buscar la orden de traslado de algunos presos.

Rozas estaba nervioso, furibundo, porque le habian hecho creer ó se habia creído, que los unitarios, dirijidos por Rivadavia desde un pueblo de la campaña oriental, mantenian relaciones y tramaban una conspiración ayudados por el Mariscal Santa Cruz, Presidente de la Confederación Perú-Boliviana.

Los periodicos de Rozas, cuya monotonia es peculiar, ocupaban entonces sus columnas vomitando injurias contra Rivadavia, los unitarios y Santa Cruz y publicaban largas listas de suscripciones en dinero y en especie encabezadas por los empleados de todos los pueblos para ayudar, decian las notas de remisión, á sufragar los gastos de la santa causa de la federación contra el tirano Santa Cruz.

La amenaza de los unitarios impedía á Rozas enviar fuerzas al Norte, donde el Gobernador Heredia, de Tucumán. preparaba unos cuantos gauchos para invadir Bolivia en combinación con la expedición al Perú que debia organizar el gobierno de Chile, aliado de Rozas.

La «Gaceta Mercantil» aseguraba que el Restaurador tenia en sus manos una carta del ex-presidente Rivadavia al Mariscal Santa Cruz, que comprobaba la traición á la patria que intentaban los unitarios, añadiendo que. (siempre segun la supuesta carta,) se tramitaba la disgregación de la Confederación Argentina, dividiendola en tres partes: Tucumán, Catamarca, Salta. Córdoba y otras provincias del

interior por un lado; Santa Fé, al Entre-Rios y Corrientes por otro; dejando á Buenos Aires en poder de Rozas.

En esta situación se puede suponer la suerte que le estaba decretada al Dr. Avellaneda.

A la hora señalada para salir de la casa paterna, Adelaida tuvo una contrariedad que pudo hacer fracasar su plan. Siendo ya tarde entró de visita una copetuda y sospechosa familia federal, que manifestó intenciones de permanecer un largo rato en la quinta de Maza.

Adelaida conversó como si tal cosa con las visitantes y habló en forma tan natural que nadie hubiera, ni siquiera imaginado, que aquella mujer iba dentro de breves horas á ser la heroina de uno de los episodíos más curiosos que relatará el futuro historiador de esta época de singular anarquia.

Pasando el tiempo y no yéndose las visitas, Adelaida hizo presente que le atacaba una muy fuerte jaqueja que le obligaba á pedir permiso para retirarse á su dormitorio, como efectivamente lo hizo.

Adelaida, no tuvo el gusto de dar á su querida madre el tierno y filial beso de despedida y su pobre madre, que sabia el verdadero objeto de la retirada de su hija, tuvo que seguir cumplimientando á sus importunas visitantes! ¡Cuantas torturas morales semejantes en las familias argentinas deben su causa á Rozas! El hogar paterno de Adelaida se veria pronto enlutado y ensangretado por el asesi-

nato del Dr. Maza y el fusilamiento de su hijo Ramón! [1]

El Dr. Maza, no obstante sus opiniones políticas totalmente contrarias á las de su yerno el Dr. Avellaneda, estaba ligado á este por afectos de amistad y sobre todo. por el cariño de Adelaida. Es indudable que el Dr Mazá influyó con el caballero inglés Mr Haymes y con el oficial Conclair para ayudar al plan de evasión ideado por su hija. Esta circunstancia, unida á otras, contribuyeron á que Rozas se decidiera á privarse de sus sumisos servicios, mandando asesinarlo, segun unos, dirigiendo directa y personalmente el asesinato, segun otros.

Adelaida se dirigió á casa de la fiel Marica, se vistió de militar, se colocó un kepis de Capitan, bigote postizo negro, botas granaderas, sable y una ancha capa que envolviendola completamente disimulaba su cuerpo de mujer.

Acompañada de Mr. Haynes y de su hijo se dirijió á la alameda, donde esperó impacientemente que atracara una ballenera preparada al efecto con la complicidad del generoso Conclair. Esos momentos de espera parecieron siglos á Adelaida¡ cuantas preocupaciones, desfallecimientos, esperanzas asaltaron su mente!

---

[1] El 27 de Junio de 1839 era asesinado por la mazhorca el Dr. Manuel Vicente Maza, en la secretaria de la sala de Representantes, de que era presidente y el dia siguiente, era fusilado su hijo, el Comandante Ramón Maza.

Por fin llegó la ballenera tripulada por cuatro robustos marineros, y se embarcó en ella Adelaida con el niño Adolfo. Serian las 10 de la noche del Martes 5 de Septiembre ([1])

Amarrada la ballenera al Pontón, el supuesto oficial presentó á Conclair una orden de Rozas, de puño y letra del tirano. ordenando la entrega al portador de los salvajes unitarios Avellaneda y Pueyrredón. Conclair hizo llamar al oficial de guardia, le enseñó la orden superior y, ante la suspicacia reserva del oficial que se permitió indicar la conveniencia de custodiar los presos con un destacamento de las fuerzas del pontón, Conclair le res pondió que no era necesario, porque él personalmente haria la entrega de los presos.

Con no poca dificultad á causa del peso de los grillos y de la estenuación que trae consigo la prisión, efectuaron su trasbordo Avellaneda y Pueyrredón. El primero habia reconocido á su mujer

---

([1]) La persona que ha suministraba los datos necesarios al editor de esta obra para terminarla, prepara un folleto relatando este episodio histórico, en el que probará que la fuga del Dr. Valentin Alsina, que como se sabe, es el héroe de esta novela, tuvo lugar el 5 de Setiembre de 1837 y no en igual época del año 1835 como ha dicho erróneamente el Sr. Enrique Sánchez, biografo de Adolfo Alsina, induciendo en él mismo error cronológico á los que se han basado en sus informaciones.

A fin de no perjudicar la intención y plan de la obra el editor se vé en la necesidad de no poder ser siempre rigurosamente histórico.

y contenia á duras penas su emoción. Adelaida miraba á Conclair tratando de penetrar hasta el alma sus verdaderas intenciones. El niño Adolfo no se veia en la ballenera y su ausencia inquietaba al Dr. Avellaneda que temia no poder contener su legitima ansiedad.

La ballenera se puso en movimiento con rumbo al Retiro, ó sea la Ciudad. Avellaneda perdió gran parte de sus esperanzas y Pueyrredón tosió bajo como indicando que triunfaban sus vaticinios pesimistas.

¡Solemnes momentos aquellos, que dificilmente se pueden repetir!

Alejada la ballenera algo más de una milla del pontón el Mayor Conclair ordena virar á los marineros y que se dirijan hacia el Este.

¿Regresamos al pontón, Sr Comandante, se atrevió á preguntar el Dr. Avellaneda? «He ordenado rumbo á la Colonia Oriental, replicó Conclair; si Dios nos ayuda mañana estarán Vds. libres en tierra extranjera y deberán la libertad á esta heroica mujer qne ha sabido no sólo prepararles la evasión sinó, lo que es más dificil aún, ha sabido convencerme, hasta el punto de que, ya lo ven, me embarco fujitivo con Vds, dispuesto á poner entre Rozas y mi persona, el Rio de la Plata. Sin embargo añadió, ni una palabra más, hasta que no hayamos dejado bien lejos al pontón».

Avellaneda no pudo contener su emoción y sus ojos se anegaron con lágrimas de ternura y gratitud

á la vez que el Coronel Pueyrredón le apretaba fuertemente la mano en señal de alegria y como satisfacción á su reciente incredulidad.

Alejados del pontón, Avellaneda abrazó á su esposa y à Conclair y preguntó inmediatamente por Adolfo. Una indicación de silèncio dada por Conclair apagó la voz de los pasajeros de la ballenera al mismo tiempo que Adelaida tendia la mano de su esposo y le hacia tantear la cabeza del hijo que buscaba y que desde el principio de esta escena habia estado completamente oculto bajo los pliegues de la capa militar de la madre.

Por fin despues de asegurarse que estaban completamente salvos, la familia Avellaneda, Conclair y Pueyrredón se entregaron á los mayores transportes de alegria. Los presos, ya sin los mortificantes grillos se paraban y sentaban alternativamente como para convencerse de que eran materialmente libres.

El Dr. Avellaneda pasados los primeros momentos de natural expansión, preguntó por el gaucho Miguel y el viejo Simón, que tan noblemente se condujeron en la primera tentativa de evasión. He provisto á su suerte, se apresuró á decirle Adelaida; han ido á trabajar de peones en la Estancia de D. Manuel Rico, en Dolores, y alli estaran completamente tranquilos pues Rico, que en el fondo de su corazón es antirosin [1] pasa por un buen federal

---

[1] Los unitarios llamaban «rosines» á los partidarios de Rozas

desde que se ha apresurado á mandar á Rozas la lista de una suscripción levantada entre los vecinos del Partido para contribuir á los gastos de la guerra contra Santa Cruz.

CAPITULO XXXI

Conclusión

Atracada la ballenera al puerto de la Colonia del Sacramento los viajeros desembarcaron en tierra amiga, porque aunque dominante todavia Oribe en el Uruguay, el poder de este tocaba á su fin, destruido en lucha tenaz y sangrienta por el partido revolucionario del General Fructuoso Rivera que, valiente y astuto, aunque gaucho è ignorante, batallaba con éxito habilmente auxiliado por los jefes argentinos emigrados. El General Juan Lavalle que tan heroica cuanto desgraciadamente ha sostenido la causa de la civilización hasta inmolar su vida para conseguir destruir la tirania de Rozas, acompañó á

Rivera en toda su campaña contra Oribe, habiendo hecho con él. segun se asegura, un pacto de alianza que continuaria contra el déspota argentino una vez derrocado su congénere uruguayo. Sin embargo, la emigración argentina sabe como se cumplió ese pacto!

Llegados á Montevideo á los cinco ó seis dias de haber desembarcado en la Colonia, el Dr. Avellaneda, Pueyrredón y Conclair se presentaron inmediatamente á la Jefatura de Policía para registrar sus pasaportes. previa fijación de domicilio y amenaza de ser expulsados en cualquier momento. El Dr. Avellaneda empezó de nuevo la vida del ostracismo, que ya le era conocida.

La derrota del Palmar y su inmediata consecuencia la Paz de Miguelete pusieron fin al gobierno de Oribe que renunció el mando, en apariencia resignado y patrioticamente impulsado, pero con el ánimo evidente de vengarse cruelmente de sus adversarios políticos. Inmediatamente, en efecto, de celebrada la paz, Oribe se embarca con sus principales secuaces en el bergantin inglés *Spavao* y desembarca en Buenos Aires para ponerse á las órdenes de Rozas de quien es desde entonces instrumento vil y sanguínario tanto en la República Argentina como ante los muros de Montevideo que hoy intenta en vano poder atravesar.

La furia de Rozas no tuvo límites al saber la fuga de Avellaneda y sus compañeros de evasión y desde entónces decretó la muerte del Dr. Maza y

de su hijo Ramón, cobardemente asesinado aquel y fusilado este, por la mazorca capitaneada por Salomón.

Desde la fuga de Avellaneda las turbas de Rozas han añadido un nuevo grito á los muchos que traslucen su entusiasmo federal: Muera el *pardejón Rivera!* es la frase de uso en las manifestaciones restauradoras de Buenos Aires, ya que no tiene objeto pedir la muerte «del asesino Juan Lavalle» que la fatalidad ha decretado, privando á su pátria y á la América del corazón más generoso y del adalid más brillante de la libertad de este continente.

El Dr Avellaneda consagra su existencia á preparar los elementos que han de concluir algun [illegible] con el tirano de Buenos Aires y en Montevideo su inteligencia contribuye á la heroica defensa que opone el último refugio de la civilización del Rio de la Plata.

Considerado y respetado por todos, el Dr. Avellaneda es el mas caracterizado de la emigración argentina; es el hombre de confianza del Sr Joaquin Suárez, el benemérito presidente de esa república reducida á los muros de una ciudad.

Los mas grandes contrastes, el asesinato de miembros de su familia en Buenos Aires. la suerte siempre desgraciada de las armas unitarias, á pesar del lampo de esperanza que reflejó Caaguazú, no han sido causas bastante poderosas para quebrar el ánimo del Dr Avellaneda, fortalecido, es cierto, por la entereza de su fiel consorte, Adelaida.

Para terminar, diremos, que aquellos dos rudos campesinos que tan lealmente se condujeron con el Dr Avellaneda, han sido victimas de la lucha contra Rozas, pereciendo ambos, brava, aunque anónima mente — como perece síempre el soldado — en la infausta jornada del Quebracho Herrado, lanceado Simón, segun parece, al cubrir la retirada del General Lavalle y degollado Miguel, despues de haber contribuido á la homérica resistencia de la infanteria del Coronel Diaz y de caido prisionero de guerra de las hordas del titulado presidente Oribe.

FIN